

BIBLIOTECA PEVGROW · EDICIÓN 2026

Los paraísos artificiales

Charles Baudelaire

1860

Traducción al español de una obra en dominio público. Puede copiarse y redistribuirse citando la fuente original.

Los paraísos artificiales

Charles Baudelaire

1860

DE QUÉ TRATA

Baudelaire reúne en 1860 su ensayo sobre el hachís y una lectura de las Confesiones de un comedor de opio de De Quincey. Describe el placer, la deformación del tiempo y el precio moral del éxtasis artificial, y fija buena parte del imaginario literario posterior sobre las drogas.

FICHA

Temas

cultura, literatura, historia

Época

Clásicos (hasta 1900)

Derechos

Obra en dominio público.

Fuente del original

Gallica / Wikisource

Edición

Traducción y maquetación de la Biblioteca de Pevgrow, 2026. Licencia CC BY 4.0 citando la fuente.

Los paraísos artificiales

Opio y hachís

Charles Baudelaire París, Poulet-Malassis et de Broise, 1860.

Traducción al español de la edición de 1860. Obra en dominio público.
Revisión mecánica de cortes, puntuación y encabezados. No es un facsímil: las erratas del original se conservan.

Mi querida amiga:

El sentido común nos dice que las cosas de la tierra no existen sino muy poco, y que la verdadera realidad no está sino en los sueños. Para digerir la felicidad natural, como la artificial, es preciso ante todo tener el valor de tragarla, y aquellos que quizá merecieran la felicidad son justamente aquellos a quienes la dicha, tal como la conciben los mortales, ha producido siempre el efecto de un vomitivo.

A los espíritus necios parecerá singular, e incluso impertinente, que un cuadro de voluptuosidades artificiales sea dedicado a una mujer, fuente la más ordinaria de las voluptuosidades más naturales. Sin embargo, es evidente que, así como el mundo natural penetra en el espiritual, le sirve de pasto y concurre de este modo a operar esa amalgama indefinible que llamamos nuestra individualidad, la mujer es el ser que proyecta la mayor sombra o la mayor luz en nuestros ríos. La mujer es fatalmente sugestiva; vive de una vida distinta de la suya propia; vive espiritualmente en las imaginaciones que frecuente y que fecunda.

Importa por lo demás muy poco que la razón de esta dedicatoria sea comprendida. ¿Es acaso siquiera bien necesario, para el contento del autor, que un libro cualquiera sea comprendido, excepto por aquel o

aquella para quien ha sido compuesto? Para decirlo en fin, ¿es indispensable que haya sido escrito para alguien? Yo, en cuanto a mí, tengo tan poco gusto por el mundo viviente que, semejante a esas mujeres sensibles y desilusionadas que envían, según dicen, por correo sus confidencias a amigos imaginarios, de buen grado no escribiría sino para los muertos.

Pero no es a una muerta a quien dedico este pequeño libro; es a una que, aunque enferma, está siempre activa y viva en mí, y que vuelve ahora todas sus miradas hacia el Cielo, ese lugar de todas las transfiguraciones. Pues, tan bien como de una droga temible, el ser humano goza de este privilegio de poder extraer goces nuevos y sutiles incluso del dolor, de la catástrofe y de la fatalidad.

Verás en este cuadro a un paseante sombrío y solitario, sumergido en el flujo movedizo de las multitudes, y enviando su corazón y su pensamiento a una Electra lejana que enjugaba antaño su frente bañada de sudor y refrescaba sus labios abrasados por la fiebre; y adivinarás la gratitud de otro Orestes cuyas pesadillas has vigilado a menudo, y a quien disipabas, con mano ligera y maternal, el sueño espantoso.

C. B. EL GUSTO DEL INFINITO

AQUELLOS que saben observarse a sí mismos y que guardan la memoria de sus impresiones, aquellos que han sabido, como Hoffmann, construir su barómetro espiritual, han tenido a veces que anotar, en el observatorio de su pensamiento, hermosas estaciones, dichosos días, deliciosos minutos. Hay días en que el hombre se despierta con un genio joven y vigoroso. Sus párpados apenas descargados del sueño que los sellaba, el mundo exterior se le ofrece con un relieve poderoso, una nitidez de contornos, una riqueza de colores admirables. El mundo moral abre sus vastas perspectivas, llenas de claridades nuevas. El hombre, agraciado con esta beatitud, desgraciadamente rara y pasajera, se siente a la vez más artista y más justo, más noble, para decirlo todo en una palabra. Pero lo que hay de más singular en este estado excepcional del espíritu y de los sentidos, que puedo sin exageración llamar paradisíaco, si lo comparo con las pesadas tinieblas de la existencia común y cotidiana, es que no ha sido creado por ninguna causá bien visible y fácil de definir. ¿Es el

resultado de una buena higiene y de un régimen de sabio? Tal es la primera explicación que se ofrece al espíritu; pero estamos obligados a reconocer que a menudo este prodigio, esta especie de milagro, se produce como si fuera el efecto de una potencia superior e

invisible, exterior al hombre, tras un período en que este ha abusado de sus facultades físicas. ¿Diremos que es la recompensa de la plegaria asidua y de los ardores espirituales? Es cierto que una elevación constante del deseo, una tensión de las fuerzas espirituales hacia el cielo, sería el régimen más propio para crear esta salud moral, tan esplendente y tan gloriosa; pero en virtud de qué ley absurda se manifiesta a veces tras culpables orgías de la imaginación, tras un abuso sofístico de la razón, que es a su uso honesto y razonable lo que los ejercicios de dislocación son a la sana gimnasia? Por eso prefiero considerar esta condición anormal del espíritu como una verdadera gracia, como un espejo mágico en que el hombre es invitado a verse hermoso, es decir, tal como debería y podría ser;

una especie de excitación angélica, un llamamiento al orden bajo una forma halagüeña. Del mismo modo cierta escuela espiritualista, que tiene

sus representantes en Inglaterra y en América, considera los fenómenos sobrenaturales, tales como las apariciones de fantasmas, los aparecidos, etc., como manifestaciones de la voluntad divina, atenta a despertar en el espíritu del hombre el recuerdo de las realidades invisibles.

Por lo demás, este estado encantador y singular, en que todas las fuerzas se equilibran, en que la imaginación, aunque maravillosamente poderosa, no arrastra tras de sí el sentido moral hacia peligrosas aventuras, en que una sensibilidad exquisita no es ya torturada por nervios enfermos, esos consejeros ordinarios del crimen o de la desesperación, este estado maravilloso, digo, no tiene síntomas precursores. Es tan imprevisto como el fantasma. Es una especie de obsesión, pero de obsesión intermitente, de la que deberíamos sacar, si fuéramos sabios, la certeza de una existencia mejor y la esperanza de alcanzarla mediante el ejercicio cotidiano de nuestra voluntad. Esta agudeza del pensamiento,

este entusiasmo de los sentidos y del espíritu, han debido, en todo tiempo, aparecer al hombre como el primero de los bienes; por eso, no considerando sino la voluptuosidad inmediata, ha buscado, sin inquietarse por violar las leyes de su constitución, en la ciencia física, en la farmacéutica, en los más groseros licores, en los perfumes más sutiles, bajo todos los climas y en todos los tiempos, los medios de huir, aunque no fuera sino por algunas horas, de su morada de fango, y, como dice el autor de Lázaro, «de llevarse el paraíso de un solo golpe». ¡Ay! los vicios del hombre, por llenos de horror que se los suponga, contienen la prueba (¡aunque no fuera sino por su infinita expansión!) de su gusto por el infinito; solo que es un gusto que a menudo se equivoca de camino. Podría tomarse en sentido metafórico el vulgar proverbio: Todos los caminos llevan a Roma, y aplicarlo al mundo moral; todo lleva al premio o al castigo, dos formas de

la eternidad. El espíritu humano rebosa de pasiones; las tiene para vender, por servirme de otra locución trivial; pero este desdichado espíritu, cuya depravación natural es tan grande como su aptitud súbita, casi paradójica, para la caridad y las virtudes más arduas, es fecundo en paradojas que le permiten emplear para el mal el sobrante de esta pasión desbordante. Nunca cree venderse en bloque. Olvida, en su infatuación, que juega contra uno más fino y más fuerte que él, y que el Espíritu del Mal, aun cuando no se le entregue sino un cabello, no tarda en llevarse la cabeza. Este señor visible de la naturaleza visible (hablo del hombre) ha querido, pues, crear el paraíso por la farmacia, por las bebidas fermentadas, semejante a un maníaco que sustituyera muebles sólidos y jardines verdaderos por decorados pintados sobre tela y montados sobre bastidores. En esta depravación del sentido de lo infinito yace, según yo, la razón de todos los excesos culpables, desde la ebriedad solitaria y concentrada del literato, que, obligado a buscar en el opio un alivio a un dolor físico, y habiendo descubierto así una fuente de goces mórbidos, ha hecho poco a poco de ella su única higiene y como el sol de su vida espiritual, hasta la embriaguez más repugnante de los arrabales, que, con el cerebro lleno de llama y de gloria, se revuelca ridículamente en las inmundicias del camino.

Entre las drogas más propias para crear lo que yo llamo el Ideal artificial, dejando de lado los licores, que empujan pronto a la furia material y derriban la fuerza espiritual, y los perfumes cuyo uso excesivo, si bien vuelve la imaginación del hombre más sutil, agota gradualmente sus fuerzas físicas, las dos sustancias más enérgicas, aquellas cuyo empleo es más co[metido son el hachís y] el opio. El análisis de los efectos misteriosos y de los goces mórbidos que pueden engendrar estas drogas, de los castigos inevitables que resultan de su uso prolongado, y en fin de la inmoralidad misma implicada en esta persecución de un falso ideal, constituye el asunto de este estudio.

El trabajo sobre el opio ha sido hecho, y de una manera tan esplendente, médica y poética a la vez, que no osaría añadir nada. Me contentaré, pues, en otro estudio, con dar el análisis de este libro incomparable, que nunca ha sido traducido en Francia en su totalidad. El autor, hombre ilustre, de una imaginación poderosa y exquisita, hoy retirado y silencioso, ha osado, con una candidez trágica, hacer el relato de los goces y de las torturas que encontró antaño en el opio, y la parte más dramática de su libro es aquella en que habla de los esfuerzos sobrehumanos de voluntad que le fue preciso desplegar para escapar a la condenación a la que imprudentemente se había consagrado a sí mismo.

Hoy no hablaré sino del haschís, y hablaré de él según informes numerosos y minuciosos, extraídos de las notas o de las confidencias de hombres inteligentes que se habían entregado a él largo tiempo. Solamente, fundiré estos documentos variados

en una especie de monografía, eligiendo

un alma, por lo demás fácil de explicar y de definir, como tipo propio de las experiencias de esta naturaleza.

*Iji\,

Los relatos de Marco Polo, de los que se ha burlado a torto, como de algunos otros viajeros antiguos, han sido verificados por los sabios y merecen nuestra creencia. No contaré tras él cómo el Viejo de la Montaña encerraba, después de haberlos embriagado de

en un jardín lleno de delicias, a aquellos de sus más jóvenes discípulos a quienes quería dar una idea del paraíso, recompensa entrevista, por decirlo así, de una obediencia pasiva e irreflexiva. El lector puede, relativamente a

el libro del señor de Hammer y la memoria del señor Sylvestre de Sacy, contenida en el tomo XVI de las Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, y, relativamente a la etimología de la palabra asesino, su carta al redactor del Moniteur, inserta en el número 359 del año 1809. Heródoto cuenta que los escitas amasaban semillas de cáñamo sobre las que arrojaban piedras enrojecidas al fuego. Era para ellos como un baño de vapor más perfumado que el de cualquier estufa griega, y el goce era tan vivo que les arrancaba gritos de alegría.

Las propiedades excitantes del cáñamo eran bien conocidas en el antiguo Egipto, y su uso está muy extendido, bajo diferentes nombres, en la India, en Argelia y en la Arabia Feliz. Pero tenemos junto a nosotros, ante nuestros ojos, ejemplos curiosos de la embriaguez causada por las emanaciones

vegetales. Sin hablar de los niños que, después de haber jugado y revolcándose en montones de alfalfa segada, experimentan a menudo singulares vértigos, se sabe que, cuando se hace la siega del cáñamo, los trabajadores machos y hembras sufren efectos análogos; diríase que de la siega se levanta un miasma que les turba maliciosamente el cerebro. La cabeza del segador está llena de torbellinos, a veces cargada de ensoñaciones. En ciertos momentos, los miembros se debilitan y rehúsan el servicio. Hemos oído hablar de crisis sonambúlicas bastante frecuentes en los campesinos rusos, cuya causa, dícese, debe atribuirse al uso del aceite de cañamón en la preparación de los alimentos. ¿Quién no conoce las extravagancias de las gallinas que han comido granos de cañamón, y el entusiasmo fogoso de los caballos que los campesinos, en las bodas y fiestas patronales, preparan para una carrera al campanario con una ración de cañamón, a veces regada con vino?

Sin embargo, el cáñamo francés es impropio, según experiencias repetidas, impropio para dar una droga igual en potencia al índico, cannabis indica, es una planta de la familia de las urticáceas, en todo semejante,

salvo que no alcanza la misma altura, al cáñamo de nuestros climas. Posee propiedades embriagadoras muy extraordinarias que, desde hace algunos años, han atraído en Francia la atención de los sabios y de la gente del mundo. Es más o menos estimado, según sus diferentes procedencias; el de Bengala es el más apreciado por los aficionados; sin embargo, los de Egipto, de Constantinopla, de Persia y de Argelia gozan de las mismas propiedades, pero en un grado inferior.

por excelencia, como si los árabes hubieran querido definir en una palabra la hierba, fuente de todas las voluptuosidades inmateriales, lleva diferentes nombres, según su composición y el modo de preparación que ha sufrido en el país donde ha sido recolectado: en la India, bangie; en África, teriakí; en Argelia y en la Arabia feliz, madjound, etc. No es indiferente cogerlo en todas las épocas del año; es cuando está en flor cuando posee su mayor energía; las sumidades floridas son, por consiguiente, las únicas partes empleadas en las diferentes preparaciones de las que hemos de decir algunas palabras.

que preparan los árabes, se obtiene haciendo hervir las sumidades de la planta fresca en manteca con un poco de agua. Se cuele, después de la evaporación completa de toda humedad, y se obtiene así una preparación que tiene la apariencia de una pomada de color amarillo verdoso, y que guarda un olor de esta forma, se emplea en pequeñas bolas de 2 a 4 gramos; pero a causa de su olor repugnante, que va creciendo con el tiempo, los árabes ponen el extracto graso bajo la forma de confituras.

La más usada de estas confituras, el dawamesk, es una mezcla de extracto graso, de azúcar y de diversos aromas, tales como vainilla, canela, pistachos, almendras, almizcle. A veces incluso se añade un poco de cantárida, con un fin que nada tiene de común con lo agradable, y puede tomarse a la dosis de 15, 20 y 30 gramos, ya envuelto en una hoja de pan de hostia, ya en una taza de café.

Las experiencias hechas por los señores Smith, Gastinel y Decourtive tuvieron por objeto llegar a Malgrado sus esfuerzos, su combinación química es aún poco conocida; pero generalmente se atribuyen sus propiedades a una materia resinosa que se encuentra en ella en bastante buena dosis, en la proporción de 10 por 100 aproximadamente. Para obtener

esta resina, se reduce la planta seca a polvo grueso, y se lava varias veces con alcohol que se destila después para retirarlo en parte; se hace evaporar hasta consistencia de extracto; se trata este extracto con agua, que disuelve las materias gomosas extrañas, y la resina queda entonces en estado de pureza.

Este producto es blando, de un color verde oscuro, y posee en alto grado el olor ca gramos bastan para producir efectos administrarse en forma de pastillas de chocolate o de pequeñas píldoras gingembradas, tiene, como el dawamesk y el extracto graso, efectos más o menos vigorosos y de una naturaleza muy variada según el temperamento de los individuos y su susceptibilidad nerviosa. Hay más aún, y es que el resultado varía en el mismo individuo. Tan pronto será una alegría inmoderada e irresistible, tan pronto una sensación de bienestar y de plenitud de vida, otras veces un sueño equívoco y atravesado de sueños. Existen sin embargo fenómenos que se reproducen con bastante regularidad, sobre todo en las personas de un temperamento y de una educación análogos; hay una especie de unidad en la variedad que me permitirá redactar sin demasiada pena esta monografía de la embriaguez de la que he hablado hace un momento.

En Constantinopla, en Argelia e incluso en Francia, algunas personas fuman hachís mezclado con tabaco; pero entonces los fenómenos en cuestión no se producen sino bajo una forma muy moderada y, por así decirlo, perezosa. He oído decir que recientemente, por medio de la destilación, se había sacado poseer una virtud mucho más activa que todas las preparaciones conocidas hasta el presente; pero no ha sido bastante estudiada para que yo pueda con certeza hablar de sus resultados. ¿Es superflu añadir que el té, el café y los licores son adjuvantes poderosos que aceleran más o menos la eclosión de esa embriaguez misteriosa?

J*¹ é

fi» EL TEATRO DE SERAFÍN

¿Qué se experimenta? ¿Qué se ve? Cosas maravillosas, ¿no es cierto? ¿Espectáculos extraordinarios? ¿Es bien hermoso? ¿Y bien terrible? ¿Y bien peligroso? — Tales son las preguntas ordinarias que dirigen, con

una curiosidad mezclada de temor, los ignorantes a los adeptos. Se diría una infantil impaciencia de saber, como la de las gentes que jamás han abandonado el rincón de su hogar, cuando se encuentran frente a un hombre que regresa de países lejanos y desconocidos. Se figuran un vasto teatro de prestidigitación y de escamoteo, donde todo es milagroso e imprevisto. Es este un prejuicio, un completo error. Y puesto que para el común de las gentes la palabra hachís comporta la idea de un mundo extraño y trastornado, la espera de sueños prodigiosos (mejor sería decir alucinaciones, las cuales son por lo demás menos frecuentes de lo que se supone), haré notar en seguida la importante diferencia que se para los efectos. En el sueño, ese viaje aventurero de todas las noches, hay algo positivamente milagroso; es un milagro cuya puntualidad ha embotado el misterio. Los sueños del hombre son de dos clases. Unos, llenos de su vida ordinaria, de sus preocupaciones, de sus deseos, de sus vicios, se combinan de una manera más o menos extraña con los objetos entrevistados durante el día, que se han fijado indiscretamente sobre la vasta tela de su memoria. He ahí el sueño natural; es el hombre mismo. ¡Pero la otra especie de sueño! ¡El sueño absurdo, imprevisto, sin relación ni conexión con el carácter, la vida y las pasiones del que duerme! ¡Ese sueño, que yo llamaré jeroglífico, representa evidentemente el lado sobrenatural de la vida, y es justamente porque es absurdo que los antiguos lo creyeron divino! Como es inexplicable por las causas naturales, le atribuyeron una causa exterior al hombre; y aún hoy, sin hablar de los oniromantes, existe una escuela filosófica que ve en los sueños de este género ya un reproche, ya un consejo; en suma, un cuadro simbólico y moral, engendrado en el espíritu mismo del hombre que duerme. Es un diccionario que es preciso estudiar, una lengua cuya clave pueden obtener los sabios.

semejante. No saldremos del sueño natural. La embriaguez, en toda su duración, no será, es verdad, sino un inmenso sueño, gracias a la intensidad de los colores y a la rapidez de las concepciones; pero conservará siempre la tonalidad particular del individuo. El hombre ha querido soñar, el sueño gobernará al hombre; pero ese sueño será bien el hijo de su padre. El ocioso se ha ingeniado para introducir artificialmente lo sobrenatural en su vida y en su pensamiento; pero no es, después de todo y a pesar de la energía accidental de sus sensaciones, sino el mismo

número aumentado, el mismo número elevado a una altísima potencia. Está subyugado; pero, para su desgracia, no lo está sino por sí mismo, es decir, por la parte ya dominante de sí mismo; ha querido hacer el ángel, se ha convertido en una bestia, momentáneamente muy poderosa, si es que puede llamarse potencia una sensibilidad excesiva, sin gobierno que la modere o la explote.

Que las gentes del mundo y los ignorantes, curiosos de conocer goces excepcionales, sepan, pues, bien que no encontrarán absolutamente nada sino lo natural excesivo. El cerebro y el organismo sobre los cuales opera el hachís no darán sino sus fenómenos ordinarios, individuales, aumentados, es verdad, en cuanto al número y a la energía, pero siempre fieles a su origen. El hombre no escapará a la fatalidad de su temperamento: las impresiones y los pensamientos familiares del hombre, un espejo que agranda, pero un puro espejo.

He aquí la droga ante vuestros ojos: un poco de confitura verde, del tamaño de una nuez, singularmente odorante, hasta tal punto que suscita cierta repulsión y velleidades de náuseas, como lo haría, por lo demás, todo olor fino e incluso agradable, llevado a su máximo de fuerza y, por decirlo así, de densidad. Permítaseme observar, de paso, que esta proposición puede invertirse, y que el perfume más repugnante, más revoltoso, llegaría quizá a ser un placer si se redujera a su mínimo de cantidad y de expansión. — ¡He ahí, pues, la felicidad! ¡llena la capacidad de una pequeña cuchara! ¡la felicidad con todas sus embriagueces, todas sus locuras, todas sus puerilidades! Podéis tragarla sin temor; no se muere de ello. Vuestros órganos físicos no recibirán ningún daño. Más tarde quizá un demasiado frecuente recurso al sortilegio disminuya la fuerza de vuestra voluntad, quizá seáis menos hombres de lo que sois hoy; pero el castigo es tan lejano, ¡y el desastre futuro de una naturaleza tan difícil de definir! ¿Qué arriesgáis? Mañana un poco de fatiga nerviosa. ¿No arriesgáis todos los días castigos mayores por recompensas menores? Así, dicho está: habéis incluso, para darle más fuerza y expansión, diluido vuestra dosis de extracto graso en una taza de café negro; habéis tenido cuidado de tener el estómago libre, aplazando hacia las nueve o las diez de la noche la comida sustanciosa, para entregar al veneno toda libertad de acción; todo lo más, dentro de una hora tomaréis

una ligera sopa. Estáis ahora suficientemente lastrados para un largo y singular viaje. El vapor ha silbado, la caldera está orientada, y tenéis sobre los viajeros ordinarios ese curioso privilegio de ignorar adónde vais. Lo habéis querido; iviva la fatalidad!

Presumo que habéis tenido la precaución de elegir bien vuestro momento para esta aventurera expedición. Toda perfecta liviandad necesita de un perfecto ocio. Sabéis por lo demás que el hachís no depende solamente del individuo, sino también de la circunstancia y del medio; no tenéis deberes que cumplir que exijan puntualidad, exactitud; ningún pesar de familia; ningún dolor de amor. Es preciso guardarse de ello. Ese pesar, esa inquietud, ese recuerdo de un deber que reclama vuestra voluntad y vuestra atención en un minuto determinado, vendrían a sonar como un toque de difuntos a través de vuestra embriaguez y emponzoñarían vuestro placer. La inquietud se convertiría en angustia; el pesar, en tortura. Si, observadas todas estas condiciones previas, el tiempo es hermoso, si estáis situados en un medio favorable, como un paisaje pintoresco o un aposento poéticamente decorado, si además podéis esperar un poco de música, entonces todo está de lo mejor.

Hay generalmente en la embriaguez del hachís tres fases bastante fáciles de distinguir, y no es cosa poco curiosa de observar, en los novicios, los primeros síntomas de la primera fase. Habéis oído hablar vagamente de las maravillas, habéis concebido una idea particular, algo como un ideal de embriaguez; os impacientáis por saber si la realidad estará decididamente a la altura de vuestra esperanza. Esto basta para arrojaros desde el comienzo a un estado ansioso, bastante favorable a la humor conquistadora e invasora del veneno. «La mayoría de los novicios, en el primer grado de iniciación, se quejan de la lentitud de los efectos; los esperan con una impaciencia pueril, y la droga no actuando con la suficiente rapidez según su deseo, se entregan a fanfarronadas de incredulidad que son muy regocijantes para los viejos iniciados que saben... las primeras acometidas, como los síntomas de una tormenta largamente indecisa, aparecen y se multiplican en el seno mismo de esa incredulidad. Es primero cierta hilaridad, descabellada, irresistible, que se apodera de vosotros. Esos accesos de alegría no motivada, de los cuales casi os avergonzáis, se reproducen frecuentemente, y cortan intervalos de estupor du-

rante los cuales buscáis en vano recogerlos. Las palabras más simples, las ideas más triviales toman una fisonomía extraña y nueva; os asombráis incluso de haberlas encontrado hasta ahora tan simples. Semejanzas y aproximaciones incongruentes, imposibles de prever, juegos de palabras interminables, esbozos de cómico, brotan continuamente de vuestro cerebro. El demonio os ha invadido; es inútil rebelarse contra esa hilaridad, dolorosa como una cosquilla. De tiempo en tiempo os reís de vosotros mismos, de vuestra necedad y de vuestra locura, y vuestros camaradas, si los tenéis, se ríen igualmente de vuestro estado y del suyo; pero, como ellos no tienen malicia, vosotros no tenéis rencor.

Esta alegría, ya lánguida, ya punzante, este malestar en el gozo, esta inseguridad, esta indecisión de la enfermedad, no duran generalmente sino un tiempo bastante corto. Pronto las relaciones de ideas se vuelven tan vagas, el hilo conductor que une vuestras concepciones tan tenue, que vuestros cómplices solos pueden comprenderos. Y aún, sobre este asunto y por este lado, ningún medio de verificación; quizá creen comprenderos, y la ilusión es recíproca. Esa juguetería y esas carcajadas, que se parecen a explosiones, aparecen como una verdadera locura, al menos como una necedad de maniaco, a todo hombre que no está en el mismo estado que vosotros. Del mismo modo la sabiduría y el buen sentido, la regularidad de los pensamientos en el testigo prudente que no se ha embriagado, os regocija y os divierte como un género particular de demencia. Los papeles están invertidos. Su sangre fría os empuja a los últimos límites de la ironía. ¿No es una situación misteriosamente cómica la de un hombre que goza de una alegría incomprensible para quien no se ha colocado en el mismo medio que él? El loco compadece al sabio, y desde entonces la idea de su superioridad comienza a despuntar en el horizonte de su intelecto. Pronto crecerá, se agrandará y estallará como un meteoro.

He sido testigo de una escena de este género que fue llevada muy lejos, y cuyo grotesco no era inteligible sino para aquellos que conocían, al menos por la observación en otros, los efectos de la sustancia y la enorme diferencia de diapasón que esta crea entre dos inteligencias supuestas iguales. Un músico célebre, que ignoraba las propiedades del hachís, que quizá jamás había oído hablar de él, cae en medio de una sociedad

de la que varias personas lo habían tomado. Se intenta hacerle comprender sus maravillosos efectos. A esos prodigiosos relatos, sonrío con gracia, por complacencia, como un hombre que quiere prestarse durante algunos minutos. Su error es pronto adivinado por esos espíritus que el veneno ha aguzado, y las risas le hieren. Esas carcajadas, esos juegos de palabras, esas fisonomías alteradas, toda esa atmósfera malsana le irritan y le empujan a declarar, antes quizá de lo que habría querido, que esa farsa de artistas es mala, y que por lo demás debe de ser bien fatigosa para quienes la han emprendido. Lo cómico iluminó todos los espíritus como un relámpago. Fue un redoble de alegría. «Esta farsa puede ser buena para vosotros, dice él, pero para mí, no.» — «Basta que sea buena para nosotros», replica en egoísta uno de los enfermos. Sin saber si tiene que habérselas con verdaderos locos o con gentes que simulan la locura, nuestro hombre cree que el partido más sabio es retirarse; pero alguien cierra la puerta y esconde la llave. Otro, arrodillándose ante él, le pide perdón en nombre de la sociedad, y le declara insolentemente, pero con lágrimas, que, a pesar de su inferioridad espiritual, que quizá excita un poco de piedad, todos están penetrados por él de una amistad profunda. Este se resigna a quedarse, e incluso condesciende, ante ruegos instantes, a hacer un poco de música. Pero los sonidos del violín, al esparcirse por el aposento como un nuevo contagio, agarraban (la palabra no es demasiado fuerte) ya a un enfermo, ya a otro. Eran suspiros roncoss y profundos, sollozos ^•^

súbitos, arroyos de lágrimas silenciosas. El músico espantado se detiene, y, acercándose a aquel cuya beatitud hacía más ruido, le pregunta si sufre mucho y qué habría que hacer para aliviarlo. Uno de los asistentes, un hombre práctico, propone la limonada y los ácidos. Pero el enfermo, con el éxtasis en los ojos, mira a ambos con un desprecio indecible. ¡Querer curar a un hombre enfermo de demasiada vida, enfermo de alegría!

Como se ve por esta anécdota, la benevolencia ocupa un lugar bastante grande: una benevolencia blanda, perezosa, muda, y que deriva del enternecimiento de los nervios. En apoyo de esta observación, una persona me contó una aventura que le había ocurrido en ese estado de embriaguez, y como había conservado un recuerdo muy exacto de sus sen-

saciones, comprendí perfectamente en qué embarazo grotesco, inextricable, le había arrojado esa diferencia de diapasón y de nivel de la que hablaba hace un momento. No recuerdo si el hombre en cuestión estaba en su primera o en su segunda experiencia. ¿Había tomado una dosis un poco demasiado fuerte, o el hachís había producido, sin ayuda de ninguna otra causa aparente (lo que ocurre frecuentemente), efectos mucho más vigorosos? Me contó que a través de su goce, ese goce supremo de sentirse lleno de vida y de creerse lleno de genio, había encontrado de pronto un objeto de terror. Primero deslumbrado por la belleza de sus sensaciones, de pronto se había espantado de ellas. Se había preguntado qué sería de su inteligencia y de sus órganos, si aquel estado, que tomaba por un estado sobrenatural, iba siempre agravándose, si sus nervios se volvían siempre cada vez más delicados. Por la facultad de agrandamiento que posee el ojo espiritual del paciente, ese miedo debe de ser un suplicio inefable. «Estaba, decía, como un caballo

desbocado y que corre hacia un abismo, queriendo detenerse, pero sin poderlo. En efecto, era un galope espantoso, y mi pensamiento, esclavo de la circunstancia, del medio, del accidente y de todo lo que puede estar implicado en la palabra azar, había tomado un giro puro y absolutamente rapsódico. ¡Es demasiado tarde! me repetía sin cesar con desesperación. Cuando cesó ese modo de sentir, que me pareció durar un tiempo infinito y que quizá no ocupó más que algunos minutos, cuando creí poder por fin sumergirme en la beatitud, tan cara a los orientales, que sucede a esa fase furibunda, me vi abrumado por una nueva desgracia. Una nueva inquietud, bien trivial y bien pueril, se abatió sobre mí. Me acordé de pronto de que estaba invitado a una cena, a una velada de hombres serios. Me vi por anticipado en medio de una multitud sabia y discreta, donde cada cual es dueño de sí mismo, obligado a ocultar cuidadosamente el estado de mi espíritu bajo el resplandor de las numerosas lámparas. Bien creía

que lo conseguiría, pero también me sentía casi desfallecer al pensar en los esfuerzos de voluntad que tendría que desplegar. Por no sé qué accidente las palabras del Evangelio: «¡Ay de aquel por quien viene el escándalo!» acababan de surgir en mi memoria, y aun queriendo olvidarlas, aplicándome a olvidarlas, las repetía sin cesar en mi espíritu. Mi desgra-

cia (pues era una verdadera desgracia) tomó entonces proporciones grandiosas. Resolví, a pesar de mi debilidad, hacer acto de energía y consultar a un farmacéutico; pues ignoraba los reactivos, y quería ir, con el espíritu libre y despejado, al mundo adonde me llamaba mi deber. Pero en el umbral de la tienda un pensamiento súbito se apoderó de mí, que me detuvo algunos instantes y me dio que reflexionar. Acababa de mirarme, al pasar, en el espejo de un escaparate, y mi rostro me había asombrado. ¡Esta palidez, estos labios retraídos, estos ojos agrandados! Voy a inquietar a este buen hombre, me dije, y ¿para qué cometer una necedad?

Añadid a esto el sentimiento del ridículo que yo quería evitar, el temor de encontrar gente en la botica. Pero mi benevolencia repentina hacia aquel boticario desconocido dominaba todos mis demás sentimientos. Me figuraba a aquel hombre tan sensible como yo mismo lo estaba en aquel instante funesto, y, como me imaginaba también que su oído y su alma debían, como los míos, vibrar al menor ruido, resolví entrar en su casa de puntillas. No sabría, me decía yo, mostrar demasiada discreción en casa de un hombre cuya caridad voy a alarmar. Y además me proponía apagar el sonido de mi voz como el ruido de mis pasos; vos la profunda, gutural, y semejante a... el resultado fue lo contrario de lo que yo quería obtener. Decidido a tranquilizar al farmacéutico, lo aterré. Nada conocía de aquella enfermedad, nunca había oído hablar de ella. Sin embargo, me miraba con una curiosidad fuertemente mezclada de desconfianza. ¿Me tomaba por un loco, un malhechor o un mendigo? Ni esto, ni aquello, sin duda; pero todas estas ideas absurdas atravesaron mi cerebro; me vi obligado a explicarle largamente (iqué fatiga!) qué era la confitura de cáñamo y para qué uso servía, repitiéndole sin cesar que no había peligro, que no había, para él, razón de alarmarse, y que yo no pedía más que un medio de alivio o de reacción, insistiendo frecuentemente en el pesar sincero que experimentaba por causarle molestia. En fin, —comprended bien toda la humillación contenida para mí en estas palabras—, me rogó simplemente que me retirara. Tal fue la recompensa de mi caridad y de mi benevolencia exageradas. Fui a mi velada; no escandalicé a nadie. Nadie adivinó los ^{es}fuerzos sobrehumanos que me fue

preciso hacer para parecerme a todo el mundo. Pero jamás olvidaré las torturas de una embriaguez ultra-poética, estorbada por el decoro y contrariada por un deber!»

Aunque naturalmente inclinado a simpatizar con todos los dolores que nacen de la imaginación, no pude menos de reír con este relato. El hombre que me lo hacía no está escarmentado. Ha seguido pidiendo a la maldita confitura la excitación que es preciso encontrar en uno mismo; pero como es un hombre prudente, ordenado, un hombre de mundo, ha disminuido las dosis, lo que le ha permitido aumentar la frecuencia. Más tarde apreciará los frutos podridos de su higiene.

Vuelvo al desarrollo regular de la embriaguez. Tras esta primera fase de alegría infantil, hay como un apaciguamiento momentáneo. Pero pronto se anuncian nuevos acontecimientos por una sensación de frescor en las extremidades (que puede incluso convertirse en un frío muy intenso en algunos individuos) y una gran debilidad en todos los miembros; tenéis entonces manos de manteca, y en vuestra cabeza, en todo vuestro ser, sentís un estupor y una estupefacción embarazosos. Vuestros ojos se agrandan; están como tironeados en todas direcciones por un éxtasis implacable. Vuestro rostro se inunda de palidez. Los labios se contraen y van metiéndose hacia dentro de la boca, con ese movimiento de anhelación que caracteriza la ambición de un hombre presa de grandes proyectos, oprimido por vastos pensamientos, o que reúne su respiración para tomar impulso. La garganta se cierra, por así decirlo. El paladar está reseco por una sed que sería infinitamente dulce satisfacer, si las delicias de la pereza no fueran más agradables y no se opusieran al menor trastorno del cuerpo. Suspiros roncós y profundos se escapan de vuestro pecho, como si vuestro antiguo cuerpo no pudiera soportar los deseos y la actividad de vuestra alma nueva. De vez en cuando, una sacudida os atraviesa y os impone un movimiento involuntario, como esos sobresaltos que, al final de una jornada de trabajo o en una noche tormentosa, preceden al sueño definitivo.

Antes de ir más lejos, quiero, a propósito de esa sensación de frescor de la que hablaba más arriba, contar todavía una anécdota que servirá para mostrar hasta qué punto los efectos, incluso puramente físicos, pueden variar según los individuos. Esta vez es un literato quien habla, y en al-

gunos pasajes de su relato se podrán, creo, encontrar los indicios de un temperamento literario.

«Había tomado, me dijo este, una dosis moderada de extracto graso, y todo iba lo mejor posible. La crisis de alegría malsana había durado poco tiempo, y me encontraba en un estado de languidez y de asombro que era casi la felicidad. Me prometía, pues, una velada tranquila y sin cuidados. Desgraciadamente el azar me obligó a acompañar a alguien al espectáculo. Tomé mi partido como un valiente, resuelto a disimular mi inmenso deseo de pereza y de inmovilidad. Hallándose retenidos todos los coches de mi barrio, hube de resignarme a hacer un largo trayecto a pie, a atravesar los ruidos discordantes de los coches, las conversaciones estúpidas de los transeúntes, todo un océano de trivialidades. Un ligero frescor se había manifestado ya en la punta de mis dedos; pronto se transformó en un frío muy vivo, como si tuviera las dos manos sumergidas en un cubo de agua helada. Pero no era un sufrimiento; esa sensación casi aguda me penetraba más bien como una voluptuosidad. Sin embargo, me parecía que aquel frío me invadía cada vez más, a medida que avanzaba aquel interminable viaje. Pregunté dos o tres veces a la persona a quien acompañaba si hacía realmente mucho frío; me respondieron que, al contrario, la temperatura era más que tibia. Instalado por fin en la sala, encerrado en el palco que me estaba destinado, con tres o cuatro horas de reposo por delante, me creí llegado a la tierra prometida. Los sentimientos que había reprimido durante el camino, con toda la pobre energía de que podía disponer, irrumpieron, pues, y me abandoné libremente a mi muda frenesí. El frío aumentaba siempre, y sin embargo veía a gentes ligeramente vestidas, o incluso enjugándose la frente con aire de fatiga. Me asaltó esta idea regocijante, la de que era un hombre privilegiado, a quien solo se concedía el derecho de tener frío en verano en una sala de espectáculos. Aquel frío crecía hasta volverse alarmante; pero estaba yo ante todo dominado por la curiosidad de saber hasta qué grado podría descender. En fin, llegó a tal punto, fue tan completo, tan general, que todas mis ideas se congelaron, por así decirlo; era un trozo de hielo pensante; me consideraba como una estatua tallada en un solo bloque de hielo; y esta loca alucinación me causaba un orgullo, excitaba en mí un bienestar moral que no sabría definiros. Lo que añadía a mi abominable goce era la certeza de que todos los asisten-

tes ignoraban mi naturaleza y qué superioridad tenía yo sobre ellos; y luego la dicha de pensar que mi compañero no había sospechado ni un solo instante de qué extrañas sensaciones estaba yo poseído. Tenía la recompensa de mi disimulo, y mi voluptuosidad excepcional era un verdadero secreto.

»Por lo demás, apenas había entrado en mi palco cuando mis ojos se habían visto impresionados por una impresión de tinieblas que me pareció tener algún parentesco con la idea de frío. Bien puede ser que estas dos ideas se hayan prestado mutuamente fuerza. Sabéis que el [hachís]... de luz, de esplendores gloriosos, de cascadas de oro líquido; toda luz le es buena, la que fluye en sábana y la que se prende como oropel en las puntas y asperezas, los candelabros de los salones, los cirios del mes de María, las avalanchas de rosa en las puestas de sol. Parece que aquella miserable lámpara derramaba una luz bien insuficiente para esta sed insaciable de claridad; creí entrar, como os he dicho, en un mundo de tinieblas, que por lo demás se espesaron gradualmente, mientras yo soñaba noche polar e invierno eterno. En cuanto a la escena (era una escena consagrada al género cómico), solo ella era luminosa, infinitamente pequeña y situada lejos, muy lejos, como al fondo de un inmenso estereoscopio. No os diré que escuchaba a los cómicos, sabéis que eso es imposible; de vez en cuando mi pensamiento enganchaba al paso un jirón de frase, y, semejante a una bailarina hábil, se servía de él como de un trampolín para saltar a ensoñaciones muy lejanas. Se podría suponer que un drama, entendido de esta manera, carece de lógica y de encadenamiento; desengañaos; descubría un sentido muy sutil en el drama creado por mi distracción. Nada me chocaba en él, y me parecía un poco a aquel poeta que, viendo representar Esther por primera vez, encontraba muy natural que Amán hiciera una declaración de amor a la reina. Era, como se adivina, el instante en que este se arroja a los pies de Esther para implorar el perdón de sus crímenes. Si todos los dramas fueran entendidos según este método, ganarían en él grandes bellezas, incluso los de Racine.

»Los cómicos me parecían excesivamente pequeños y perfilados con un contorno preciso y cuidado, como las figuras de Meissonnier. Veía distintamente, no solo los detalles más minuciosos de sus atavíos, como di-

bujos de tela, costuras, botones, etc., sino además la línea de separación de la frente postiza con la verdadera, el blanco, el azul y el rojo, y todos los medios de maquillaje. Y estos liliputienses estaban revestidos de una claridad fría y mágica, como la que un cristal muy limpio añade a una pintura al óleo. Cuando pude por fin salir de aquella cava de tinieblas heladas y, disipándose la fantasmagoría interior, fui devuelto a mí mismo, experimenté una lasitud mayor que la que jamás me ha causado un trabajo tenso y forzado.»

Es en efecto en este período de la embriaguez cuando se manifiesta una finura nueva, una acuidad superior en todos los sentidos. El olfato, la vista, el oído, el tacto participan igualmente de este progreso. Los ojos apuntan al infinito. El oído percibe sonidos casi inasibles en medio del más vasto tumulto. Es entonces cuando comienzan las alucinaciones. Los objetos exteriores toman lentamente, sucesivamente, apariencias singulares; se deforman y se transforman. Luego llegan los equívocos, las confusiones y las transposiciones de ideas. Los sonidos se revisten de colores, y los colores contienen una música. Eso, se dirá, no tiene nada de muy natural, y todo cerebro poético, en su estado sano y normal, concibe fácilmente estas analogías. Pero ya he advertido al lector de que no había nada positivamente sobrenatural; las analogías revisten entonces una vivacidad desacostumbrada; penetran, invaden, abruman el espíritu con su carácter despótico. Las notas musicales se convierten en números, y si vuestro espíritu está dotado de alguna aptitud matemática, la melodía, la armonía escuchada, conservando su carácter voluptuoso y sensual, se transforma en una vasta operación aritmética, en la que los números engendran números, y de la que seguís las fases y la generación con una facilidad inexplicable y una agilidad igual a la del ejecutante.

Sucede a veces que la personalidad desaparece y que la objetividad, que es lo propio de los poetas panteístas, se desarrolla en vosotros de manera tan anormal, que la contemplación de los objetos exteriores os hace olvidar vuestra propia existencia, y que pronto os confundís con ellos. Vuestra mirada se fija en un árbol

armonioso, encorvado por el viento; en pocos segundos, lo que en el cerebro de un poeta no sería sino una comparación muy natural, se con-

vertirá en el vuestro en una realidad. Prestáis primero al árbol vuestras pasiones, vuestro deseo o vuestra melancolía; sus gemidos y sus oscilaciones se vuelven los vuestros, y pronto sois el árbol. Del mismo modo, el ave que planea en el fondo del azur representa primero la inmortal ansia de planear por encima de las cosas humanas; pero ya sois vos mismo el ave. Os supongo sentado y fumando. Vuestra atención se posará un poco demasiado tiempo sobre las nubes azuladas que se exhalan de vuestra pipa. La idea de una evaporación lenta, sucesiva, eterna, se apoderará de vuestro espíritu, y pronto aplicaréis esta idea a vuestros propios pensamientos, a vuestra materia pensante. Por una singular equivocación, por una especie de transposición o de quid pro quo intelectual, os sentiréis evaporándoos, y atribuiréis a vuestra pipa (en la que

os sentís acurrucado y apelonado como el tabaco) la extraña facultad de fumaros.

Por fortuna, esta interminable imaginación no ha durado más que un minuto, pues un intervalo de lucidez, con un gran esfuerzo, os ha permitido examinar el reloj. Pero otra corriente de ideas os arrastra; os hará rodar un minuto más en su torbellino viviente, y ese otro minuto será otra eternidad. Pues las proporciones del tiempo y del ser quedan completamente desarregladas por la multitud y la intensidad de las sensaciones y de las ideas. Diríase que se viven varias vidas humanas en el espacio de una hora. ¿No sois entonces semejante a una novela fantástica que estuviera viva en lugar de estar escrita? Ya no hay ecuación entre los órganos y los goces; y es sobre todo de esta consideración de donde surge la censura aplicable a este peligroso ejercicio en el que la libertad desaparece.

Cuando hablo de alucinaciones, no hay que tomar la palabra en su sentido más estricto.

..j-

Una matiz muy importante distingue la alucinación pura, tal como los médicos tienen a menudo ocasión de estudiarla, de la alucinación o más bien del engaño de los sentidos en el estado [primer caso, la alucinación es súbita, perfecta y fatal; además, ^{no} encuentra pretexto ni excusa en el

mundo de los objetos exteriores. El enfermo ve una forma, oye sonidos donde no los hay. En el segundo caso, la alucinación es progresiva, casi voluntaria, y no se vuelve perfecta, no madura sino por la acción de la imaginación. En fin, tiene un pretexto. El sonido hablará, dirá cosas distintas, pero había un sonido. [Veía] formas extrañas; pero, antes de ser extrañas o monstruosas, esas formas eran simples y naturales. La energía, la vivacidad verdaderamente hablante de la alucinación en la embriaguez no infirma en nada esta diferencia originaria. Aquella tiene una raíz en el medio ambiente y en el tiempo presente; esta no la tiene.

Para hacer comprender mejor este bullir de imaginación, esta maduración del sueño y este alumbramiento poético al que está condenado un cerebro intoxicado por el hachís, contaré todavía una anécdota; esta vez no es un joven ocioso quien habla, ni tampoco un hombre de letras; es una mujer, una mujer algo madura, curiosa, de un espíritu excitable, y que, habiendo cedido a la tentación de conocer el veneno, describe así, para otra dama, la principal de sus visiones. Transcribo literalmente:

«Por muy extrañas y nuevas que sean las sensaciones que he sacado de mi locura de doce horas (¿doce o veinte? en verdad, no sé nada de ello), no volveré a ellas. La excitación espiritual es demasiado viva, la fatiga que de ella resulta demasiado grande; y, para decirlo todo, encuentro en esta niñería algo de criminal. En fin, cedí a la curiosidad; y

además era una locura en común, entre viejos amigos, donde no veía gran mal en perder un poco de dignidad. Ante todo [tomé] una sustancia bien pérfida; uno se cree a veces libre de la embriaguez, pero no es sino una calma mentirosa. Hay reposos, y luego reanudaciones. Así, hacia las diez de la noche, me encontré en uno de esos estados momentáneos; me creía liberada de esa superabundancia de vida que me había causado tanto goce, es verdad, pero que no estaba exenta de inquietud ni de miedo. Me puse a cenar con placer, como agotada por un largo viaje. Pues hasta entonces, por prudencia, me había abstenido de comer. Pero, antes incluso de levantarme de la mesa, mi delirio me había alcanzado de nuevo, como un gato a un ratón, y el veneno se puso de nuevo a jugar con mi pobre cerebro. Aunque mi casa está a poca distancia del castillo de nuestros amigos, y aunque había un coche a mi servicio, me sentí tan »Abrumada por la necesidad de soñar y de abandonarme a esa

locura irresistible, acepté con alegría la oferta que me hicieron de guardarme hasta el día siguiente. Usted conoce el castillo; sabe que se ha arreglado, vestido y reconfortado a la moderna toda la parte habitada por los dueños del lugar, pero que la parte generalmente deshabitada ha quedado tal cual, con su viejo estilo y sus viejas decoraciones. Se resolvió que se improvisaría para mí un dormitorio en esa parte del castillo, y se eligió a tal efecto la habitación más pequeña, una especie de gabinete un poco marchito y decrepito, que no por ello deja de ser encantador. Es preciso que se lo describa como pueda, para que comprenda la singular visión de la que fui víctima, visión que me ocupó una noche entera, sin que haya tenido el ocio de advertir la huida de las horas.

»Ese gabinete es muy pequeño, muy estrecho. A la altura de la cornisa el techo se redondea en bóveda; las paredes están cubiertas de espejos estrechos y alargados, separados por paneles donde están pintados paisajes en el estilo suelto de los decorados. A la altura de la cornisa, sobre las cuatro paredes, están representadas diversas figuras alegóricas, unas en actitudes reposadas, otras corriendo o revoloteando. Por encima de ellas, algunas aves brillantes y flores. Detrás de las figuras se alza una celosía pintada en trampantojo, y que sigue naturalmente la curva del techo. Ese techo está dorado. Todos los intersticios entre las varillas y las figuras están, pues, cubiertos de oro, y en el centro el oro no queda interrumpido sino por el laberinto geométrico de la celosía simulada. Ya ve que eso se parece un poco a una caja muy distinguida, a una muy bella jaula para un muy gran pájaro. Debo añadir que la noche era muy bella, muy transparente, la luna muy viva, hasta tal punto que, incluso después de que hube apagado la bujía, toda esa decoración permaneció visible, no iluminada por el ojo de mi espíritu, como usted podría creerlo, sino alumbrada por esa bella noche, cuyos resplandores se prendían a todo ese bordado de oro, de espejos y de colores abigarrados.

»Al principio quedé muy asombrada de ver grandes espacios extenderse ante mí, a mi lado, por todas partes; eran ríos límpidos y paisajes verdeantes que se miraban en aguas tranquilas. Adivine usted aquí el efecto de los paneles repercutidos por los espejos. Al levantar los ojos, vi un sol poniente semejante a metal en fusión que se enfriaba. Era el oro del techo; pero la celosía me hizo pensar que estaba en una especie de jaula o de

casa abierta por todos lados al espacio, y que no estaba separada de todas esas maravillas sino por los barrotes de mi magnífica prisión. Al principio me reí de mi ilusión; pero cuanto más miraba, más aumentaba la magia, más tomaba vida, transparencia y despótica realidad. Pronto la idea de clausura dominó mi espíritu, sin perjudicar demasiado, debo decirlo, a los variados placeres que sacaba del espectáculo tendido en torno y por encima de mí. Me consideraba como encerrada por mucho tiempo, por miles de años quizá, en esa jaula suntuosa, en medio de esos paisajes feéricos, entre esos horizontes maravillosos. Soñé con la Bella Durmiente, con una expiación que sufrir, con una futura liberación. Por encima de mi cabeza revoloteaban aves brillantes de los trópicos, y, como mi oído percibía el sonido de las campanillas al cuello de los caballos que caminaban a lo lejos por el camino real, fundiendo los dos sentidos sus impresiones en una idea única, atribuía a las aves ese canto misterioso del cobre, y creía que cantaban con gáznate de metal. Evidentemente hablaban de mí y celebraban mi cautividad. Monos retozando, sátiros mofletudos parecían divertirse con esa prisionera tendida, condenada a la inmovilidad. Pero todas las divinidades mitológicas me miraban con una sonrisa encantadora, como para animarme a soportar pacientemente el sortilegio, y todas las pupilas se deslizaban en el rabillo de los párpados como para prenderse a mi mirada. De ello concluí que si faltas antiguas, si algunos pecados ignorados por mí misma, habían hecho necesario ese castigo temporal, podía contar sin embargo con una bondad superior que, aunque condenándome a la prudencia, me ofrecería placeres más graves que los placeres de muñeca que llenan nuestra juventud. Ya ve que las consideraciones morales no estaban ausentes de mi sueño; pero debo confesar que el placer de contemplar esas formas y esos colores brillantes, y de creermelo el centro de un drama fantástico, absorbía frecuentemente todos mis demás pensamientos. Ese estado duró mucho tiempo, mucho tiempo. ¿Duró hasta la mañana? Lo ignoro. Vi de pronto el sol matinal instalado en mi habitación; experimenté un vivo asombro, y a pesar de todos los esfuerzos de memoria que he podido hacer, me ha sido imposible saber si había dormido o si había sufrido pacientemente un insomnio delicioso. Hace un momento era de noche, ¡y ahora es de día! Y sin embargo había vivido mucho tiempo, ¡oh! muchísimo tiempo. La noción del tiempo, o más bien la

medida del tiempo, estando abolida, la noche entera no era mensurable para mí sino por la multitud de mis pensamientos. Por muy larga que debiera parecerme desde ese punto de vista, me parecía sin embargo que no había durado sino algunos segundos, o incluso que no había ocupado lugar en la eternidad.

»No le hablo de mi fatiga..., fue inmensa. Se dice que el entusiasmo de los poetas y de los creadores se parece a lo que he experimentado, aunque siempre me he figurado que las gentes encargadas de emocionarnos debían estar dotadas de un temperamento muy calmo; pero si el delirio poético se parece al que me procuró una pequeña cucharada de confitura, pienso que los placeres del público cuestan bien caros a los poetas, y no es sin cierto bienestar, una satisfacción prosaica, que por fin me he sentido en mi casa, en mi casa intelectual, quiero decir en la vida real.»

He aquí una mujer evidentemente razonable; pero no nos serviremos de su relato sino para sacar de él algunas notas útiles que completarán esta descripción muy sumaria de los efectos del hachís.

Ella ha hablado de la cena como de un placer que llega muy a propósito, en el momento en que una mejoría momentánea, pero que parecía definitiva, le permitía volver a la vida real. En efecto, hay, como he dicho, intermitencias y calmas engañosas, y el hambre, que entonces se despierta, es voraz, casi siempre una sed excesiva. Solo que la comida o la cena, en lugar de traer un reposo definitivo, crea ese nuevo redoblamiento, esa crisis vertiginosa de la que se quejaba esta señora, y a la que siguió una serie de visiones encantadoras, ligeramente teñidas de espanto, a las que ella se había resignado positiva y muy gustosamente. El hambre y la sed tiránicas de que se trata no encuentran cómo saciarse sin cierto trabajo. Pues el hombre se siente tan por encima de las cosas materiales, o más bien está tan agobiado por su embriaguez, que necesita desarrollar un largo valor para mover una botella o un tenedor.

La crisis definitiva determinada por la digestión de los alimentos es en efecto muy violenta; es imposible luchar; y semejante estado no sería soportable si durara demasiado tiempo y si no dejara pronto lugar a otra fase de la embriaguez, que, en el caso citado, se ha traducido en visiones espléndidas, dulcemente terroríficas y al mismo tiempo llenas de con-

suelos. Ese estado nuevo es lo que los orientales llaman el kief. Ya no es algo vertiginoso y tumultuoso, es una beatitud calma e inmóvil, una resignación gloriosa. Hace mucho tiempo que ya no es usted su dueño, pero ya no se aflige por ello. El dolor y la idea del tiempo han desaparecido, o si alguna vez osan producirse, no es sino transfigurados por la sensación dominante, y son entonces, relativamente a su forma habitual, lo que la melancolía poética es al dolor positivo.

Pero, antes que nada, observemos que en el relato de esta señora (con este fin lo he transcrito) la alucinación es de un género bastardo, y saca su razón de ser del espectáculo exterior; el espíritu no es sino un espejo donde el medio circundante se refleja transformado de una manera exagerada. Después, vemos intervenir lo que yo llamaría gustoso la alucinación moral: el sujeto se cree sometido a una expiación; pero el temperamento femenino, que es poco propio para el análisis, no le ha permitido notar el singular carácter optimista de dicha alucinación. La mirada benévola de las divinidades del Olimpo está poetizada por un barniz... [se ha creído] que esta señora ha rozado el remordimiento; pero sus pensamientos, momentáneamente vueltos a la melancolía y al pesar, han sido rápidamente colorados de esperanza. Es una observación que aún tendremos ocasión de verificar.

Ella ha hablado de la fatiga del día siguiente; en efecto, esa fatiga es grande, pero no se manifiesta inmediatamente, y, cuando uno se ve obligado a reconocerla, no es sin asombro. Pues primero, cuando ha comprobado bien que un nuevo día se ha alzado sobre el horizonte de su vida, experimenta un bienestar asombroso; cree gozar de una ligereza de espíritu maravillosa. Pero apenas está de pie, cuando un viejo resto de embriaguez le sigue y le retrasa, como la bala de su reciente servidumbre. Sus piernas débiles no le conducen sino con timidez, y teme a cada instante romperse como un objeto frágil. Una gran languidez (hay gentes que pretenden que no carece de encanto) se apodera de su espíritu y se extiende por sus facultades, como una niebla en un paisaje. Hela ahí, por algunas horas todavía, incapaz de trabajo, de acción y de energía. Es el castigo de la prodigalidad impía con la que ha gastado el fluido nervioso. Ha diseminado su personalidad a los cuatro vientos del cielo, y

ahora, ¡qué pena no experimenta para reunirla y concentrarla! El hombre-dios.

Es tiempo de dejar de lado toda esa juglería y esos grandes marionetas, nacidos del humo de los cerebros infantiles. ¿No hemos de hablar de cosas más graves: de las modificaciones de los sentimientos humanos y, en...

Hasta ahora no he hecho sino una monografía abreviada de la embriaguez; me he limitado a acentuar sus principales rasgos, sobre todo los rasgos materiales. Pero lo que es más importante, creo, para el hombre espiritual, es conocer la acción del veneno sobre la parte espiritual del hombre, es decir, el engrosamiento, la deformación y la exageración de sus sentimientos habituales y de sus percepciones morales, que presentan entonces, en una atmósfera excepcional, un verdadero fenómeno de refracción.

El hombre que, habiéndose entregado largo tiempo al opio, se ha vuelto como encadenado por la costumbre de su servidumbre, [y que encuentra] la energía necesaria para liberarse, se me aparece como un prisionero evadido. Me inspira más admiración que el hombre prudente que nunca ha faltado, habiendo tenido siempre cuidado de evitar la tentación. Los ingleses se sirven, a propósito del opio, de términos que no pueden parecer excesivos sino a los inocentes que desconocen los horrores de esa degradación: encadenado, fettered, enslaved. Cadenas, en efecto, junto a las cuales todas las demás, cadenas del deber, cadenas del amor ilegítimo, no son sino tramas de gasa y tejidos de araña.

...¡espantoso matrimonio del hombre consigo mismo! «Me había convertido en esclavo del opio; me tenía entre sus lazos, y todos mis trabajos y mis planes habían tomado el color de mis sueños», dice el esposo de Ligeia; pero ¡en cuántos pasajes maravillosos Edgar Poe, ese poeta incomparable, ese filósofo no refutado, al que siempre hay que citar a propósito de las enfermedades misteriosas del espíritu, no describe las sombrías y atractivas esplendideces del opio! El amante de la luminosa Berenice, Egeo el metafísico, habla de una alteración de sus facultades, que le obliga a dar un valor anormal, monstruoso, a los fenómenos más simples: «Reflexionar infatigablemente durante largas horas, con la

atención clavada en alguna cita pueril al margen o en el texto de un libro, — permanecer absorto, la mayor parte de un día de verano, en una sombra extraña que se alarga oblicuamente sobre el tapiz o sobre el entarimado, — olvidarme una noche entera vigilando la llama recta de una lámpara o las brasas del hogar, — soñar días enteros sobre el perfume de una flor, — repetir de manera monótona alguna palabra vulgar, hasta que el sonido, a fuerza de ser repetido, dejase de presentar al espíritu idea alguna, — tales eran algunas de las más comunes y de las menos perniciosas aberraciones de mis facultades mentales, aberraciones que, sin duda, no están absolutamente sin ejemplo, pero que ciertamente desafían toda explicación y todo análisis.» Y el nervioso Augusto Bedloe, que cada mañana, antes de su paseo, se traga su dosis de opio, nos confiesa que el principal beneficio que saca de este envenenamiento cotidiano es el de tomar a toda cosa, incluso a la más trivial, un interés exagerado: «Sin embargo, el opio había producido su efecto acostumbrado, que es el de revestir todo el mundo exterior de una intensidad de interés. En el temblor de una hoja, — en el color de un tallo de hierba, — en la forma de un trébol, — en el zumbido de una abeja, — en el destello de una gota de rocío, — en el suspiro del viento, — en las vagas fragancias escapadas del bosque, — se producía todo un mundo de inspiraciones, una procesión magnífica y abigarrada de pensamientos desordenados y rapsódicos.»

Así se expresa, por boca de sus personajes, el maestro de lo horrible, el príncipe del misterio. Estas dos características del opio son perfectamente aplicables al hachís; en uno como en otro caso, la inteligencia, libre antaño, se vuelve esclava; pero la palabra rapsódico, que define tan bien un curso de pensamientos sugerido y mandado por el mundo exterior y el azar de las circunstancias, es de una verdad más verdadera y más terrible en el [hachís] que una tablilla a merced de todas las corrientes, y el curso de pensamientos es infinitamente más acelerado y más rapsódico. Es decir, creo, de una manera suficientemente clara, que el [hachís es] mucho más vehemente que el opio, mucho más enemigo de la vida regular, en una palabra, mucho más perturbador. Ignoro si diez años [de hachís] causarían desastres iguales a los causados por diez años de régimen de opio; digo que, para la hora presente y para el día si-

guiente, el hachís tiene resultados más funestos; uno es un seductor apacible, el otro un demonio desordenado.

Quiero, en esta última parte, definir y analizar el estrago moral causado por esta peligrosa y deliciosa gimnasia, estrago tan grande, peligro tan profundo, que aquellos que no vuelven del combate sino ligeramente averiados, me aparecen como valientes escapados de la caverna de un Proteo multiforme, como Orfeos vencedores del Infierno. Tómese, si se quiere, esta forma de lenguaje por una metáfora excesiva; confesaré que los venenos excitantes me parecen no solamente uno de los más terribles y de los más seguros medios de que dispone el Espíritu de las Tinieblas para reclutar y esclavizar a la deplorable humanidad, sino incluso una de sus encarnaciones más perfectas.

Esta vez, para abreviar mi tarea y hacer mi análisis más claro, en lugar de reunir anécdotas dispersas, acumularé sobre un solo personaje ficticio una masa de observaciones. Necesito, pues, suponer un alma de mi elección. En sus Confesiones, De Quincey afirma con razón que el opio, en lugar de adormecer al hombre, lo excita, pero que no lo excita sino en su vía natural, y que así, para juzgar las maravillas del opio, sería absurdo remitirse a un tratante de bueyes; pues este no soñará sino con bueyes y pastos. Ahora bien, no he de describir las pesadas fantasías [que]... ¿[las leería] con placer? ¿quién consentiría en leerlas? Para idealizar mi tema, debo concentrar todos sus rayos en un círculo único, debo polarizarlos; y el círculo trágico donde los voy a reunir será, como he dicho, un alma de mi elección, algo análogo a lo que el siglo XVIII llamaba el hombre sensible, a lo que la escuela romántica nombraba el armonioso incomprendido, y a lo que las familias y la masa burguesa marchitan generalmente con el epíteto de original.

Un temperamento mitad nervioso, mitad bilioso, tal es el más favorable a la evolución de una embriaguez semejante; añadamos un espíritu cultivado, ejercitado en los estudios de la forma y del color; un corazón tierno, fatigado por la desgracia, pero aún dispuesto al rejuvenecimiento; iremos, si os place, hasta admitir faltas antiguas, y lo que de ello debe resultar en una naturaleza fácilmente excitable, si no remordi-

mientos positivos, al menos el pesar del tiempo profanado y mal colmado. El gusto por la metafísica, el conocimiento de las distintas hipótesis de la filosofía sobre el destino humano, no son ciertamente complementos inútiles, — ni tampoco ese amor a la virtud, a una virtud abstracta, estoica o mística, que se halla postulada en todos los libros de que la infancia moderna hace su alimento, como la más alta cumbre adonde un alma distinguida pueda ascender. Si a todo ello se añade una gran finura de sentido que he omitido como condición supererogatoria, creo haber reunido los elementos generales más comunes del hombre sensible moderno, de lo que podría llamarse la forma banal de la originalidad. Veamos ahora en qué se convertirá esta individualidad llevada al extremo por la imaginación humana hasta su último y más espléndido reposadero, hasta la creencia del individuo en su propia divinidad.

Si sois una de esas almas, vuestro amor innato a la forma y al color encontrará ante todo un pasto inmenso en los primeros desarrollos de vuestra embriaguez. Los colores cobrarán una energía desacostumbrada y entrarán en el cerebro con una intensidad victoriosa. Delicadas, mediocres o incluso malas, las pinturas de los techos revestirán una vida espantosa; los más groseros papeles pintados que tapizan las paredes de las posadas se ahondarán como espléndidos dioramas. Las ninfas de carnes resplandecientes os miran con grandes ojos más profundos y más límpidos que el cielo y el agua; los personajes de la antigüedad, ataviados con sus trajes sacerdotales o militares, intercambian con vosotros, por el simple mirar, solemnes confidencias. La sinuosidad de las líneas es un lenguaje definitivamente claro donde leéis la agitación y el deseo de las almas. Entretanto se desarrolla ese estado misterioso y temporal del espíritu, en que la profundidad de la vida, erizada de sus múltiples problemas, se revela por entero en el espectáculo, por natural y trivial que sea, que se tiene ante los ojos, — en que el primer objeto que llega se vuelve símbolo parlante. Fourier y Swedenborg, el uno con sus analogías, el otro con sus correspondencias, se han encarnado en el vegetal y el animal que caen bajo vuestra mirada, y en lugar de enseñar por la voz, os adoctrinan por la forma y por el color. La inteligencia de la alegoría toma en vosotros proporciones desconocidas para vosotros mismos; notaremos de paso que la alegoría, ese género tan espiritual, que los pintores torpes nos han acostumbrado a despreciar, pero que es

verdaderamente una de las formas primitivas y más naturales de la poesía, recobra su denominación legítima en la inteligencia iluminada por la embriaguez. Ésta extiende sobre toda la vida como un barniz mágico; la colorea de solemnidad e ilumina toda su profundidad. Paisajes dentados, horizontes fugitivos, perspectivas de ciudades blanqueadas por la lividez cadavérica de la tormenta, o iluminadas por los ardores concentrados de los soles ponientes, — profundidad del espacio, alegoría de la profundidad del tiempo, — la danza, el gesto o la declamación de los cómicos, si os habéis lanzado a un teatro, — la primera frase que llega, si vuestros ojos caen sobre un libro, — todo en fin, la universalidad de los seres se alza ante vosotros con una gloria nueva no sospechada hasta entonces. La gramática, la gramática misma, se vuelve algo así como una brujería evocatoria; las palabras resucitan revestidas de carne y hueso, el sustantivo, en su majestad sustancial, el adjetivo, vestido transparente que lo viste y lo colorea como un glaseado, y el verbo, ángel del movimiento, que da el impulso a la frase. La música, otra lengua cara a los perezosos o a los espíritus profundos que buscan el descanso en la variedad del trabajo, os habla de vosotros mismos y os cuenta el poema de vuestra vida; se incorpora a vosotros, y vosotros os fundís en ella. Habla vuestra pasión, no de una manera vaga e indefinida, como lo hace en vuestras veladas indolentes, un día de ópera, sino de una manera circunstanciada, positiva, en que cada movimiento del ritmo marca un movimiento conocido de vuestra alma, cada nota se transforma en palabra, y el poema entero entra en vuestro cerebro como un diccionario dotado de vida.

No hay que creer que todos estos fenómenos se producen en el espíritu confusamente, con el acento chillón de la realidad y el desorden de la vida exterior. El ojo interior lo transforma todo y da a cada cosa el complemento de belleza que le falta para ser verdaderamente digna de agradar. Es también a esta fase esencialmente voluptuosa y sensual a la que hay que referir el amor a las aguas límpidas, corrientes o estancadas, que se desarrolla tan asombrosamente en la embriaguez cerebral de algunos artistas. Los espejos se vuelven un pretexto para esa ensoñación que se asemeja a una sed espiritual, unida a la sed física que seca la garganta, y de la que he hablado anteriormente; las aguas fugitivas, los juegos de agua, las cascadas armoniosas, la inmensidad azul del mar, rue-

dan, cantan, duermen con un encanto inexpressable. El agua se despliega como una verdadera hechicera, y, aunque no creo mucho en las locuras furiosas causadas por el hachís, diré que la contemplación de un abismo límpido sería del todo inofensiva para un espíritu amante del espacio y del cristal, y que la vieja fábula de la Ondina podría volverse para el entusiasta una trágica realidad.

Creo haber hablado lo suficiente del acrecentamiento monstruoso del tiempo y del espacio, dos ideas siempre conexas, pero que el espíritu afronta entonces sin tristeza y sin miedo. Mira con cierto deleite melancólico a través de los años profundos, y se hunde audazmente en infinitas perspectivas. Se habrá adivinado bien, presumo, que este acrecentamiento anormal y tiránico se aplica igualmente a todos los sentimientos y a todas las ideas: así a la benevolencia; de ello he dado, creo, una muestra bastante bella; así al amor. La idea de belleza debe naturalmente apoderarse de un lugar vasto en un temperamento espiritual tal como lo he supuesto. La armonía, el balanceo de las líneas, la euritmia en los movimientos, aparecen al soñador como necesidades, como deberes, no sólo para todos los seres de la creación, sino para él mismo, el soñador, que se encuentra, en este período de la crisis, dotado de una maravillosa aptitud para comprender el ritmo inmortal y universal. Y si nuestro fanático carece de belleza personal, no creáis que sufre largo tiempo por la confesión a que se ve obligado, ni que se mira como una nota discordante en el mundo de armonía y de belleza improvisado por su espíritu. Numerosos y admirables, tendiendo generalmente al optimismo, y uno de los principales, el más eficaz, es el que transforma el deseo en realidad. Otro tanto sucede sin duda en muchos casos de la vida ordinaria, pero ¡aquí con cuánto más ardor y sutileza! Por lo demás, ¿cómo un ser tan bien dotado para comprender la armonía, una especie de sacerdote de lo Bello, podría hacer una excepción y una mancha en su propia teoría? La belleza moral y su potencia, la gracia y sus seducciones, la elocuencia y sus proezas, todas estas ideas se presentan pronto como correctivos de una fealdad indiscreta, luego como consoladores, en fin como perfectos adúladores de un cetro imaginario.

En cuanto al amor, he oído a muchas personas, animadas de una curiosidad de colegial, buscar informarse cerca de aquellas a quienes... ¿qué

es esta embriaguez del amor, ya tan poderosa en su estado natural, cuando está encerrada en la otra embriaguez, como un sol dentro de un sol? Tal es la pregunta que se alzar  en una multitud de espíritus que llamar  los mirones del mundo intelectual. Para responder a un sobreentendido deshonesto, a esa parte de la pregunta que no osa producirse, remitirá al lector a Plinio, que ha hablado en algún lugar de las propiedades del c namo de manera que disipa sobre este tema muchas ilusiones. Se sabe, además, que la fatuidad es el resultado más ordinario del abuso que los hombres hacen de sus nervios y de las sustancias propias para excitarlos. Ahora bien, como no se trata aquí de potencia efectiva, sino de emoción o de susceptibilidad, rogaré simplemente al lector que considere que la imaginación de un hombre que... a un grado prodigioso, tan poco determinable como la fuerza extrema posible del viento en un huracán, y sus sentidos sutilizados hasta un punto casi tan difícil de definir. Es lícito, pues, creer que una caricia ligera, la más inocente de todas, un apretón de manos, por ejemplo, puede tener un valor centuplicado por el estado actual del alma y de los sentidos, y conducirlos quizá, y muy rápidamente, hasta ese síncope que es considerado por los vulgares mortales como el summum de... una imaginación a menudo ocupada en las cosas del amor, en recuerdos tiernos, a los que el dolor y la desgracia dan incluso un lustre nuevo, ello es indudable. No es menos cierto que una fuerte dosis de sensualidad se mezcla con estas agitaciones del espíritu; y por lo demás no es inútil notar, lo que bastaría para constatar sobre este punto... inmaculados (de los ismaelitas descenden los Asesinos) extraviaba sus adoraciones mucho más allá del imparcial Lingam, es decir, hasta el culto absoluto y exclusivo de la mitad femenina del símbolo. No habría nada sino de natural, siendo cada hombre la representación de la historia, en ver una herejía obscena, una religión monstruosa producirse en un espíritu que se ha entregado cobardemente a la... de una droga infernal, y que sonríe a la dilapidación de sus propias facultades.

Pudimos ver manifestarse en... singular aplicada incluso a los desconocidos, una especie de filantropía más hecha de piedad que de amor (es aquí donde se muestra el primer germen del espíritu satánico que se desarrollará de una manera extraordinaria), pero que llega hasta el temor de afligir a quienquiera que sea, se adivina en qué puede convertir-

se la sentimentalidad localizada, aplicada a una persona querida, que desempeña o ha desempeñado un papel importante en la vida moral del enfermo. El culto, la adoración, la plegaria, los sueños de felicidad se proyectan y se lanzan con la energía ambiciosa y el resplandor de un fuego artificial; como la pólvora y las materias colorantes del fuego, deslumbran y se desvanecen en las tinieblas. No hay suerte de combinación sentimental a la que no pueda prestarse el flexible... la protección, un sentimiento de paternidad ardiente y abnegada pueden mezclarse a una sen... siempre excusar y absolver. Va aún más lejos. Supongo faltas cometidas que han dejado en el alma huellas amargas, un marido o un amante que no contempla sino con tristeza (en su estado normal) un pasado matizado de tormentas; esas amarguras pueden entonces trocarse en dulzuras; la necesidad de perdón hace la imaginación más hábil y más suplicante, y el remordimiento mismo, en ese drama diabólico que no se expresa sino por un largo monólogo, puede obrar como excitante y caldear poderosamente el entusiasmo del corazón. Sí, el remordimiento... aparecía, a un espíritu verdaderamente filosófico, como un perfecto instrumento satánico? El remordimiento, singular ingrediente del placer, pronto queda ahogado en la deliciosa contemplación del remordimiento, en una especie de análisis voluptuoso; y este análisis es tan rápido que el hombre, ese diablo natural, por hablar como los swedenborgianos, no advierte cuán involuntario es, y cuánto, de segundo en segundo, se aproxima a la perfección diabólica. Adora su remordimiento y se glorifica, mientras está perdiendo su libertad.

He aquí, pues, a mi hombre supuesto, el espíritu de mi elección, llegado a ese grado de alegría y de serenidad en que se ve forzado a admirarse a sí mismo. Toda contradicción se borra, todos los problemas filosóficos se vuelven límpidos, o al menos lo parecen. Todo es materia de goce. La plenitud de su vida actual le inspira un orgullo desmesurado. Una voz habla en él (¡ay!, es la suya) que le dice: «Tienes ahora el derecho de considerarte superior a todos los hombres; nadie conoce ni podría comprender todo lo que piensas y todo lo que sientes; serían incluso incapaces de apreciar la benevolencia

4que te inspiran. Eres un rey a quien los pas90 EL POEMA DEL HACHÍS

seantes desconocen, y que vive en la soledad de su convicción; pero ¿qué te importa? ¿No posees acaso ese desprecio soberano que hace tan buena la vida?»

Sin embargo, podemos suponer que de tiempo en tiempo un recuerdo mordaz atraviesa y corrompe esta dicha. Una sugestión venida del exterior puede reanimar un pasado desagradable de contemplar. ¡De cuántas acciones necias o viles no está lleno el pasado, que serían verdaderamente indignas de este rey del pensamiento y que mancillan su dignidad ideal! [Falta texto: el original presenta aquí una laguna.] valientemente esos fantasmas llenos de reproches, e incluso que sabrá extraer de esos recuerdos hediondos nuevos elementos de placer y de orgullo. Tal será la evolución de su razonamiento: pasada la primera sensación de dolor, analizará curiosamente esa acción o ese sentimiento cuyo recuerdo ha turbado su glorificación actual, los motivos que le hacían obrar entonces, las circunstancias que le rodeaban, y si no encuentra en esas circunstancias razones suficientes, si no para absolver, al menos para atenuar su pecado, ¡no imaginéis que se sienta vencido! Asisto a su razonamiento como al juego de un mecanismo bajo un cristal transparente: «Esta acción ridícula, cobarde o vil, cuyo recuerdo me ha agitado un momento, está en completa contradicción con mi verdadera naturaleza, mi naturaleza actual, y la energía misma con que la condeno, el cuidado inquisitorial con que la analizo y la juzgo, prueban mis altas y divinas aptitudes para la virtud. ¡Cuántos se encontrarían en el mundo de hombres tan hábiles para juzgarse, tan severos para condenarse?» Y no solamente se condena, sino que se glorifica. El horrible recuerdo así absorbido en la contemplación de una virtud ideal, de una caridad ideal, de un genio ideal, se entrega cándidamente a su triunfante orgía espiritual. Hemos visto que, parodiando de una manera sacrílega el sacramento

de la penitencia, a la vez penitente y confesor, se había dado una fácil absolución, o, peor aún, que había sacado de su condenación un nuevo pasto para su orgullo. Ahora, de la contemplación de sus sueños y de sus proyectos de virtud, concluye su aptitud práctica para la virtud; la energía amorosa con que abraza ese fantasma de virtud le parece una prueba suficiente, perentoria, de la energía viril necesaria para el cumplimiento de su ideal. Confunde completamente el sueño con la acción, y su imagi-

nación, caldeándose cada vez más ante el espectáculo encantador de su propia naturaleza corregida e idealizada, sustituyendo esa imagen fascinadora de sí mismo a su real individuo, tan pobre en voluntad, tan rico en vanidad, acaba por decretar su apoteosis en estos términos netos y simples, que contienen para él todo un mundo de abominables goces: «¡Soy el más virtuoso de todos los hombres!»

¿No os hace esto recordar a Jean-Jacques, que también él, después de haberse confesado ante el universo, no sin cierto voluptuosidad, se atrevió a lanzar el mismo grito de triunfo (o al menos la diferencia es bien pequeña) con la misma sinceridad y la misma convicción? El entusiasmo con que admiraba la virtud, el enternecimiento nervioso que le llenaba los ojos de lágrimas a la vista de una bella acción o al pensamiento de todas las bellas acciones que habría querido realizar, bastaban para darle una idea superlativa de su valor moral. Jean-Jacques se había embriagado sin hachís.

¿Seguiré más lejos el análisis de esta victoriosa monomanía? ¿Explicaré cómo, bajo el imperio del veneno, mi hombre se hace pronto centro del universo? ¿cómo se convierte en la expresión viva y exagerada del proverbio que dice que la pasión todo lo refiere a sí? Cree en su virtud y en su genio; ¿no se adivina el fin? Todos los objetos circundantes son otras tantas sugerencias que agitan en él un mundo de pensamientos, todos más coloreados, más vivos, más sutiles que nunca, y revestidos de un barniz mágico. «Esas ciudades magníficas, se dijo, donde los edificios soberbios se escalonan como en los decorados, — esos hermosos navíos balanceados por las aguas de la rada en un desocupado ensimismamiento nostálgico, y que parecen traducir nuestro pensamiento: ¿Cuándo partimos hacia la felicidad? — esos museos que rebosan de bellas formas y de colores embriagadores, — esas bibliotecas donde se acumulan los trabajos de la Ciencia y los sueños de la Musa, — esos instrumentos reunidos que hablan con una sola voz, — esas mujeres hechiceras, aún más encantadoras por la ciencia del adorno y la economía de la mirada, — todas esas cosas han sido creadas para mí, por mí, ¡para mí! ¡Para mí, la humanidad ha trabajado, ha sido martirizada, inmolada, — para servir de pasto, de pabulum, a mi implacable apetito de emoción, de conocimiento y de belleza!» Salto y abrevio. Nadie se asombrará de que un

pensamiento final, supremo, brote del cerebro del soñador: «¡Me he convertido en Dios!», de que un grito salvaje, ardiente, se lance de su pecho con una energía tal, una tal potencia de proyección, que, si las voluntades y las creencias de un hombre ebrio tuvieran una virtud eficaz, ese grito derribaría a los ángeles diseminados en los caminos del cielo: «¡Soy un Dios!» Pero pronto ese huracán de orgullo se transforma en una temperatura de beatitud calma, muda, reposada, y la universalidad de los seres se presenta coloreada y como iluminada por una aurora sulfurosa. Si por casualidad un vago recuerdo se desliza en el alma de ese deplorable bienaventurado: ¿No habría otro Dios?, creed que se erguirá frente a aquel, que discutirá sus voluntades y que lo afrontará sin terror. ¿Cuál es el filósofo francés que, para burlarse de las doctrinas alemanas modernas, decía: «Soy un dios que ha cenado mal»? Esta ironía no mordería en un espíritu arrebatado por el hachís; respondería tranquilamente: «Es posible que haya cenado mal, pero soy un Dios.»

MORAL

Pero ¡el día siguiente! ¡el terrible día siguiente! todos los órganos relajados, fatigados, los nervios distendidos, las cosquilleantes ganas de llorar, la imposibilidad de aplicarse a un trabajo seguido, os enseñan cruelmente que habéis jugado un juego prohibido. La naturaleza odiosa, despojada de su iluminación de la víspera, se parece a los melancólicos despojos de una fiesta. La voluntad sobre todo es atacada, de todas las facultades la más preciosa. Se dice, y es casi verdad, que esa sustancia no causa ningún mal físico, ningún mal grave, al menos. Pero ¿puede afirmarse que un hombre incapaz de acción, y apto solamente para los sueños, se encontraría realmente bien, aunque todos sus miembros estuvieran en buen estado? Ahora bien, conocemos bastante la naturaleza humana para saber que un hombre que puede, con una cucharada de confitura, procurarse instantáneamente todos los bienes del cielo y de la tierra, no ganará jamás la milésima parte por el trabajo. ¿Se figura uno un Estado cuyos ciudadanos todos, qué guerreros, qué legisladores? Incluso en Oriente, donde su uso está tan extendido, hay gobiernos que han comprendido la necesidad de proscribirlo. En efecto, está prohibido al hombre, bajo pena de decadencia y de muerte intelectual, perturbar las condiciones primordiales de su existencia y romper el equilibrio de sus

facultades con los medios donde están destinadas a moverse, en una palabra, perturbar su destino para sustituirlo por una fatalidad de un nuevo género. Acordémonos de Melmoth, ese admirable emblema. Su espantoso sufrimiento reside en la desproporción entre sus maravillosas facultades, adquiridas instantáneamente por un pacto satánico, y el medio donde, como criatura de Dios, está condenado a vivir. Y ninguno de aquellos a quienes quiere seducir consiente en comprarle, en las mismas condiciones, su terrible privilegio. En efecto, todo hombre que no acepta las condiciones de la vida, vende su alma. Es fácil captar la relación que existe entre las creaciones satánicas de los poetas y las criaturas vivientes que se han consagrado a los excitantes. El hombre ha querido ser Dios, y he aquí que pronto, en virtud de una ley moral incontrolable, ha caído más bajo que su naturaleza real. Es un alma que se vende al por menor.

Balzac pensaba sin duda que no hay para el hombre mayor vergüenza ni más vivo sufrimiento que la abdicación de su voluntad. Lo vi una vez, en una reunión donde se hablaba de los efectos prodigiosos del hachís. Escuchaba y preguntaba con una atención y una vivacidad divertidas. Las personas que lo conocieron adivinan que debía estar interesado. Pero la idea de pensar a pesar de sí mismo lo chocaba vivamente. Se le presentó dawamesk; lo examinó, lo olió y lo devolvió sin tocarlo. La lucha entre su curiosidad casi infantil y su repugnancia por la abdicación se delataba en su rostro expresivo de una manera sorprendente. El amor a la dignidad venció. En efecto, es difícil figurarse al teórico de la voluntad, ese gemelo espiritual de Louis Lambert, consintiendo en perder una parcela de esa preciosa sustancia.

A pesar de los admirables servicios que han prestado el éter y el cloroformo, me parece que, desde el punto de vista de la filosofía espiritualista, la misma mancha moral se aplica a todas las invenciones modernas que tienden a disminuir la libertad humana y el indispensable dolor. No sin cierta admiración oí una vez la paradoja de un oficial que me contaba la cruel operación practicada en un general francés en El-Aghouat, y de la que este murió a pesar del cloroformo. Ese general era un hombre muy valiente, y aun algo más, una de esas almas a las que se aplica naturalmente el término: caballeresco. «No era, me decía, cloroformo lo que

le hacía falta, sino las miradas de todo el ejército y la música de los regimientos. ¡Así quizá se habría salvado!» El cirujano no era de la opinión de ese oficial; pero el capellán sin duda habría admirado esos sentimientos.

Es verdaderamente superfluo, después de todas estas consideraciones, insistir sobre el carácter in... [suicidio], a un suicidio lento, a un arma siempre sangrienta y siempre afilada, ningún espíritu razonable encontrará nada que reprochar. Que yo lo asimile a la brujería, a la magia, que quieren, operando sobre la materia, y por medio de arcanos cuya falsedad nada prueba más que su eficacia, conquistar un dominio prohibido al hombre o permitido solamente a aquel que de él es juzgado digno, ninguna alma filosófica censurará esta comparación. Si la Iglesia condena la magia y la brujería, es porque militan contra las intenciones de Dios, porque suprimen el trabajo del tiempo y quieren hacer superfluas las condiciones de pureza y de moralidad; y porque ella, la Iglesia, no considera como legítimos, como verdaderos, más que los tesoros ganados por la buena intención asidua. Llamamos estafador al jugador que ha encontrado el medio de jugar a golpe seguro; ¿cómo llamaremos al hombre que quiere comprar, con un poco de moneda, la felicidad y el genio? Es la infalibilidad misma del medio la que constituye su inmoralidad, como la infalibilidad supuesta de la magia le impone su estigma infernal. ¿Añadiré que el hachís, como todas las alegrías solitarias, hace al individuo inútil para los hombres y a la sociedad superflua para el individuo, empujándolo a admirarse sin cesar a sí mismo y precipitándolo día tras día hacia el abismo luminoso donde admira su rostro de Narciso?

Si aún, a precio de su dignidad, de su honestidad y de su libre albedrío, el hombre... [sacrificios] espirituales, hacer de él una especie de máquina de pensar, un instrumento fecundo? Es una cuestión que he oído plantear a menudo, y a ella respondo. En primer lugar, como largamente... [el] individuo nada más que el individuo mismo. Verdad es que ese individuo está por así decirlo elevado al cubo y llevado al extremo, y como es igualmente cierto que la memoria de las impresiones sobrevive a la orgía, la esperanza de esos utilitarios no parece, a primera vista, del todo desprovista de razón. Pero les rogaré que observen que los pensa-

mientos, de los que cuentan sacar tan gran partido, no son realmente tan bellos como lo parecen bajo su disfraz momentáneo y cubiertos de oropeles mágicos. Participan más de la tierra que del cielo, y deben gran parte de su belleza a la agitación nerviosa, a la avidez con que el espíritu se lanza sobre ellos. Después, esa esperanza es un círculo vicioso: admitamos un instante que el hachís da, o al menos aumenta el genio; olvidan que es de la naturaleza del hachís disminuir la voluntad, y que así concede por un lado lo que retira por el otro, es decir, la imaginación sin la facultad de aprovecharla. En fin, hay que pensar, suponiendo un hombre bastante diestro y bastante vigoroso para sustraerse a esa alternativa, en otro peligro, fatal, terrible, que es el de todas las costumbres. Todas se transforman pronto en necesidades. Quien haya recurrido a un veneno para pensar no podrá pronto pensar sin veneno. ¿Se figura uno la suerte horrible de un hombre cuya imaginación paralizada no sabría ya funcionar...?

En los estudios filosóficos, el espíritu humano, imitando la marcha de los astros, debe seguir una curva que lo devuelve a su punto de partida. Concluir es cerrar un círculo. Al comienzo he hablado de ese estado maravilloso, donde el espíritu del hombre se encontraba a veces arrojado como por una gracia especial; he dicho que, aspirando sin cesar a reavivar sus esperanzas y a elevarse hacia el infinito, mostraba, en todos los países y en todos los tiempos, un gusto frenético por todas las sustancias, incluso peligrosas, que, exaltando su personalidad, podían suscitar un instante ante sus ojos ese paraíso de ocasión, objeto de todos sus deseos, y en fin que ese espíritu temerario, empujando, sin saberlo, hasta el infierno, testimoniaba así su grandeza original. Pero el hombre no está tan abandonado, tan privado de medios honestos para ganar el cielo, que esté obligado a invocar la farmacia y la brujería; no tiene necesidad de vender su alma para pagar las caricias embriagadoras y la amistad de las huries. ¿Qué es un paraíso que se compra al precio de la salvación eterna? Me figuro un hombre (¿diré un brahmán, un poeta o un filósofo cristiano?) colocado sobre el Olimpo arduo de la espiritualidad; en torno a él, las Musas de Rafael o de Mantegna, para consolarlo de sus largos ayunos y de sus asiduas plegarias, combinan las danzas más nobles, lo miran con sus ojos más dulces y sus sonrisas más radiantes; el divino Apolo, ese maestro en todo saber (el de Francavilla, de Alberto

Durero, de Goltzius o de cualquier otro, ¿qué importa? ¿No hay un Apolo para todo hombre que lo merece?), acaricia con su arco sus cuerdas más vibrantes. Por debajo de él, al pie de la montaña, entre las zarzas y el fango, la tropa de los humanos, la banda de los ilotas, simula las muecas del goce y lanza aullidos que le arranca la mordedura del veneno; y el poeta entristecido se dice: «Esos inlos afortunados que no han ayunado ni orado, y que han rechazado la redención por el trabajo, piden a la negra magia los medios de elevarse, de un solo golpe, a la existencia sobrenatural. La magia los engaña y les enciende una falsa dicha y una falsa luz; mientras que nosotros, poetas y filósofos, hemos regenerado nuestra alma por el trabajo sucesivo y la contemplación; por el ejercicio asiduo de la voluntad y la nobleza permanente de la intención, hemos creado para nuestro uso un jardín de verdadera belleza. Confiados en la palabra que dice que la fe transporta las montañas, ¡hemos realizado el único milagro cuya licencia Dios nos ha otorgado! PBÉGAUTIOIfS ORATOIEËS

¡justo, sutil y poderoso opio! Tú que, en el corazón del pobre como del rico, para las heridas que nunca se cicatrizarán y para las angustias que inducen al espíritu a la rebelión, aportas un bálsamo suavizante; ¡elocuente opio! Tú que, con tu poderosa retórica desarmas las resoluciones de la rabia, y que, por una noche, devuelves al hombre culpable las esperanzas de

su juventud y sus antiguas manos puras de sangre; que, al hombre orgulloso, das un olvido pasajero

De agravios no reparados y de insultos no vengados;

que citas a los falsos testigos ante el tribunal de los sueños, para el triunfo de la inocencia inmolada; que confundes al perjurio; que anulas las sentencias de los jueces inicuos; — tú edificas sobre el sed de las tinieblas, con los materiales imaginarios del cerebro, con un arte más profundo que el de Fidias y de Praxíteles, ciudades y templos que superan en esplendor a Babilonia y a Hecatómpilos; y del caos de un sueño lleno de ensueños evocas a la luz del sol los rostros de bellezas largo tiempo sepultadas, y las fisonomías familiares y benditas, limpias de los

son tididos, sin haber sido buscados, en conocimiento de un solo individuo, ¡qué estadística espantosa no podría establecerse sobre la población total de Inglaterra! Tres farmacéuticos de Londres, en barrios por demás apartados, afirman (en 1821) que el número de aficionados al opio es inmenso, y que la dificultad de distinguir las personas que han hecho de él una especie de higiene de aquellas que quieren procurárselo con un fin culpable es para ellos una fuente de embarazos cotidianos. Pero el opio ha descendido a visitar los limbos de la sociedad, y en Manchester, en la tarde del sábado, los mostradores de los drogueros están cubiertos de píldoras preparadas en previsión de las demandas de la noche. Para los obreros de las manufacturas el opio es una voluptuosidad económica; pues la baja de los salarios puede hacer del aguardiente y de los espirif

tuosos una orgía costosa. Pero no creáis, cuando el salario vuelva a subir, que el obrero inglés abandone el opio para volver a las groseras alegrías del alcohol. La fascinación está operada; la voluntad está domada; el recuerdo del goce ejercerá su eterna tiranía.

Si naturalezas groseras y embrutecidas por un trabajo cotidiano y sin encanto pueden encontrar en el opio vastos consuelos, ¿cuál será, pues, su efecto sobre un espíritu sutil y letrado, sobre una imaginación ardiente y cultivada, sobre todo si ha sido prematuramente labrada por el dolor fertilizante, — sobre un cerebro marcado por la ensoñación fatal, *touched with pensiveness*, para servirme de la asombrosa expresión de mi autor? Tal es el asunto del maravilloso libro que desplegaré como un tapiz fantástico ante los ojos del lector. Sin duda abreviaré mucho; De Quincey es esencialmente digresivo; la expresión *humourist* puede aplicársele más

convenientemente que a cualquier otro; compara, en un pasaje, su pensamiento con un tirso, simple bastón que toma toda su fisonomía y todo su encanto del follaje complicado que lo envuelve. Para que el lector no pierda nada de los cuadros conmovedores que componen la sustancia de su volumen, siendo el espacio de que dispongo restringido, me veré obligado, con gran pesar mío, a suprimir bien de *hors-d'œuvre* muy divertidos, bien de disertaciones exquisitas, que no se relacionan directamente con el opio, sino que tienen simplemente por objeto ilustrar el li-

bro, el cual es bastante vigoroso para hacerse adivinar, incluso bajo esta envoltura sucinta, incluso en estado de simple extracto.

La obra (*Confessions of an english opiumeater, being an extract from the life of a scholar*) está dividida en dos partes: una, *Confessions*; la otra, su complemento, *Suspiria de profundis*. Cada una se reparte en diferentes subdivisiones, de las cuales omitiré algunas,

que son como corolarios o apéndices. La división de la primera parte es perfectamente simple y lógica, naciendo del asunto mismo: *Confesiones preliminares*; *Voluptuosidades del opio*; *Torturas del opio*. Las *Confesiones preliminares*, sobre las que he de extenderme un poco largamente, tienen un fin fácil de adivinar. Es preciso que el personaje sea conocido, que se haga amar, apreciar del lector. El autor, que ha emprendido interesar vigorosamente la atención con un asunto en apariencia tan monótono como la descripción de una embriaguez, se empeña vivamente en mostrar hasta qué punto es excusable; quiere crear para su persona una simpatía de la que se aprovechará toda la obra. En fin, y esto es muy importante, el relato de ciertos accidentes, vulgares quizá en sí mismos, pero graves y serios en razón de la sensibilidad de quien los ha soportado, se convierte, por así decir, en la clave de las sensaciones y de las visiones extraordinarias que asediarán más tarde su

UN COMEDOR DE OPIO 119

cerebro. Más de un viejo, inclinado sobre una mesa de taberna, se ve a sí mismo viviendo en un entorno desaparecido; su embriaguez está hecha de su juventud desvanecida. Del mismo modo, los acontecimientos narrados en las *Confesiones* usurparán una parte importante en las visiones posteriores. Resucitarán como esos sueños que no son sino los recuerdos deformados o transfigurados de las obsesiones de una jornada laboriosa.

CONFESIONES PRELIMINARES

No, no fue para la búsqueda de una voluptuosidad culpable y perezosa por lo que comenzó a usar el opio, sino simplemente para dulcificar las torturas de estómago nacidas de una cruel costumbre del hambre. Esas angustias de la hambruna datan de su primera juventud, y es a la edad de veintiocho años cuando el mal y el remedio hacen su primera aparición en su vida, tras un periodo bastante largo de felicidad, de seguridad y de bienestar. En qué circunstancias se produjeron esas angustias fatales, es lo que se va a ver.

cuando su padre murió, dejándolo a unos tutores que le hicieron hacer su primera educación en varias escuelas. Desde muy

temprano se distinguió por sus aptitudes literarias, particularmente por un conocimiento prematuro de la lengua griega. A los trece años, escribía en griego; a los quince, podía no solo componer versos griegos en metros líricos, sino incluso conversar en griego abundantemente y sin embarazo, facultad que debía a una costumbre diaria de improvisar en griego una traducción de los periódicos ingleses. La necesidad de encontrar en su memoria y su imaginación una multitud de perífrasis para expresar mediante una lengua muerta ideas e imágenes absolutamente modernas, había creado para él un diccionario siempre dispuesto, mucho más complejo y extenso que el que resulta de la vulgar paciencia de los temas puramente literarios. «Ese muchacho, decía uno de sus maestros señalándolo a un extranjero,

podría arengar a una multitud ateniense mucho mejor que usted o yo a una multitud inglesa.» Desgraciadamente nuestro helenista precoz fue arrebatado a ese excelente maestro; y, tras haber pasado por las manos de un grosero pedagogo que temblaba siempre que el niño no se hiciera el enderezador de su ignorancia, fue confiado a los cuidados de un buen y sólido profesor, que también pecaba por falta de elegancia y no recordaba en nada la ardiente y centelleante erudición del primero. Mala cosa es que un niño pueda juzgar a sus maestros y colocarse por encima de ellos. Se traducía a Sófocles, y, antes de la apertura de la clase, el celoso profesor, el *archididasculus*, se preparaba con una gramática y un léxico para la lectura de los coros, purgando por anticipado su lección de todas las vacilaciones y de todas las dificultades. Sin embargo, el joven (rozaba sus diecisiete años) ardía por ir a la universidad, y era en vano

que atormentara a sus tutores sobre este asunto. Uno de ellos, hombre bueno y razonable,

vivía muy lejos. De los otros tres, dos habían entregado toda su autoridad a manos del cuarto; y este se nos pinta como el mentor más obstinado del mundo y más enamorado de su propia voluntad. Nuestro aventurero joven toma una gran determinación; huirá de la escuela. Escribe a una encantadora y excelente mujer, sin duda una amiga de la familia, que lo tuvo niño sobre sus rodillas, para pedirle cinco guineas. Una respuesta llena de gracia maternal llega pronto, con el doble de la suma perdida. Su bolsa de colegial contenía aún dos guineas, y doce guineas representan una fortuna infinita para un niño que no conoce las necesidades cotidianas de la vida. Ya no se trata más que de ejecutar la huida. El pasaje siguiente es uno de aquellos que no puedo resignarme a abreviar. Es bueno, por lo demás, que el lector pueda de vez en cuando saborear por sí mismo la manera penetrante y femenina del autor.

UN COMEDOR DE OPIO 125

«El doctor Johnson hace una observación muy justa (y llena de sentimiento, lo que desgraciadamente no puede decirse de todas sus observaciones), y es que nunca hacemos conscientemente por última vez, sin una tristeza en el corazón, lo que desde hace mucho tiempo tenemos por costumbre hacer. Sentí profundamente esta verdad cuando llegué a abandonar un lugar que no amaba, y donde no había sido feliz. La tarde que precedió al día en que debía huir de él para siempre, oí con tristeza resonar en la vieja y alta sala de clase la oración de la tarde; pues la oía por última vez;

y llegada la noche, cuando se pasó lista, habiendo sido mi nombre, como de costumbre, llamado el primero, me adelanté, y, pasando ante el director que estaba presente, lo saludé; lo miraba curiosamente al rostro, y pensaba para mis adentros: ¡Es viejo y achacoso, y no lo volveré a ver en este mundo! Tenía razón, pues no lo he vuelto a ver y no lo volveré a ver

jamás. Me miró con complacencia, con una buena sonrisa, me devolvió mi saludo, o más bien mi adiós, y nos separamos, sin que él lo sospecha-

ra, para siempre. No podía sentir un profundo respeto por su inteligencia; pero siempre se había mostrado bueno conmigo; me había concedido muchos favores, y sufría al pensar en la mortificación que iba a infligirle.

» Llegó la mañana en que debía lanzarme al mar del mundo, mañana de la que toda mi vida subsiguiente ha tomado, en gran parte, su color. Me alojaba en la casa del director, y había obtenido, desde mi llegada, el favor de una habitación particular, que me servía igualmente de dormitorio y de gabinete de trabajo. A las tres y media me levanté, y consideré con profunda emoción las viejas torres, adornadas de las primeras luces, y que comenzaban a teñirse de púrpura con el resplandor radiante de una mañana de junio sin nubes. Estaba firme e inquebrantable

UN COMEDOR DE OPIO 127

en mi propósito, pero turbado sin embargo por una vaga aprensión de embarazos y de peligros inciertos; y si hubiera podido prever la tempestad, la verdadera granizada de aflicción que pronto debía abatirse sobre mí, habría estado con razón mucho más agitado. La paz profunda de la mañana hacía con este trastorno un contraste enternecedor y le servía casi de medicina. El silencio era más profundo que a medianoche; y para mí el silencio de una mañana de verano es más conmovedor que cualquier otro silencio, porque la luz, aunque amplia y fuerte, como la del mediodía en las demás estaciones del año, parece diferir del día perfecto sobre todo en esto: en que el hombre no está aún fuera; y así la paz de la naturaleza y de las inocentes criaturas de Dios parece profunda y segura, mientras que la presencia del hombre, con su espíritu inquieto e inestable, no venga a turbar su santidad. Me vestí, tomé mi sombrero y mis guantes, y me demoré algún tiempo en mi habitación.

Desde un año y medio, esta habitación había sido la ciudadela de mi pensamiento; allí había leído y estudiado durante las largas horas de la noche; y aunque, a decir verdad, durante la última parte de este periodo, yo, que estaba hecho para el amor y los afectos dulces, hubiera perdido mi alegría y mi felicidad en la lucha febril que había sostenido contra mi tutor, por otro lado, sin embargo, un muchacho como yo, amante de los libros, entregado a las investigaciones del espíritu, no podía dejar de ha-

ber disfrutado de algunas buenas horas, incluso en medio de su desaliento. Lloraba al mirar a mi alrededor el sillón, la chimenea, la mesa de escribir y otros objetos familiares que estaba demasiado seguro de no volver a ver. Desde entonces hasta la hora en que trazo estas líneas, dieciocho años han transcurrido, y sin embargo, en este mismo momento, veo distintamente, como si datara de ayer, el contorno y la expresión del objeto sobre el que fijaba una mirada de adiós; era un retrato de la seductora..... (1), que estaba suspendido sobre la chimenea, y cuyos ojos y cuya boca eran tan bellos, y toda la fisonomía tan radiante de bondad y de divina serenidad, que más de una vez había dejado caer mi pluma o mi libro para pedir consuelo a su imagen, como un devoto a su santo patrón. Mientras me olvidaba contemplándolo, la voz profunda del reloj proclamó que eran las cuatro. Me alcé hasta el retrato, lo besé, y luego salí suavemente y cerré la puerta para siempre.

cUN COMEDOR DE OPIO 129

» Las ocasiones de reír y de llorar se entrelazan y se mezclan tan bien en esta vida, que no puedo sin sonreír recordar un incidente que se produjo entonces y estuvo a punto de obstaculizar la ejecución inmediata de mi plan. Tenía un baúl de un peso enorme; pues, además de mi ropa, contenía casi todo

(1) Quizá la dama de las diez guineas.

mi biblioteca. La dificultad estaba en hacerla transportar a casa de un carretero. Su habitación estaba situada a una altura aérea, y lo que había de peor era que la escalera que conducía a aquel ángulo del edificio desembocaba en un corredor que pasaba por delante de la puerta de la habitación del principal. Era adorado de todos los criados, y, sabiendo que cada uno de ellos se apresuraría a servirme secretamente, confié mi apuro a un ayuda de cámara del principal. Juró que haría todo lo que yo quisiera; y cuando llegó el momento, subió la escalera para llevarse el baúl. Temía mucho que esto excediera las fuerzas de un solo hombre; pero aquel groom era un mozo robusto dotado

DE ESPALDAS elásticas, hechas para soportar El peso de las más poderosas monarquías,

y tenía una espalda tan vasta como las llanuras de Salisbury. Se empeñó, pues, en transportar el

EL COMEDOR DE OPIO 131

baúl él solo, mientras yo aguardaba al pie del último piso, lleno de ansiedad. Durante algún tiempo, le oí que descendía con paso firme y lento; pero desgraciadamente, a causa de su inquietud, como se acercaba al lugar peligroso, a algunos pasos del corredor su pie resbaló, y el poderoso fardo, cayendo de sus hombros, adquirió tal velocidad de descenso a cada escalón de la escalera, que al llegar abajo rodó, o más bien saltó en línea recta, con el estruendo de veinte demonios, contra la puerta de la alcoba del archididáscalo. Mi primera idea fue que todo estaba perdido, y que mi única posibilidad de ejecutar una retirada era sacrificar mi equipaje. Sin embargo, un momento de reflexión me decidió a aguardar el fin de la aventura. El groom estaba en un espanto horrible por su propia cuenta y por la mía; pero, a pesar de todo ello, el sentimiento de lo cómico se había, en aquel infortunado contratiempo, apoderado de su ánimo de modo tan irresistible

que estalló en risa, — pero en una risa prolongada, aturdidora, a todo escape, que habría despertado a los Siete Durmientes. A los sonos de aquella música de alegría, que resonaba en los mismos oídos de la autoridad insultada, no pude menos de unir la mía, no tanto por la desdichada caída del baúl, cuanto por el efecto nervioso producido en el groom. Ambos esperábamos, muy naturalmente, ver al doctor lanzarse fuera de su habitación; pues generalmente, si oía moverse un ratón, saltaba como un mastín fuera de su perrera. Cosa singular, en esta ocasión, cuando nuestros estallidos de risa hubieron cesado, ningún ruido, ni siquiera un roce, se hizo oír en la habitación. El doctor estaba afligido de una dolencia dolorosa, que le tenía a veces despierto, pero que quizá, cuando lograba adormecerse, le hacía dormir más profundamente. Animado por aquel silencio, el groom volvió a cargar su fardo sobre

UN COMEDOR DE OPIO 133

sus hombros y efectuó el resto de su descenso sin accidente. Aguardé hasta haber visto el baúl colocado sobre una carretilla y en camino hacia

el coche. Entonces, sin otra guía que la Providencia, partí a pie, llevando bajo el brazo un pequeño paquete con algunos objetos de tocador, un poeta inglés favorito en un bolsillo, y en el otro un pequeño volumen en dozavo que contenía unas nueve piezas de Eurípides. X

Nuestro colegial había acariciado la idea de dirigirse hacia el Westmoreland; pero un accidente que no nos explica cambió su itinerario y le arrojó a las Galas del Norte. Después de haber errado algún tiempo por el Denbighshire, el Merionethshire y el Caernarvonshire, se instaló en una casita muy aseada, en B....; pero pronto fue de ella rechazado por un incidente en que su joven orgullo se vio herido de la manera más cómica. Su huésped había servido en casa de un obispo, ora como gobernanta, ora como niñera.

La soberbia enorme del clero inglés se infiltra generalmente no sólo en los hijos de los dignatarios, sino incluso en sus servidores. En una pequeña ciudad como B...., haber vivido en la familia de un obispo bastaba evidentemente para conferir una especie de distinción; de suerte que la buena señora no tenía sin cesar en la boca sino frases como: «Mylord hacía esto, mylord hacía aquello; mylord era un hombre indispensable en el Parlamento, indispensable en Oxford». Quizá le pareció que el joven no escuchaba sus discursos con bastante reverencia. Un día había ido a rendir sus deberes al obispo y a su familia, y éste la había interrogado sobre sus pequeños asuntos. Al enterarse de que había alquilado su aposento, el digno prelado se cuidó de recomendarle que fuera muy exigente en la elección de sus inquilinos: «Betty, dijo, acuérdate bien de que este lugar está situado sobre la gran carretera que lleva a la capital, de suerte qu'il doit vraisemblablement servir d'étape à una multitud de estafadores irlandeses, que huyen de sus acreedores de Inglaterra, y de estafadores ingleses que han dejado deudas en la isla de Man. » Y la buena señora, al contar orgullosamente su entrevista con el obispo, no dejó de añadir su respuesta: «¡Oh! mylord, realmente no creo que este joven gentleman

sea un estafador, porque» — «¡Usted no

piensa que yo sea un estafador! —responde el joven colegial exasperado —; en adelante, le ahorraré a usted⁴ la molestia de pensar en semejantes

cosas.» Y se dispone a partir. La pobre posadera tenía muchas ganas de ceder; pero, habiendo inspirado la cólera a este último algunos términos poco respetuosos para con el obispo, toda reconciliación se volvió imposible. «Quedé —dice— verdaderamente indignado de esa facilidad del obispo para calumniar a una persona que nunca había visto, y tuve ganas de hacerle saber al respecto mi pensamiento en griego, lo que, a la vez que fundaba una pre136 xm MANGEum d'opium

sunción en favor de mi honestidad, habría al mismo tiempo (al menos yo lo esperaba) hecho un deber para el obispo de responderme en la misma lengua; en cuyo caso no dudaba de que se hiciera manifiesto que si yo no era tan rico como Su Señoría, era un helenista mucho mejor. Pensamientos más sanos desecharon ese proyecto infantil. . . . »

Su vida errante recomienza; pero de posada en posada se encuentra rápidamente despojado de su dinero. Durante una quincena de días se ve reducido a contentarse con un solo plato al día. El ejercicio y el aire de las montañas, que actúan vigorosamente sobre un joven estómago, le hacen ese magro régimen muy doloroso; pues esa comida única se compone de té o de café. Por fin el té y el café se vuelven un lujo imposible, y durante toda su estancia en el país de Gales subsiste únicamente de moras y de bayas de escaramujo. De vez en cuando una buena hospitalidad corta, como una fiesta, ese régimen de anacoreta, y

vv MANGEUR d'opium 137

esa hospitalidad, la paga generalmente con pequeños servicios de escribiente público. Desempeña el oficio de secretario para los campesinos que tienen parientes en Londres o en Liverpool. Más a menudo son cartas de amor las que las islas que han sido criadas, sea en Shrews- ^ bury, sea en cualquier otra ciudad de la costa de Inglaterra, le encargan de redactar para los amantes que allí han dejado. Hay incluso un episodio de este género que tiene un carácter conmovedor. En una parte remota del Merionethshire, en Llan-y-Stindwr, se aloja durante un poco más de tres días en casa de unos jóvenes que le tratan con una cordialidad encantadora; cuatro hermanas y tres hermanos, todos hablando inglés, y dotados de una elegancia y una belleza nativas del todo singulares. Redacta una carta para uno de los her137 manos, que, habiendo servido en un

navío de guerra, quiere reclamar sus partes de presa; y más secretamente, dos cartas de amor para dos de las hermanas. Esas ingenuas criaturas, por su candor, su distinción natural, y sus púdicos rubores, cuando dictan sus instrucciones, hacen pensar en las gracias límpidas y delicadas de los keepsakes. Cumple tan bien su deber que las blancas muchachas quedan maravilladas de que haya sabido conciliar las exigencias de su orgulloso pudor con su deseo secreto de decir las cosas más amables. Pero una mañana advierte un embarazo singular, casi una aflicción; es que los viejos padres vuelven, gentes gruñonas y austeras que se habían ausentado para asistir a un meeting anual de metodistas en Caernarvon. A todas las frases que el joven les dirige, no obtiene otra respuesta que: «Dym Sasse-- nach» (no English). «A pesar de todo lo que los jóvenes podían decir en mi favor, comprendí fácilmente que mis talentos para escribir cartas de amor serían para esos graves metodistas sexagenarios una tan pobre recomendación como mis versos sáficos o alcaicos.» Y por temor de que la graciosa

hospitalidad ofrecida por la juventud no se transforme en manos de esos rudos ancianos en una cruel caridad, reanuda su singular peregrinación. .

El autor no nos dice por qué medios ingeniosos logró, a pesar de su miseria, trasladarse a Londres. Pero aquí la miseria, de áspera que era, se vuelve positivamente terrible, casi una agonía cotidiana. Figúrese el lector dieciséis semanas de torturas causadas por un hambre permanente, apenas aliviada por algunos mendrugos de pan sutilmente hurtados a la mesa de un hombre del que habremos de hablar enseguida; dos meses pasados a la intemperie; y por fin el sueño corrompido por angustias y sobresaltos intermitentes. Ciertamente su escapada de colegial le costaba caro. Cuando llegó la estación inclemente como para aumentar esos sufrimientos que parecían no poder agravarse, tuvo la dicha de encontrar un abrigo, ¡pero qué abrigo! El hombre a cuyo almuerzo asistía y a

140 UN MANGEUR d'oPIVM

quien hurtaba algunos mendrugos de pan (este le creía enfermo e ignoraba que estuviera absolutamente desprovisto de todo) le permitió dormir en una vasta casa desocupada de la que era arrendatario. En hecho

de muebles, nada más que una mesa y algunas sillas; un desierto polvoriento, lleno de ratas. En medio de esa desolación habitaba sin embargo una pobre niña, no idiota, sino más que simple, no bonita ciertamente, y de unos diez años de edad, a menos que el hambre que la roía no hubiera envejecido prematuramente su rostro. ¿Era simplemente una criada o una hija natural del hombre en cuestión, el autor nunca lo supo. Esa pobre abandonada fue muy dichosa cuando supo que tendría en adelante un compañero para las negras horas de la noche. La casa era vasta, y la ausencia de muebles y de tapicerías la hacía más sonora; el hormigueo de las ratas llenaba de ruido las salas y la escalera. A través de los dolores físicos del

UN MANGEUR d'OPIMUM 141

frío y del hambre, la desdichada pequeña había sabido crearse un mal imaginario: tenía miedo de los aparecidos. El joven le prometió protegerla contra ellos y, añade él con bastante gracia, «era todo el socorro que podía ofrecerle». Esos dos pobres seres, flacos, hambrientos, tiritando, dormían en el suelo con legajos de papeles de procedimiento por almohada, sin otra cobertura que un viejo capote de jinete. Más tarde, sin embargo, descubrieron en el granero una vieja funda de canapé, un pequeño trozo de alfombra y algunos otros trapos que les dieron un poco más de calor. La pobre niña se apretaba contra él para calentarse y para tranquilizarse contra sus enemigos del otro mundo. Cuando no estaba más enfermo que de ordinario, la tomaba en sus brazos, y la pequeña, calentada por ese contacto fraternal, dormía a menudo mientras que él no podía lograrlo. Pues durante sus dos últimos meses de sufrimiento dormía

mucho durante el día, o más bien caía en somnolencias súbitas; mal sueño poblado de sueños tumultuosos; sin cesar se despertaba, y sin cesar se dormía, la pena y la angustia interrumpiendo violentamente el sueño, y el agotamiento arrastrándolo irresistiblemente. ¿Qué hombre nervioso no conoce ese sueño de perro, como dice la lengua inglesa en su elíptica energía? Pues los dolores morales producen efectos análogos a los de los sufrimientos físicos, tales como el hambre. Uno se oye gemir a sí mismo; a veces se es despertado por la propia voz; el estómago va ahuecándose sin cesar y contrayéndose como una esponja oprimida por

una mano vigorosa; el diafragma se estrecha y se levanta; la respiración falta, y la angustia va siempre creciendo hasta que, encontrando un remedio en la intensidad misma del dolor, la naturaleza humana hace explosión en un gran grito y en un salto de todo el

cuerpo que trae por fin una violenta liberación.

Entretanto el amo de la casa llegaba a veces súbitamente, y muy temprano; a veces no venía en absoluto. Estaba siempre alerta, a causa de los alguaciles, refinando el procedimiento de Cromwell y acostándose cada noche en un barrio diferente; examinando a través de una mirilla la fisonomía de las gentes que llamaban a la puerta; almorzando solo con té y un panecillo o algunas galletas que había comprado en el camino, y no invitando nunca a nadie. Es durante ese almuerzo, maravillosamente frugal, cuando el joven encontraba sutilmente algún pretexto para quedarse en la habitación y trabar conversación; luego, con el aire más indiferente que podía componer, se apoderaba de los últimos restos de pan que quedaban sobre la mesa; pero a veces ningún despojo le quedaba. Todo había sido engullido. En cuanto a la niña, nunca era admitida en

144 uir MANesuR donum

el gabinete del hombre, si es que puede llamarse así a un caos de papeles y de pergaminos. A las seis ese personaje misterioso decampaba y cerraba su habitación. Por la mañana, apenas había llegado, la pequeña bajaba para ocuparse de su servicio. Cuando la hora del trabajo y de los negocios comenzaba para el hombre, el joven vagabundo salía, e iba a errar o a sentarse en los parques o en otra parte. Al anochecer volvía a su desolado albergue, y al golpe de martillo la pequeña acudía con paso tembloroso para abrir la puerta de entrada.

En sus años más maduros, un 15 de agosto, día de su nacimiento, una noche a las diez, el autor quiso echar una mirada sobre ese asilo de sus antiguas miserias. A la luz resplandeciente de un hermoso salón, vio gentes que tomaban el té y que parecían tan felices como es posible; extraño contraste con las tinieblas, el frío, el silencio y la desolación de ese

briento y a una niña abandonada. Más tarde hizo algunos esfuerzos por encontrar el rastro de esa pobre niña. ¿Vivió? ¿Se hizo madre? Ningún dato. La amaba como a su asociada en la miseria; pues no era ni bonita, ni agradable, ni siquiera inteligente. Ningún otro atractivo que un rostro humano, la pura humanidad reducida a su expresión más pobre. Pero, como lo dijo, creo, Robespierre, en su estilo de hielo ardiente, recocado y congelado como la abstracción: «El hombre no ve nunca al hombre sin placer.»

Pero ¿quién era y qué hacía ese hombre, ese arrendatario de costumbres tan misteriosas? Era uno de esos hombres de negocios, como los hay en todas las grandes ciudades, sumidos en chicanas complicadas, forcejeando con la ley, y habiendo arrumbado por cierto tiempo su conciencia, en espera de que una situación más próspera les permita recobrar

el uso de ese lujo embarazoso. Si quisiera, el autor podría, nos dice, divertirnos vivamente a costa de ese desdichado, y contarnos escenas curiosas, episodios impagables; pero ha querido olvidarlo todo y no recordar más que una sola cosa, y es que ese hombre, tan despreciable en otros aspectos, siempre había sido servicial con él, e incluso generoso, al menos en cuanto estaba en su poder. Excepto el santuario de los papeles, todas las habitaciones estaban a disposición de los dos niños, que cada noche tenían así una vasta elección de alojamientos a su servicio, y podían, para su noche, plantar su tienda donde bien les pareciera.

Pero el joven tenía otra amiga de la que es tiempo ya de que hablemos. Quisiera, para narrar dignamente este episodio, hurtar, por así decirlo, una pluma al ala de un ángel, hasta tal punto este cuadro me parece casto, lleno de candor, de gracia y de misericordia.

«En todo tiempo, dice el autor, me había yopreciado de conversar familiarmente, *more Herculeo*, con todos los seres humanos —hombres, mujeres y niños— que el azar podía arrojar a mi camino; hábito favorable al conocimiento de la naturaleza humana, a los buenos sentimientos y a la franqueza de modales que convienen a un hombre que quiere merecer el

título de filósofo. Pues el filósofo no debe ver con los ojos de esa pobre criatura limitada que se intitula a sí misma el hombre del mundo, llena de prejuicios estrechos y egoístas, sino que debe, por el contrario, considerarse como un ser verdaderamente *católico*, en comunión y relación iguales con todo lo que está arriba y todo lo que está abajo, con las gentes instruidas y las gentes sin educación, con los culpables como con los inocentes.» Más tarde, entre los goces otorgados por el generoso opio, veremos reproducirse este espíritu de caridad y de fraternidad universales, pero activado y aumentado por el genio particular de la embriaguez. En las calles de Londres, más aún que en el país de Gales, el estudiante emancipado era, pues, una especie de peripatético, un filósofo de la calle, meditando sin cesar a través del torbellino de la gran ciudad. El episodio en cuestión puede parecer un poco extraño en páginas inglesas, pues se sabe que la literatura británica lleva la castidad hasta el pudor mojigato; pero lo que es cierto es que el mismo asunto, apenas rozado por una pluma francesa, habría girado rápidamente hacia lo *shocking*, mientras que aquí no hay más que gracia y decencia. Para decirlo todo en dos palabras, nuestro vagabundo se había ligado con una amistad platónica a una peripatética del amor. Ann no es una de esas bellezas audaces, deslumbradoras, cuyos ojos de demonio lucen a través de la niebla, y que se hacen una aureola de su desfachatez. Ann es una criatura muy simple, muy ordinaria, despojada, abandonada como tantas otras, y reducida a la abyección por la traición. Pero está revestida de esa gracia innombrable, de esa gracia de la debilidad y de la bondad, que Goethe sabía derramar sobre todas las hembras de su cerebro, y que ha hecho de su pequeña Margarita de manos rojas una criatura inmortal. ¡Cuántas veces, a través de sus monótonas peregrinaciones por la interminable Oxford-street, a través del hormigueo de la gran ciudad rebotante de actividad, exhortó el estudiante famélico a su desdichada amiga a implorar el socorro de un magistrado contra el miserable que la había despojado, ofreciéndose a apoyarla con su testimonio y su elocuencia! Ann era aún más joven que él, no tenía más que dieciséis años. ¡Cuántas veces le protegió ella contra los oficiales de policía que querían expulsarle de las puertas donde se guarecía! Una vez hizo más, la pobre abandonada: ella y su amigo se habían sentado en Soho-square sobre los escalones de una casa ante la cual, desde entonces, confiesa él, nunca

ha podido pasar sin sentir el corazón oprimido por la garra del recuerdo, y sin hacer un acto de gracias interior a la memoria de esta deplorable y generosa muchacha. Aquel día se había sentido más débil aún y más enfermo que de costumbre; pero, apenas sentado, le pareció que su mal empeoraba. Había apoyado la cabeza contra el seno de su hermana de infortunio, y, de repente, se escapó de sus brazos y cayó de espaldas sobre los escalones de la puerta. Sin un estimulante vigoroso, estaba perdido, o al menos habría caído para siempre en un estado de debilidad irremediable. Y en esta crisis de su destino, fue la criatura perdida quien le tendió la mano de salvación, ella que no había conocido el mundo más que por el ultraje y la injusticia. Lanzó un grito de terror y, sin perder un segundo, corrió a Oxford-street, de donde volvió casi al instante con un vaso de oporto especiado, cuya acción reparadora fue maravillosa sobre un estómago vacío que, por lo demás, no habría podido soportar ningún alimento sólido. «¡Mi joven bienhechora! ¡cuántas veces, en los años posteriores, arrojado en de lugares solitarios, y soñando contigo con un corazón lleno de tristeza y de verdadero amor, ¡cuántas veces he deseado que la bendición de un corazón oprimido por el reconocimiento tuviera esa prerrogativa y ese poder sobrenaturales que los antiguos atribuían a la maldición de un padre, persiguiendo su objeto con el rigor indefectible de una fatalidad! ¡Que mi gratitud pudiera también recibir del cielo la facultad de perseguirte, de rondarte, de acecharte, de sorprenderte, de alcanzarte hasta en las tinieblas espesas de una zahúrda de Londres, o incluso, si fuera posible, en las tinieblas del sepulcro, para despertarte con un mensaje auténtico de paz, de perdón y de final reconciliación!»

Para sentir de esta manera, es preciso haber sufrido mucho, es preciso ser uno de esos corazones que la desgracia abre y ablanda, al contrario de aquellos a quienes cierra y endurece. El beduino de la civilización aprende en el Sahara de las grandes ciudades muchos motivos de enternecimiento que ignora el hombre cuyo linde de sensibilidad está en el hogar y la familia. Hay en el barathrum de las capitales, como en el desierto, algo que fortifica y que forma el corazón del hombre, que lo fortifica de otra manera, cuando no lo deprava y lo debilita hasta la abyección y hasta el suicidio.

Un día, poco tiempo después de este accidente, se encontró en Albemarle-street con un antiguo amigo de su padre, que lo reconoció por su aire de familia; respondió a todas sus preguntas con candor, no le ocultó nada, pero exigió de él su palabra de que no lo entregaría a sus tutores. En fin, le dio su dirección en casa de su huésped, el singular attorney. Al día siguiente recibía, en una carta que este le entregaba fielmente, un billete de banco de diez libras.

El lector puede extrañarse de que el joven no haya buscado desde el principio un remedio contra la miseria, ya en un trabajo regular, ya pidiendo asistencia a los antiguos amigos de su familia. En cuanto a este último recurso, había evidente peligro en servirse de él. Los tutores podían ser advertidos, y la ley les daba todo poder para llevar por fuerza al joven a la escuela que había huido. Ahora bien, una energía que se encuentra a menudo en los caracteres más femeninos y más sensibles le daba el valor de soportar todas las privaciones y todos los peligros antes que arriesgar una eventualidad tan humillante. Por lo demás, ¿dónde encontrarlos, a esos amigos de su padre muerto hacía entonces diez años, amigos cuyos nombres había olvidado, al menos en su mayor parte? En cuanto al trabajo, es cierto que habría podido encontrar una remuneración pasable en la corrección de pruebas de griego, y que se sentía muy capaz de desempeñar esas funciones de una manera ejemplar; pero aún así, ¿cómo ingeniárselas para hacerse presentar a un editor honorable? En fin, para decirlo todo, confiesa que jamás le había entrado en la cabeza que el trabajo literario pudiera llegar a ser para él fuente de provecho alguno. Nunca, para salir de su deplorable situación, había acariciado más expediente que el de tomar dinero prestado sobre la fortuna que tenía derecho a esperar. En fin, había llegado a conocer a algunos judíos a quienes el attorney en cuestión servía en sus negocios tenebrosos. Probarles que tenía reales esperanzas, ahí no estaba lo difícil, pues sus afirmaciones podían ser verificadas con el testamento de su padre en los Doctors' commons. Pero quedaba una cuestión absolutamente imprevista para él, la de la identidad de persona. Exhibió entonces algunas cartas que jóvenes amigos, entre otros el conde de..., e incluso su padre el marqués de , le habían escrito mientras habitaba el país de Gales, y que llevaba siempre en el bolsillo. Los judíos se dignaron por fin prometer dos o trescientas libras, a condición de que el joven conde de

(que por cierto apenas era mayor que él) consintiera en garantizar el reembolso en la época de su mayoría de edad. Se adivina que el fin del prestamista no era solo sacar algún provecho de un negocio, muy mínimo después de todo para él, sino entrar en relaciones con el joven conde, cuya inmensa fortuna futura conocía. Así, apenas recibidas sus diez libras, nuestro joven vagabundo se prepara a partir para Eton. Unas tres libras quedan al futuro prestamista para pagar los actos que hay que redactar; algún dinero se da también al attorney para indemnizarle de su hospitalidad sin muebles; quince chelines se emplean en hacer un poco de tocado (¡qué tocado!); en fin, la pobre Ann tiene también su parte en esta buena fortuna. En una sombría tarde de invierno se dirige hacia Piccadilly, acompañado de la pobre muchacha, con intención de bajar hasta Salt-Hill con la maleta de Bristol. Como tienen aún tiempo por delante, entran en Golden-square y se sientan en el ángulo de Sherrard-street, para evitar el tumulto y las luces de Piccadilly. Le había prometido bien no olvidarla y venir en su ayuda tan pronto como le fuera posible. En verdad era allí un deber, e incluso un deber imperioso, y sentía en aquel momento su ternura por esta hermana de azar multiplicada por la piedad que le inspiraba su extremo abatimiento. A pesar de todos los ataques que su salud había recibido, él estaba, comparativamente, alegre e incluso lleno de esperanzas, mientras que Ann estaba mortalmente triste. En el momento de las despedidas, ella le echó los brazos al cuello y se puso a llorar sin pronunciar una sola palabra. Él esperaba volver a más tardar en una semana, y quedó convenido entre ellos que a partir de la quinta noche, y cada noche siguiente, ella vendría a esperarle a las seis al pie de Great-Titchfield-street, que era como su puerto habitual y su lugar de reposo en la gran Mediterránea de Oxford-street. Creía así haber tomado bien todas sus precauciones para encontrarla; solo había olvidado una: Ann nunca le había dicho su apellido, o, si se lo había dicho, él lo había olvidado como cosa de poca importancia. Las mujeres galantes de grandes pretensiones, grandes lectoras de novelas, se hacen llamar de buen grado miss Douglas, miss Montagne, etc., pero las más humildes entre esas pobres muchachas no se dan a conocer más que por su nombre de bautismo, Mary, Jane, Frances, etc. Por lo demás, Ann estaba en aquel momento aquejada de un resfriado y de un enronquecimiento violentos, y él, todo ocupado en aquel momento supremo

en reconfortarla con buenas palabras y en aconsejarle que cuidara bien su resfriado, olvidó totalmente preguntarle su segundo nombre, que era el medio más seguro de encontrar su rastro en caso de una cita fallida o de una interrupción prolongada en sus relaciones.

Abravio vivamente los detalles del viaje, que no está ilustrado más que por la ternura y la caridad de un grueso dispensero, sobre cuyo pecho y en cuyos brazos nuestro héroe, adormecido por su debilidad y por el balanceo del coche, se duerme como sobre un seno de nodriza, y por un largo sueño al aire libre entre Slough y Eton; pues había tenido que volver a pie sobre sus pasos, habiéndose despertado bruscamente en brazos de su vecino, después de haber pasado sin saberlo Salt-Hill de seis o siete millas. Llegado al término del viaje, se entera de que el joven lord ya no está en Eton. En desesperación de causa, pide de almorzar a lord D..., otro antiguo camarada, con el cual, sin embargo, su relación era mucho menos íntima. Era la primera buena mesa a la que le era permitido sentarse desde hacía muchos meses, y sin embargo no pudo tocar nada. Ya en Londres, el mismo día en que había recibido su billete de banco, había comprado dos panecillos en la tienda de un panadero, y esa tienda la devoraba con los ojos desde hacía dos meses o seis semanas con una intensidad de deseo cuyo recuerdo le era casi una humillación. Pero el pan tanto deseado le había puesto enfermo, y durante varias semanas aún le fue imposible tocar sin peligro manjar alguno. En medio mismo del lujo y del comfort, el apetito había desaparecido. Cuando hubo explicado a lord D la lamentable situación de su estómago, este hizo pedir vino, lo que fue una gran alegría. — En cuanto al objeto real del viaje, el servicio que se proponía pedir al conde de..., y que pide a falta de este a lord D..., no puede obtenerlo absolutamente, es decir, que este, no queriendo mortificarle con una negativa completa, consiente en dar su garantía, pero en ciertos términos y a ciertas condiciones. Reconfortado por este medio éxito, regresa a Londres, tras tres días de ausencia, y vuelve a casa de sus amigos los judíos.

Desgraciadamente, los prestamistas se niegan a aceptar las condiciones de lord D..., y su espantosa existencia habría podido recomenzar, con más peligro esta vez, si al comienzo de esta nueva crisis, por un azar que no nos explica, no se le hubiera hecho una apertura de parte de sus tuto-

res, y si una plena reconciliación no hubiera cambiado su vida. Abandonó Londres a toda prisa, y en fin, al cabo de algún tiempo, se dirige a la universidad. No fue sino varios meses más tarde cuando pudo volver a ver el teatro de sus sufrimientos de juventud.

Pero la pobre Ann, ¿qué ha sido de ella? Cada noche la ha buscado; cada noche la ha esperado en el ángulo de Titchfield-street. Se ha informado de ella auprès de todos los que podían conocerla; durante las últimas horas de su estancia en Londres ha puesto en obra, para encontrarla, todos los medios a su disposición. Conocía la calle donde ella vivía, pero no la casa; por lo demás, creía vagamente recordar que antes de sus despedidas ella había tenido que huir de la brutalidad de su hostelero. Entre las gentes a quienes se dirigía, unos, a la ardor de sus preguntas, juzgaban los motivos de su búsqueda deshonestos y no respondían más que con la risa; otros, creyendo que andaba en busca de una muchacha que le había robado alguna bagatela, estaban naturalmente poco dispuestos a hacerse denunciadores. En fin, antes de abandonar Londres definitivamente, dejó su futura dirección a una persona que conocía a Ann de vista, y sin embargo nunca más oyó hablar de ella. Ha sido entre los trastornos de la vida su más pesada aflicción. Nótese que el hombre que así habla es un hombre grave, tan recomendable por la espiritualidad de sus costumbres como por la altura de sus escritos. «Si ella ha vivido, hemos debido a menudo buscarnos mutuamente a través del inmenso laberinto de Londres; quizá, a algunos pasos el uno del otro, distancia sufisalud, en una calle de Londres, para crear una separación eterna! Durante algunos años, esperé que viviera, y creo bien que en mis diferentes excursiones a Londres examiné varios millares de rostros femeninos, con la esperanza de encontrar el suyo. Si la viera un segundo, la reconocería entre mil; pues, aunque no fuera bonita, tenía la expresión dulce, con un porte de cabeza particularmente gracioso. La he buscado, digo, con esperanza. ¡Sí, durante años! pero ahora temería verla, y ese terrible resfriado, que tanto me asustaba cuando nos separamos, hace hoy mi consuelo. Ya no deseo verla, pero sueño con ella, y no sin placer, como de una persona tendida desde hace mucho tiempo en el sepulcro, — en el sepulcro de una Magdalena, me gustaría creerlo, — arrebatada a este mundo antes de que el ultraje y la barbarie hayan maculado y desfigurado su naturaleza ingenua,

o que la brutalidad de los bribones haya completado la ruina de aquella a quien ellos habían asestado los primeros golpes.

» Así pues, Oxford-street, madrastra de corazón de piedra, tú que has escuchado los suspiros de los huérfanos y bebido las lágrimas de los niños, ¡por fin estaba libre de ti! ¡Había llegado el tiempo en que no sería ya condenado a recorrer dolorosamente tus interminables aceras, a agitarme en sueños horribles o en un insomnio hambriento! Ann y yo, hemos tenido nuestros sucesores demasiado numerosos que han pisado las huellas de nuestros pasos; herederos de nuestras calamidades, otros huérfanos han suspirado; lágrimas han sido vertidas por otros niños; y tú, Oxford-street, has repetido desde entonces el eco de los gemidos de corazones innumerables. Pero para mí la tempestad a la que había sobrevivido parecía haber sido la prenda de una bella estación prolongada.»

¿Ha desaparecido del todo Ann? ¡Oh! ¡no! la volveremos a ver en los mundos del opio;

fantasma extraño y transfigurado, surgirá lentamente en el humo del recuerdo, como el genio de las Mil y una Noches en los vapores

los dolores de la infancia han echado en él raíces profundas que se convertirán en árboles, y estos árboles arrojarán sobre todos los objetos de la vida su sombra fúnebre. Pero estos dolores nuevos, de los que las últimas páginas de la parte biográfica nos dan el presentimiento, serán soportados con valor, con la firmeza de un espíritu maduro, y grandemente aliviados por la simpatía más profunda y más tierna. Estas páginas contienen la invocación más noble y las acciones de gracias más tiernas a una compañera valerosa, siempre sentada al lado del lecho donde reposa ese cerebro acosado por las Euménides. El Orestes del opio ha encontrado a su Electra, que durante años ha enjugado sobre su frente los sudores de la angustia y refrescado sus labios apergaminados por la fiebre. «Pues tú fuiste mi Electra,

¡querida compañera de mis años posteriores! ¡y no has querido que la esposa inglesa fuera vencida por la hermana griega en nobleza de espíritu, ni tampoco en afecto paciente!» Antaño, en sus miserias de joven, mientras vagaba por Oxford-street, en las noches llenas de luna, hundía a menudo sus miradas (y era su pobre consuelo) en las avenidas que atraviesan el corazón de Mary-le-bone y que conducen hasta el campo; y, viajando en pensamiento por esas largas perspectivas cortadas de luz y de sombra, se decía: «He ahí el camino hacia el norte, he ahí el camino hacia..., y si tuviera las alas de la tórtola, por ahí tomaría mi vuelo para ir en busca de consuelo!» ¡Hombre, como todos los hombres, ciego en sus deseos! Pues era allí, al norte, en ese mismo lugar, en ese mismo valle, en esa casa tan deseada, donde debía encontrar sus nuevos sufrimientos y toda una compañía de crueles fantasmas.

Pero allí también habita la Electra de bondades reparadoras, y ahora todavía, cuando, hombre solitario y pensativo, recorre la inmensa Londres, con el corazón oprimido por pesares inenominables que reclaman el dulce bálsamo del afecto doméstico, al mirar las calles que se lanzan desde Oxford-street hacia el norte, y al pensar en la Electra bienamada que lo espera en ese mismo valle, en esa misma casa, el hombre exclama, como antaño el niño: «¡Oh! si tuviera las alas de la tórtola, ¡por ahí me volaría para ir en busca del consuelo!»

El prólogo ha terminado, y puedo prometer al lector, sin temor a mentir, que el telón no se levantará sino sobre la más asombrosa, la más complicada y la más espléndida visión que jamás haya encendido sobre la nieve del papel el frágil instrumento del literato.

VOLUPTUOSIDADES DEL OPIO

Así como lo he dicho al comienzo, fue la necesidad de aliviar los dolores de una organización debilitada por esas deplorables aventuras de juventud, la que engendró en el autor de estas memorias el uso frecuente primero, luego cotidiano, del opio. Que el deseo irresistible de renovar las voluptuosidades misteriosas descubiertas desde el principio lo haya inducido a repetir frecuentemente sus experiencias, no lo niega, lo confiesa incluso con candor; invoca solamente el beneficio de una excusa. Pero la primera vez que él y el opio hicieron conocimiento, fue en una

circunstancia trivial. Presa un día de un dolor de muelas, atribuyó sus dolores a una interrupción de la higiene, y, como tenía, desde la infancia, la costumbre de sumergir cada día su cabeza en agua fría, recurrió imprudentemente a esta práctica, peligrosa en el caso presente. Luego se acostó de nuevo, con los cabellos todavía chorreando. Resultó de ello un violento dolor reumático en la cabeza y en el rostro, que no duró menos de veinte días. El vigésimo primero, un domingo lluvioso de otoño, en 1804, como erraba por las calles de Londres para distraerse de su mal (era la primera vez que volvía a ver Londres desde su entrada en la universidad), hizo el encuentro de un camarada que le recomendó el opio. Una hora después de haber absorbido la tintura de opio, en la cantidad prescrita por el farmacéutico, todo dolor había desaparecido. Pero este beneficio, que le había parecido tan grande momentos antes, no era ya nada al lado de los

UN COMEDOR DE OPIO 169

placeres nuevos que le fueron así súbitamente revelados. ¡Qué arrebatamiento del espíritu! ¡Qué mundos interiores! ¿Era, pues, aquello la panacea, el pharmakon népenthis para todos los dolores humanos?

«¡El gran secreto de la felicidad sobre el cual los filósofos habían disputado durante tantos siglos estaba, pues, decididamente descubierto! Se podía comprar la felicidad por un penique y llevarla en el bolsillo del chaleco; el éxtasis se dejaría encerrar en una botella, y la paz del espíritu podría expedirse por la diligencia! El lector creerá quizá que quiero reír, pero es en mí una vieja costumbre bromear en el dolor, y puedo afirmar que no reírá por mucho tiempo quien haya mantenido comercio con el opio. Sus placeres son incluso de una naturaleza grave y solemne, y, en su estado

no puede presentarse con el carácter del allegro;

incluso entonces habla y piensa como conviene al penseroso.»

El autor quiere ante todo vengar al opio de ciertas calumnias: el opio no es soporífero, al menos para la inteligencia; no embriaga; si el láudano, tomado en cantidad demasiado grande, puede embriagar, no es a causa del opio, sino del espíritu que contiene. Establece luego una compara-

ción entre los efectos del alcohol y los del opio, y define muy netamente sus diferencias: así el placer causado por el vino sigue una marcha ascendente, al término de la cual va decreciendo, mientras que el efecto del opio, una vez creado, permanece igual a sí mismo durante ocho o diez horas; uno, placer agudo; el otro, placer crónico; aquí, un flamear; allí, un ardor igual y sostenido. Pero la gran diferencia reside sobre todo en esto: que el vino turba las facultades mentales, mientras que el opio introduce en ellas el orden supremo y la armonía. El vino priva al hombre del gobierno

de sí mismo, y el opio hace este gobierno más flexible y más calmo. Todo el mundo sabe que el vino da una energía extraordinaria, pero momentánea, al desprecio y a la admiración, al amor y al odio. Pero el opio comunica a las facultades el sentimiento profundo de la disciplina y una especie de salud divina. Los hombres ebrios de vino se juran una amistad eterna, se estrechan las manos y derraman lágrimas, sin que nadie pueda comprender por qué; la parte sensual del hombre ha subido evidentemente a su apogeo. Pero la expansión de los sentimientos benévolos causada por el opio no es un acceso de fiebre; es más bien el hombre primitivamente bueno y justo, restaurado y reintegrado en su estado natural, desembarazado de todas las amarguras que habían ocasionalmente corrompido su noble temperamento. En fin, por grandes que sean los beneficios del vino, puede decirse que roza a menudo la locura o, al menos, la extra¹⁷² UN COMEDOR DE OPIO

vagancia, y que más allá de cierto límite volatiliza, por así decirlo, y dispersa la energía intelectual; mientras que el opio parece siempre apaciguar lo que ha sido agitado y concentrar lo que ha sido diseminado. En una palabra, es la parte puramente humana, demasiado a menudo incluso la parte brutal del hombre, la que, con el auxilio del vino, usurpa la soberanía; mientras que, bajo la influencia del opio, se siente plenamente que la parte depurada de su ser y sus afecciones morales gozan de su máximo de flexibilidad, y, sobre todo, que su inteligencia adquiere una lucidez consoladora y sin nubes.

El autor niega igualmente que la exaltación intelectual producida por el opio sea necesariamente seguida de un abatimiento proporcional, y que el uso de esta droga engendra, como consecuencia natural e inmediata,

una estancación y una torpeza de las facultades. Afirma que durante un espacio de diez años siempre gozó, en el día

UN COMEDOR DE OPIO 173

que seguía a su desenfreno, de una notable salud intelectual. En cuanto a esa torpeza, de la que tantos escritores han hablado, y que sobre todo ha hecho creer el embrutecimiento de los turcos, afirma no haberla conocido jamás. Que el opio, conforme a la calificación bajo la cual está clasificado, actúe hacia el final como narcótico, eso es posible; pero sus primeros efectos son siempre estimular y exaltar al hombre, no durando jamás esta elevación del espíritu menos de ocho horas; de modo que no regula su medicación de manera que haga caer sobre su sueño natural todo el peso de la influencia narcótica. Para que el lector pueda juzgar si el opio es propio para estupefactar las facultades de un cerebro inglés, dará, dice, dos muestras de sus goces, y tratando la cuestión por ilustraciones más bien que por argumentos, contará la manera en que empleaba a menudo sus veladas de opio en Londres, en el período de

tiempo comprendido entre 1804 y 1812. Era entonces un rudo trabajador, y, estando todo su tiempo lleno por severos estudios, creía bien tener derecho a buscar de tiempo en tiempo, como todos los hombres, el alivio y la recreación que le convenían

mejor.

«El viernes próximo, si place a Dios, me propongo estar ebrio», decía el difunto duque de..., y nuestro autor fijaba así de antemano cuándo y cuántas veces en un tiempo dado se entregaría a su desenfreno favorito. Era una vez cada tres semanas, raramente más, generalmente el martes por la noche o el sábado por la noche, días de ópera. Eran los buenos tiempos de la Grassini. La música entraba entonces en sus oídos, no como una simple sucesión lógica de sonidos agradables, sino como una serie de rimas, como los acentos de una hechicería que evocaba ante el ojo de su espíritu toda su vida pasada. La música interpretada e iluminada por el opio, tal era ese desenfreno intelectual, cuya grandeza e intensidad todo espíritu un poco refinado puede fácilmente concebir. Mucha gente pregunta cuáles son las ideas positivas contenidas en los soni-

dos; olvidan, o más bien ignoran que la música, por ese lado pariente de la poesía, representa sentimientos más bien que ideas; sugiriendo ideas, es verdad, pero no conteniéndolas por sí misma. Toda su vida pasada vivía, dice, en él, no por un esfuerzo de la memoria, sino como presente e encarnada en la música; ya no era doloroso contemplarla; toda la trivialidad y la crudeza inherentes a las cosas humanas estaban excluidas de esta misteriosa resurrección, o fundidas y anegadas en una bruma ideal, y sus antiguas pasiones se encontraban exaltadas, ennoblecidas, espiritualizadas. ¡Cuántas veces debió de volver a ver sobre ese segundo teatro, encendido en su espíritu por el opio y la música, los caminos y las montañas que había

recorrido, colegial emancipado, y sus amables huéspedes del país de Gales, y las tinieblas cortadas de relámpagos de las inmensas calles de Londres, y sus melancólicas amistades, y sus largas miserias consoladas por Ann y por la esperanza de un mejor porvenir! Y luego, en toda la sala, durante los intervalos de los entreactos, las conversaciones italianas y la música de una lengua extranjera hablada por mujeres añadían todavía al encanto de aquella velada; pues se sabe que ignorar una lengua hace el oído más sensible a su armonía. Del mismo modo nadie es más apto para saborear un paisaje que quien lo contempla por primera vez, presentándose entonces la naturaleza con toda su extrañeza, no habiendo sido aún embotada por una mirada demasiado frecuente.

Pero algunas veces, el sábado por la noche, otra tentación de un gusto más singular y no menos encantador triunfaba de su amor por la ópera italiana. El goce en cuestión, bastante tentador para rivalizar con la

UN COMEDOR DE OPIO 177

música, podría llamarse el diletantismo en la caridad. El autor ha sido desgraciado y singularmente probado, abandonado muy joven al torbellino indiferente de una gran capital. Aunque su espíritu no hubiera sido, como el lector ha debido de notar, de una naturaleza buena, delicada y afectuosa, podría fácilmente suponerse que ha aprendido, en sus largos días de vagabundeo y en sus noches de angustia aún más largas, a amar y a compadecer al pobre. El antiguo colegial quiere volver a ver esa vida de los humildes; quiere sumergirse en el seno de esa muchedumbre

de desheredados, y, como el nadador abraza el mar y entra así en contacto más directo con la naturaleza, aspira a tomar, por así decirlo, un baño de multitud. Aquí, el tono del libro se eleva bastante alto para que me haga un deber de dejar la palabra al autor mismo:

«Ese placer, como he dicho, no podía tener lugar sino el sábado por la noche. ¿En qué se distinguía el sábado por la noche de cualquier otra noche?

¿De qué labores tenía, pues, que descansar? ¿Qué salario que recibir? ¿Y qué tenía que inquietarme del sábado por la noche, sino como de una invitación a oír a la Grassini? Es verdad, muy lógico lector, y lo que decís es irrefutable. Pero los hombres dan un curso variado a sus sentimientos, y, mientras que la mayoría de ellos testimonian su interés por los pobres simpatizando de una manera u otra con sus miserias y sus penas, yo era llevado en aquella época a expresar mi interés por ellos simpatizando con sus placeres. Había visto recientemente los dolores de la pobreza; los había visto demasiado bien para amar reavivar su recuerdo; pero los placeres del pobre, los consuelos de su espíritu, los descansos de su fatiga corporal, no pueden nunca convertirse en una contemplación dolorosa. Ahora bien, el sábado por la noche marca el retorno del reposo periódico para el pobre; las sectas más hostiles se unen en este punto y reconocen este lazo común

de fraternidad; esa noche casi toda la cristiandad descansa de su labor. Es un reposo que sirve de introducción a otro reposo; un

día entero y dos noches lo separan de la próxima fatiga. Por eso el sábado por la noche me parece siempre que yo mismo estoy liberado de algún yugo de labor, que yo mismo tengo un salario que recibir, y que voy a poder gozar del lujo del reposo. Así, para ser testigo, en una escala tan amplia como sea posible, de un espectáculo con el cual simpatizaba tan profundamente, tenía por costumbre, el sábado por la noche, después de haber tomado mi opio, extraviarme a lo lejos, sin inquietarme del camino ni de la distancia, hacia todos los mercados donde los pobres se reúnen para gastar sus salarios. He espiado y escuchado a más de una familia, compuesta de un hombre, de su mujer y de uno o dos niños,

mientras discutían sus proyectos, sus medios, la fuerza de su presupuesto o el precio de artículos domésticos. Gradualmente

Me familiaricé con sus deseos, sus apuros o sus opiniones. Alguna vez me ocurría oír murmullos de descontento, pero lo más a menudo sus fisonomías y sus palabras expresaban la paciencia, la esperanza y la serenidad. Y debo decir a este respecto que el pobre, tomado en general, es mucho más filósofo que el rico, en cuanto muestra una resignación más pronta y más alegre ante lo que considera un mal irremediable o una pérdida irreparable. Siempre que encontraba la ocasión, o podía hacerlo sin parecer indiscreto, me mezclaba con ellos y, a propósito del tema en discusión, daba mi opinión, que, si no siempre era juiciosa, siempre era recibida con benevolencia. Si los salarios habían subido un poco, o si se esperaba verlos subir próximamente, si la libra de pan estaba algo menos cara, o si corría el rumor de que las cebollas y la mantequilla iban pronto a bajar, me sentía dichoso; pero si lo

XIII COMEDOR DE OPIO 181

contrario ocurría, sacaba de mi opio medios de consuelo. Pues el opio (semejante a la abeja que toma indiferentemente sus materiales de la rosa y del hollín de las chimeneas) posee el arte de sojuzgar todos los sentimientos y de regularlos a su diapasón. Algunos de estos paseos me arrastraban a de

es demasiado dichoso para observar la fuga del tiempo. Y a veces, en un esfuerzo por poner de nuevo el rumbo hacia mi morada, fijando, según los principios náuticos, mis ojos en la estrella polar, buscando ambiciosamente mi paso al noroeste, para evitar doblar de nuevo todos los cabos y promontorios que había encontrado en mi primer viaje, entraba súbitamente en laberintos de callejuelas, en enigmas de callejones sin salida, en problemas de calles sin término, hechos para burlarse del valor de los mozos de cuerda y confundir la inteligencia de los cocheros de simón. Habría podido creer a veces que ve182 COMEDOR DE OPIO

nía de descubrir, yo el primero, algunas de esas terræ incognitæ, y dudaba que hubieran sido indicadas en los mapas modernos de Londres. Pero, al cabo de algunos años, he pagado cruelmente todas esas fanta-

sías, cuando la faz humana vino a tiranizar mis riberas, y cuando mis vagabundeos perplejos en el seno del inmenso Londres se reprodujeron en mi sueño, con un sentimiento de perplejidad moral e intelectual que traía la confusión a mi razón y la angustia y el remordimiento a mi conciencia».

Así, el opio no engendra necesariamente la inacción o el estupor, pues por el contrario arrojaba a menudo a nuestro soñador a los centros más hormigueantes de la vida común. Sin embargo, los teatros y los mercados no son generalmente las obsesiones preferidas de un comedor de opio, sobre todo cuando está en su estado perfecto de goce. La multitud es entonces para él como una opresión; la música

misma tiene un carácter sensual y ruidoso. Busca más bien la soledad y el silencio, como condiciones indispensables de sus éxtasis y de sus ensoñaciones profundas. Si al principio el autor de estas confesiones se arrojó a la multitud y a la corriente humana, fue para reaccionar contra una inclinación demasiado viva a la ensoñación y a una negra melancolía, resultado de sus sufrimientos de juventud. En las investigaciones de la ciencia, como en la sociedad de los hombres, huía de una especie de hipocondría. Más tarde, cuando su verdadera naturaleza fue restablecida, y disipadas las tinieblas de las antiguas tormentas, creyó poder sacrificar sin peligro a su gusto por la vida solitaria. Más de una vez le ocurrió pasar toda una hermosa noche de verano, sentado junto a una ventana, sin moverse, sin siquiera desear cambiar de lugar, desde el ocaso hasta la salida del sol; llenando sus ojos con la vasta perspectiva del mar y de una gran ciudad, y su espíritu, con las largas y deliciosas meditaciones sugeridas

por ese espectáculo. Una gran alegoría natural se extendía entonces ante él:

«La ciudad, desdibujada por la bruma y los blandos resplandores de la noche, representaba la tierra, con sus pesares y sus tumbas, situados muy atrás, pero no totalmente olvidados, ni fuera del alcance de mi vista. El Océano, con su respiración eterna, pero cobijado por una vasta calma, personificaba mi espíritu y la influencia que entonces lo goberna-

ba. Me parecía que, por primera vez, me mantenía a distancia y fuera del tumulto de la vida; que el estruendo, la fiebre y la lucha estaban suspendidos; que un respiro era concedido a las secretas opresiones de mi corazón; un reposo festivo; una liberación de todo trabajo humano. La esperanza que florece en los caminos de la vida ya no contradecía la paz que habita en las tumbas; las evoluciones de mi inteligencia me parecían tan infatigables como los cielos, y sin embargo todas las inquietudes quedaban allanadas por una calma alcionia; era Había una tranquilidad que parecía resultado, no de la inercia, sino del antagonismo majestuoso de fuerzas iguales y poderosas; iactividades infinitas, infinito reposo!

»¡justo, sutil y poderoso opio!... itú posees las llaves del paraíso!«

Es aquí donde se alzan esas extrañas acciones de gracias, arrebatos de reconocimiento, que he referido textualmente al comienzo de este trabajo, y que podrían servirle de epígrafe. Es como el ramo que termina la fiesta. Pues pronto el decorado va a oscurecerse, y las tempestades se amontonarán en la noche.

TORTURAS DEL OPIO

Es en 1804 cuando hizo, por primera vez, conocimiento con el opio. Ocho años han transcurrido, felices y ennoblecidos por el estudio. Estamos ahora en 1812. Lejos, muy lejos de Oxford, a una distancia de doscientas cincuenta millas, encerrado en un retiro en el fondo de las montañas, ¿qué hace ahora nuestro héroe (ciertamente, bien merece este título)? ¡Pues bien! itoma opio! ¿Y qué más? Estudia la metafísica alemana; lee a Kant, a Fichte, a Schelling. Sepultado en un pequeño cottage, con una sola criada, ve transcurrir las horas serias y tranquilas. ¿Y no está casado? todavía no. ¿Y siempre opio? cada sábado por la noche. ¿Y este régimen ha durado impúdicamente desde el famoso domingo lluvioso de 1804? ¡ay! isí! Pero la salud, ¿después de este largo y regular desenfreno? Jamás, dice él, se ha encontrado mejor que en la primavera de 1812.

Observemos que, hasta el presente, no ha sido más que un diletante, y que el opio no se ha convertido aún para él en una higiene cotidiana. Las dosis han sido siempre moderadas y prudentemente separadas por un intervalo

de algunos días. Quizá esta prudencia y esta moderación habían retrasado la aparición de los terrores vengadores. En 1813 comienza una era nueva. Durante el verano precedente un acontecimiento doloroso, que no nos explica, había golpeado bastante fuertemente su espíritu para reaccionar incluso sobre su salud física; desde 1813, era atacado de una espantosa irritación del estómago, que

se parecía asombrosamente a aquella de la que tanto había sufrido en sus noches de angustia, en el fondo de la casa del procurador, y que estaba acompañada de todos sus antiguos sueños morbosos. He aquí por fin la gran justificación. ¿A qué extenderse sobre esta crisis y detallar todos sus incidentes? La lucha fue larga, los dolores fatigantes e insoportables, y la liberación estaba siempre allí, al alcance de la mano. Diría de buena gana a todos aquellos que han deseado un bálsamo, un nepentes, para dolores cotidianos, que turban el ejercicio regular de su vida y escarnecen todo esfuerzo de su voluntad, a todos aquellos, enfermos de espíritu, enfermos de cuerpo, les diría: ¡que aquel de vosotros que esté sin pecado, sea de acción, sea de intención, arroje a nuestro enfermo la primera piedra! Así, es cosa entendida; por lo demás, os suplica que le creáis, cuando comenzó a tomar opio cotidianamente, había urgencia, necesidad, fatalidad; vivir de otro modo no era posible. ¿Y luego son acaso

tan numerosos, esos valientes que saben afrontar pacientemente, con una energía renovada de minuto en minuto, el dolor, la tortura, siempre presente, jamás fatigada, en vista de un beneficio vago y lejano? Tal que parece tan valeroso y tan paciente no ha tenido tan gran mérito en vencer, y tal que resistió poco tiempo ha desplegado en ese poco tiempo una vasta energía desconocida. ¿No son acaso los temperamentos humanos tan infinitamente variados como las dosis químicas? «En el estado nervioso en que me encuentro, me es tan imposible soportar un moralista inoportuno, como el opio que no se ha hecho hervir!» He aquí una bella sentencia, una irrefutable sentencia. Ya no se trata de circunstancias atenuantes, sino de circunstancias absolventes.

En fin, esta crisis de 1813 tuvo un desenlace, y ese desenlace, se adivina. Preguntar en adelante a nuestro solitario si tal día ha tomado o no ha to-

mado opio, es como informarse si sus pulmones han respirado ese día, o si su

corazón ha cumplido sus funciones. ¡Basta de cuaresma de opio, basta de ramadán, basta de abstinencia! ¡El opio forma parte de la vida! Poco tiempo antes de 1816, el año más bello, más límpido de su existencia, nos dice, había descendido súbitamente y casi sin esfuerzo, de trescientos veinte granos de opio, es decir, ocho mil gotas de láudano, por día, a cuarenta granos, disminuyendo así su extraño alimento en siete octavos. La nube de profunda melancolía que se había abatido sobre su cerebro se disipó en un día como por magia, la agilidad espiritual reapareció, y pudo de nuevo creer en la felicidad. Ya no tomaba más que mil gotas de láudano por día (¡qué templanza!). Era como un veranillo de San Martín espiritual. Y releyó a Kant, y lo comprendió o creyó comprenderlo. De nuevo abundaba en él esa ligereza, esa alegría de espíritu, —tristes palabras para traducir lo intraducible,— igualmente favorables al trabajo y al ejercicio

de la fraternidad. Ese espíritu de benevolencia y de complacencia para con el prójimo, digamos más, de caridad, que se parece un poco (sea insinuado sin intención de faltar al respeto a un autor tan grave) a la caridad de los borrachos, se ejerció un buen día, de la manera más extraña y más espontánea, en provecho de un malayo. —Notad bien a este malayo; lo volveremos a ver más tarde; reaparecerá, multiplicado de una manera terrible. Pues ¿quién puede calcular la fuerza de reflejo y de repercusión de un incidente cualquiera en la vida de un soñador? ¿Quién puede pensar, sin estremecerse, en el infinito ensanchamiento de los círculos en las ondas espirituales agitadas por una piedra del azar?— Pues bien, un día, un malayo llama a la puerta de este retiro silencioso. ¿Qué tenía que hacer un malayo en las montañas de Inglaterra? Quizá se dirigía hacia un puerto situado a cuarenta millas de allí. La criada, nacida en la montaña, que no sabía más la lengua malaya que el inglés, y

que jamás había visto un turbante en su vida, se espantó singularmente. Pero, recordando que su amo era un sabio, y presumiendo que debía hablar todas las lenguas de la tierra, quizá incluso las de la luna, corrió a buscarlo para rogarle que exorcizara al demonio que se había instalado en la cocina. Era un contraste curioso y divertido el de esos dos rostros

mirándose el uno al otro; uno, marcado de orgullo sajón, el otro, de servilidad asiática; uno, rosado y fresco; el otro, amarillo y bilioso, iluminado por pequeños ojos móviles e inquietos. El sabio, para salvar su honor a los ojos de su criada y de sus vecinos, le habló en griego; el malayo respondió sin duda en malayo; no se entendieron, y todo transcurrió bien. Aquel se reposó sobre el suelo de la cocina durante una hora, y luego hizo ademán de ponerse de nuevo en camino. El pobre asiático, si venía de Londres a pie, no había podido, desde hacía tres semanas, intercambiar un pensamiento

cualquiera con una criatura humana. Para consolar los fastidios probables de esta vida solitaria, nuestro autor, suponiendo que un hombre de esas comarcas debía conocer el opio, le hizo regalo, antes de su partida, de un grueso trozo de la preciosa sustancia. ¿Puede concebirse una manera más noble de entender la hospitalidad? El malayo, por la expresión de su fisonomía, mostró bien que conocía el opio, e hizo una sola bocanada de un trozo que habría podido matar a varias personas. Había, ciertamente, con qué inquietar a un espíritu caritativo; pero no se oyó hablar en el país de ningún cadáver de malayo encontrado en el camino real; aquel extraño viajero estaba, pues, suficientemente familiarizado con el veneno, y el resultado deseado por la caridad había sido obtenido.

aún feliz; verdadera felicidad de sabio y de solitario amante del confort: un encantador cottage, una bella biblioteca, pacientemente

y delicadamente amontonada, y el invierno haciendo estragos en la montaña. ¿No hace acaso una bonita habitación el invierno más poético, y el invierno no aumenta acaso la poesía de la habitación? El blanco cottage estaba asentado en el fondo de un pequeño valle cerrado de montañas suficientemente altas; estaba como envuelto en arbustos que esparcían un tapiz de flores sobre los muros y hacían a las ventanas un marco odorífero, durante la primavera, el verano y el otoño; aquello comenzaba con el espino blanco y terminaba con el jazmín. Pero la bella estación, la estación de la felicidad, para un hombre de ensoñación y de meditación como él, es el invierno, y el invierno en su forma más ruda. Hay gentes que se felicitan de obtener del cielo un invierno benigno, y que son dichosas de verlo partir. Pero ⁷³él pide anualmente al cielo tanto de nieve, de granizo y de helada como puede contener. Necesita un in-

vierno canadiense, un invierno ruso; lo necesita para su dinero. Su nido será

más caliente, más dulce, más amado: las velas encendidas a las cuatro, un buen hogar, buenas alfombras, pesadas cortinas ondulando hasta el suelo, una bella hacendosa del té, y té desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la mañana. Sin invierno, ninguno de esos goces es posible; todo el confort exige una temperatura rigurosa; esto cuesta caro por lo demás; nuestro soñador tiene, pues, bien derecho a exigir que el invierno pague honestamente su deuda, como él la suya. El salón es pequeño y sirve para dos fines. Más propiamente podría llamársele la biblioteca; allí están acumulados cinco mil volúmenes, comprados uno a uno, verdadera conquista de la paciencia. Un gran fuego brilla en la chimenea; sobre la bandeja están puestas dos tazas y dos platillos; pues la caritativa Electra que nos ha hecho presentir embellece el cottage con toda la hechicería de sus angélicas sonrisas. ¿A qué describir su belleza? El lector podría creer que ese

poder de luz es puramente físico y pertenece al dominio del pincel terrestre. Y además, no olvidemos el frasco de láudano, una vasta garrafa, ¡a fe mía! pues estamos demasiado lejos de los farmacéuticos de Londres para renovar frecuentemente nuestra provisión; un libro de metafísica alemana yace sobre la mesa, que atestigua las eternas ambiciones intelectuales del propietario. —Paisaje de montañas, retiro silencioso, lujo o más bien bienestar sólido, vasto ocio para la meditación, invierno riguroso, propio para concentrar las facultades del espíritu, sí, era bien la felicidad, o más bien los últimos resplandores de la felicidad, una intermitencia en la fatalidad, un jubileo en la desgracia; pues he aquí que tocamos la época funesta en que «hay que decir adiós a esta dulce beatitud, adiós para el invierno como para el verano, adiós a las sonrisas y a las risas, adiós a la paz del espíritu, adiós a la esperanza y a los sueños apacibles, adiós a los consuelos

benditos del sueño!» Durante más de tres años, nuestro soñador será como un exiliado, expulsado del territorio de la felicidad común, pues ha llegado ahora a «una Ilíada de calamidades, ha llegado a las torturas del opio.» Sombría época, vasta red de tinieblas, desgarrada a intervalos por ricas y abrumadoras visiones;

Era como si un gran pintor hubiese mojado Su pincel en la negrura del terremoto y del eclipse.

Estos versos de Shelley, de un carácter tan solemne y tan verdaderamente miltoniano, expresan bien el color de un paisaje opiáceo, si es lícito hablar así; es bien ese cielo lúgubre y ese horizonte impermeable que envuelven el cerebro esclavizado por el opio. Lo infinito en el horror y en la melancolía, y, más melancólico que todo, la impotencia de arrancarse uno mismo al suplicio.

Antes de ir más lejos, nuestro penitente (podríamos llamarlo así de vez en cuando, aunque pertenezca, al parecer, a una clase de penitentes siempre dispuestos a recaer en su pecado) nos advierte que no debe buscarse un orden muy riguroso en esta parte de su libro, un orden cronológico al menos. Cuando lo escribió, estaba solo en Londres, incapaz de construir un relato regular con amontonamientos de recuerdos pesados y repugnantes, y exiliado lejos de las manos amigas que sabían clasificar sus papeles y tenían la costumbre de prestarle todos los servicios de un secretario. Escribe sin precaución, casi sin pudor en adelante, suponiéndose ante un lector indulgente, a quince o veinte años de la época presente; y queriendo simplemente, antes que nada, establecer un memorial de un período desastroso, lo hace con todo el esfuerzo de que aún es capaz hoy, sin saber muy bien si más tarde encontrará la fuerza o la ocasión. Pero ¿por qué, se le dirá, no se libró de los horrores del opio, ya abandonándolo, ya disminuyendo las dosis? Hizo largos y dolorosos esfuerzos para reducir la cantidad; pero quienes fueron testigos de esas lamentables batallas, de esas agonías sucesivas, fueron los primeros en suplicarle que renunciara a ello. ¿Por qué no haber disminuido la dosis en una gota por día, o no haber atenuado su potencia mediante una adición de agua? Calculó que le habrían hecho falta varios años para obtener por ese medio una victoria incierta. Por lo demás, todos los aficionados al opio saben que antes de llegar a cierto grado, siempre se puede reducir la dosis sin dificultad, e incluso con placer, pero que, una vez rebasada esa dosis, toda reducción causa dolores intensos. Pero ¿por qué no consentir en un abatimiento momentáneo, de algunos días? No hay abatimiento; no en eso consiste el dolor. La disminución del

opio aumenta, por el contrario, la vitalidad; el pulso es mejor; la salud se perfecciona; pero de ello resulta una espantosa irritación del estómago, acompañada de sudores abundantes y de una sensación de malestar general, que nace de la falta de equilibrio entre la energía física y la salud del espíritu. En efecto, es fácil comprender que el cuerpo, la parte terrestre del hombre, que el opio había pacificado victoriosamente y reducido a una perfecta sumisión, quiera recobrar sus derechos, mientras que el imperio del espíritu, que hasta entonces había sido únicamente favorecido, se encuentra disminuido en la misma medida. Es un equilibrio roto que quiere restablecerse, y que ya no puede restablecerse sin crisis. Aun sin tener en cuenta la irritación del estómago y las transpiraciones excesivas, es fácil figurarse la angustia de un hombre nervioso, cuya vitalidad se viera singularmente despertada, y cuyo espíritu estuviera inquieto e inactivo. En esta terrible

situación, el enfermo considera generalmente

el mal como preferible a la curación, y se entrega de cabeza a su destino.

tiempo interrumpido sus estudios. Algunas veces, a requerimiento de su mujer y de otra dama que venía a tomar el té con ellos, consentía en leer en voz alta las poesías de Wordsworth. Por accesos, aún mordía momentáneamente en los grandes poetas; pero su verdadera vocación, la filosofía, estaba completamente descuidada. La filosofía y las matemáticas reclaman una aplicación constante y sostenida, y su espíritu retrocedía ahora ante ese deber cotidiano con una íntima y desoladora conciencia de su debilidad. Una gran obra, a la que había jurado dar todas sus fuerzas, y cuyo título le había sido proporcionado por los reliquiæ de Spinoza: *De emendatione humani intellectus*, permanecía en el astillero, inacabada y pendiente, con el aspecto desolado de esas grandes construcciones emprendidas por gobiernos pródigos

o arquitectos imprudentes. Lo que debía ser, en la posteridad, la prueba de su fuerza y de su dedicación a la causa de la humanidad, no serviría, pues, sino de testimonio de su debilidad y de su presunción. Afortunadamente, la economía política le quedaba todavía como un entretenimiento. Aunque deba ser considerada como una ciencia, es decir, como un todo orgánico, sin embargo algunas de sus partes integrantes pueden

ser separadas y consideradas aisladamente. Su mujer le leía de vez en cuando los debates del parlamento o las novedades de la librería en materia de economía política; pero, para un literato profundo y erudito, era aquello un triste alimento; para cualquiera que haya manejado la lógica, son los desechos del espíritu humano. Un amigo de Edimburgo, sin embargo, le envió en 1819 un libro de Ricardo, y antes de haber acabado el primer capítulo, recordando que él mismo había profetizado la venida de un legislador de esta ciencia, exclamaba: «¡He aquí al hombre!» El asombro y la curiosidad habían resucitado. Pero su mayor, su más deliciosa sorpresa era que pudiera aún interesarse en cualquier lectura. Su admiración por Ricardo aumentó naturalmente con ello. ¿Había verdaderamente nacido en Inglaterra, en el siglo XIX, una obra tan profunda? Pues él suponía que todo pensamiento había muerto en Inglaterra. Ricardo había encontrado de un solo golpe la ley, creado la base; había arrojado un rayo de luz en todo ese tenebroso caos de materiales, donde se habían perdido sus predecesores. Nuestro soñador, todo inflamado, todo rejuvenecido, reconciliado con el pensamiento y el trabajo, se pone a escribir, o más bien dicta a su compañera. Le parecía que el ojo escrutador de Ricardo había dejado escapar algunas verdades importantes, cuyo análisis, reducido por los procedimientos algebraicos, podía constituir la materia de un interesante pequeño volumen. De este esfuerzo de enfermo resultaron los Prolegómenos para

todos los sistemas futuros de economía política (1). Había hecho arreglos con un impresor de provincia, que vivía a dieciocho millas de su habitación; se había incluso, con el fin de componer la obra más aprisa, contratado un cajista suplementario; el libro había sido anunciado dos veces; pero, ¡ay!, quedaba un prefacio por escribir (la fatiga de un prefacio!) y una magnífica dedicatoria al señor Ricardo; ¡qué labor para un cerebro debilitado por las delicias de una orgía permanente! ¡humillación de un autor nervioso, tiranizado por la atmósfera interior! La impotencia se alzó, terrible, infranqueable, como los hielos del polo; todos los arreglos fueron contramandados, el cajista despedido, y los Prolegómenos, avergonzados, se acostaron, por mucho tiempo, junto a su hermano mayor, el famoso libro sugerido por Spinoza.

(1) Diga lo que diga De Quincey sobre su impotencia espiritual, este libro, o algo análogo, relativo a Ricardo, ha aparecido posteriormente. Véase el catálogo de sus obras completas.

¡Horrible situación! ¡tener el espíritu hormigueante de ideas, y no poder ya franquear el puente que separa las campiñas imaginarias de la ensoñación de las mieses positivas de la acción! Si el que me lee ahora ha conocido las necesidades de la producción, no necesito describirle la desesperación de un noble espíritu, clarividente, hábil, que lucha contra esta condenación de un género tan particular. ¡Abominable encantamiento! Todo lo que he dicho sobre el amortiguamiento de la voluntad en el opio. ¿Responder a cartas? trabajo gigantesco, aplazado de hora en hora, de día en día, de mes en mes. ¿Asuntos de dinero? fatigosa puerilidad. La economía doméstica está entonces más descuidada que la economía política. Si un cerebro debilitado por el opio estuviera del todo debilitado, si, para servirme de una innoble locución, estuviera totalmente embrutecido, el mal sería evidentemente menor, o al menos más tolerable. Pero un

m MANGEUR D'OPIUM 207

piraciones morales; ve el deber, lo ama; quiere cumplir todas las condiciones de lo posible; pero su potencia de ejecución ya no está a la altura de su concepción. ¡Ejecutar! ¿qué digo? ¿puede siquiera intentarlo? Es el peso de una pesadilla que aplasta toda la voluntad. Nuestro desdichado se convierte entonces en una especie de Tántalo, ardiente en amar su deber, impotente para acudir a él; un espíritu, un puro espíritu, ¡ay!, condenado a desear lo que no puede adquirir; un bravo guerrero, insultado en lo que tiene de más querido, y fascinado por una fatalidad que le ordena guardar el lecho, donde se consume en una rabia impotente.

Así había llegado el castigo, lento pero terrible. ¡Ay! no debía manifestarse solamente por esa impotencia espiritual, sino también por horrores de una naturaleza más cruel y más positiva. El primer síntoma que se dejó ver en la economía

notar. Es el punto de partida, el germen de toda una serie de dolores. Los niños están, en general, dotados de la singular facultad de percibir,

o más bien de crear, sobre la tela fecunda de las tinieblas todo un mundo de visiones bizarras. Esta facultad, en algunos, actúa a veces sin su voluntad. Pero otros tienen la potencia de evocarlas o de despedirlas a su antojo. Por un caso semejante nuestro narrador se apercibió de que volvía a ser niño. Ya hacia mediados de 1817, esta peligrosa facultad le atormentaba cruelmente. Acostado, pero despierto, procesiones fúnebres y magníficas desfilaban ante sus ojos; interminables edificios se alzaban, de un carácter antiguo y solemne. Pero los sueños del sueño participaron pronto de los sueños de la vigilia, y todo lo que su ojo evocaba en las tinieblas se reprodujo en su sueño con un esplendor inquietante, insoportable. Midas cambiaba en oro todo lo que tocaba, y se sentía martirizado por este irónico priw

formaba en realidades inevitables todos los objetos de sus ensoñaciones. Toda esta fantasmagoría, por bella y poética que fuera en apariencia, iba acompañada de una angustia profunda y de una negra melancolía. Le parecía, cada noche, que descendía indefinidamente en abismos sin luz, más allá de toda profundidad conocida, sin esperanza de poder remontar. Y, aun después del despertar, persistía una tristeza, una desesperanza vecina al anonadamiento. Fenómeno análogo a algunos de los que se producen en

el espacio y, más tarde, el sentimiento de la duración fueron singularmente afectados. Monumentos y paisajes tomaron formas demasiado vastas para no ser un dolor para el ojo humano. El espacio se hinchó, por así decirlo, hasta el infinito. Pero la expansión del tiempo se convirtió en una angustia aún más viva; los sentimientos y las ideas que llenaban la duración de una noche

210 UN MANGEUR D'OPIUM

representaban para él el valor de un siglo. Además los más vulgares acontecimientos de la infancia, escenas olvidadas desde hacía mucho tiempo se reprodujeron en su cerebro, vivas de una vida nueva. Despierto, quizá no se habría acordado de ellas; pero en el sueño, las reconocía inmediatamente. Del mismo modo que el hombre que se ahoga vuelve a ver, en el minuto supremo de la agonía, toda su vida como en un espejo; del mismo modo que el condenado lee, en un segundo, el terrible balan-

ce de todos sus pensamientos terrestres; del mismo modo que las estrellas veladas por la luz del día reaparecen con la noche, así también todas las inscripciones grabadas en la memoria inconsciente reaparecieron como por el efecto de una tinta simpática:

El autor ilustra las principales características de sus sueños con algunos ejemplos de una naturaleza extraña y temible; uno, entre otros, en que por la lógica particular que gobierna los acontecimientos del sueño, dos eleUN MANGEUR D'OPIUM 211

mentos históricos muy distantes se juxtaponen en su cerebro de la manera más bizarra. Así en el espíritu infantil de un campesino, una tragedia se convierte a veces en el desenlace de la comedia que abrió el espectáculo:

«En mi juventud, e incluso después, siempre he sido un gran lector de Tito Livio; siempre ha sido uno de mis más queridos solaces; confieso que lo prefiero, por la materia y por el estilo, a cualquier otro historiador romano, y he sentido toda la espantosa y solemne sonoridad, toda la enérgica representación de la majestad del pueblo romano en esas dos palabras que vuelven tan a menudo a través de los relatos de Tito Livio: Consul Romanus; particularmente cuando el cónsul se presenta con su carácter militar. Quiero decir que las palabras: rey, sultán, regente, o cualesquiera otros títulos pertenecientes a los hombres que personifican en sí la majestad de un gran pueblo, no tenían poder para ins212 UN MANGEUR D'OPIUM

pirarme el mismo respeto. Aunque no soy un gran lector de cosas históricas, me había igualmente familiarizado, de una manera minuciosa y crítica, con cierto período de la historia de Inglaterra, el período de la guerra del Parlamento, que me había atraído por la grandeza moral de quienes en ella figuraron y por los numerosos e interesantes memorias que han sobrevivido a esas épocas turbulentas. Estas dos partes de mis lecturas de ocio, habiendo proporcionado a menudo materia a mis reflexiones, proporcionaban ahora pasto a mis sueños. Me ha ocurrido a menudo ver, mientras estaba despierto, una especie de repetición de teatro, que más tarde se pintaba sobre las tinieblas complacientes, — una multitud de damas, — quizá una fiesta y⁸⁰danzas. Y oía que se decía, o me de-

cía a mí mismo: «Son las mujeres y las hijas de aquellos que se reunían en la paz, que se sentaban a las mismas mesas, y que estaban aliados por el matrimonio o por la sangre; y sin embargo, desde

cierto día de agosto de 1642, nunca más se han sonreído y en adelante no se han encontrado sino en los campos de batalla; y en Marston-Moor, en Newbury o en Naseby, han cortado todos los lazos del amor con el sable cruel, y han borrado con la sangre el recuerdo de las amistades antiguas.» Las damas danzaban, y parecían tan seductoras como en la corte de Jorge IV. Sin embargo yo sabía, incluso en mi sueño, que estaban en el sepulcro desde hacía cerca de dos siglos. Pero toda esta pompa debía disolverse súbitamente; a una palmada, se hacían oír estas palabras cuyo sonido me conmovía el corazón: ¡Consul Romanus! y de inmediato llegaba, barriendo todo ante sí, magnífico en su manto de campaña, Paulo Emilio o Mario, rodeado de una compañía de centuriones, haciendo izar la túnica roja al extremo de una lanza, y seguido del espantoso hurra de las legiones romanas.»

Asombrosas y monstruosas arquitecturas

se alzaban en su cerebro, semejantes a esas construcciones movedizas que el ojo del poeta percibe en las nubes coloreadas por el sol poniente. Pero pronto a estos sueños de terrazas, de torres, de murallas, que subían a alturas desconocidas y se hundían en inmensas profundidades, sucedieron lagos y vastas extensiones de agua. El agua se convirtió en el elemento obsesivo. Ya hemos notado, en

predilección del cerebro por el elemento líquido y por sus misteriosas seducciones. ¿No se diría que hay un singular parentesco entre estos dos excitantes, al menos en sus efectos sobre la imaginación, o, si se prefiere esta explicación, que el cerebro humano, bajo el imperio de un excitante, se prenda más voluntariamente de ciertas imágenes? Las aguas cambiaron pronto de carácter, y los lagos transparentes, brillantes como espejos, se convirtieron en mares y océanos. Y luego una nueva metamorfosis hizo de estas aguas magníficas,

inquietantes sólo por su frecuencia y por su extensión, un horrible tormento. Nuestro autor había amado demasiado la multitud, se había su-

mergido demasiado deliciosamente en los mares de la muchedumbre, para que el rostro humano no tomara en sus sueños una parte despótica. Y entonces se manifestó lo que él ya ha llamado, creo, la tiranía del rostro humano. «Entonces sobre las aguas movedizas del Océano comenzó a mostrarse el rostro del hombre; el mar me apareció pavimentado de innumerables cabezas vueltas hacia el cielo; rostros furiosos, suplicantes, desesperados, se pusieron a danzar en la superficie, por millares, por miríadas, por generaciones, por siglos; mi agitación se volvió infinita, y mi espíritu saltó y rodó como las olas del Océano.»

El lector ya ha notado que desde hacía mucho tiempo el hombre no evoca ya las imágenes, sino que las imágenes se le ofrecen, espontáneamente, despóticamente. No puede despedirlas; pues la voluntad ya no tiene fuerza y no

gobierna ya las facultades. La memoria poética, antaño fuente infinita de goces, se ha convertido en un arsenal inagotable de instrumentos de suplicio.

En 1818, el malayo de que hemos hablado le atormentaba cruelmente; era un visitante insoportable. Como el espacio, como el tiempo, el malayo se había multiplicado. El malayo se había convertido en la propia Asia; la Asia antigua, solemne, monstruosa y complicada como sus templos y sus religiones; donde todo, desde los aspectos más ordinarios de la vida hasta los recuerdos clásicos y grandiosos que comporta, está hecho para confundir y estupefactar el espíritu de un europeo. Y no era solamente la China, bizarra y artificial, prodigiosa y vetusta como un cuento de hadas, la que oprimía su cerebro. Esta imagen llamaba naturalmente a la imagen vecina de la India, tan misteriosa y tan inquietante para un espíritu de Occidente; y luego la China y la India formaban pronto con Egipto una tríada amenazante, una pesadilla compleja, de angustias variadas. En suma, el malayo había evocado todo el inmenso y fabuloso Oriente. Las páginas siguientes son demasiado bellas para que yo las abrevie:

«Cada noche era transportado por este hombre en medio de cuadros asiáticos. No sé si otras personas comparten mis sentimientos en este punto; pero a menudo he pensado que, si me viera forzado a dejar Ingla-

terra y a vivir en China, entre las modas, las maneras y los decorados de la vida china, me volvería loco. Las causas de mi horror son profundas, y algunas deben ser comunes a otros hombres. La Asia meridional es en general un asiento de imágenes terribles y de temibles asociaciones de ideas; aunque sólo como cuna del género humano, debe exhalar no sé qué vaga sensación de espanto y de respeto. Pero existen otras razones. Ningún hombre pretenderá que las extrañas, bárbaras y caprichosas supersticiones del África, o de las tribus salvajes de cualquier otra comarca, puedan afectarle de la misma manera que las viejas, monumentales, crueles y complicadas religiones del Indostán. La antigüedad de las cosas de Asia, de sus instituciones, de sus anales, de los modos de su fe, tiene para mí algo tan llamativo, la vejez de la raza y de los nombres, algo tan dominador, que basta para aniquilar la juventud del individuo. Un joven chino se me aparece como un hombre antediluviano renovado. Los ingleses mismos, aunque no hayan sido criados en el conocimiento de semejantes instituciones, no pueden impedirse estremecerse ante la mística sublimidad de esas castas que han seguido cada una un curso aparte, y han rehusado mezclar sus aguas durante periodos de tiempo inmemoriales. Ningún hombre puede dejar de sentirse penetrado de respeto por los nombres del Ganges y del Éufrates. Lo que añade mucho a tales sentimientos es que la Asia meridional es y ha sido, desde hace miles de años, la parte de la tierra más hormigueante de vida humana, la gran officina gentium. El hombre, en esas comarcas, crece como la hierba. Los vastos imperios en que siempre ha sido moldeada la enorme población de Asia añaden una grandeza más a los sentimientos que comportan las imágenes y los nombres orientales. En China sobre todo, dejando de lado lo que tiene de común con el resto de la Asia meridional, me aterra los modos de la vida, las costumbres, una repugnancia absoluta, una barrera de sentimientos que nos separan de ella y que son demasiado profundos para ser analizados. Encontraría más cómodo vivir con lunáticos o con brutos. Es preciso que el lector entre en todas estas ideas y en bien otras aún, que no puedo decir o que no tengo tiempo de expresar, para comprender todo el horror que imprimían en mi espíritu esos sueños de imagería oriental y de torturas mitológicas.

»Bajo las dos condiciones conexas de calor tropical y de luz vertical, recogía todas las criaturas, aves, bestias, reptiles, árboles y plantas, usos y

espectáculos, que se encuentran comúnmente en toda la región de los trópicos, y las arrojaba confusamente en China o en el Indostán. Por un sentimiento análogo, me apoderaba de Egipto y de todos sus dioses, y los hacía entrar bajo la misma ley. Monos, loros, cacatúas me miraban fijamente, me abucheaban, me hacían muecas o parloteaban sobre mí. Huía a las pagodas, y permanecía, durante siglos, fijado en la cima, o encerrado en cámaras secretas. Era el ídolo; era el sacerdote; era adorado; era sacrificado. Huía de la cólera de Brahma a través de todos los bosques de Asia; Vishnú me odiaba; Siva me tendía una celada. Caía súbitamente en casa de Isis y de Osiris; había hecho algo, decían, había cometido un crimen que hacía estremecerse al ibis y al cocodrilo. Era sepultado, durante mil años, en ataúdes de piedra, con momias y esfinges, en celdas estrechas en el corazón de las eternas pirámides. Era besado por cocodrilos de besos cancerosos; y yacía, confundido con una multitud de cosas inexpresables y viscosas, entre los lodos y los juncos del Nilo.

» Doy así al lector un ligero extracto de mis sueños orientales, cuyo monstruoso teatro me llenaba siempre de tal estupefacción que el horror mismo parecía quedar en él por algún tiempo absorbido. Pero tarde o temprano se producía un reflujo de sentimientos en que el asombro a su vez quedaba anegado, y que me entregaba no tanto al terror cuanto a una especie de odio y de abominación por todo lo que veía. Sobre cada ser, sobre cada forma, sobre cada amenaza, castigo, encarcelamiento tenebroso, planeaba un sentimiento de eternidad y de infinito que me causaba la angustia y la opresión de la locura.

Sólo en aquellos sueños, salvo una o dos ligeras excepciones, entraban las circunstancias del horror físico. Mis terrores hasta entonces no habían sido sino morales y espirituales. Pero aquí los agentes principales eran aves hediondas, serpientes o cocodrilos, principalmente estos últimos. El cocodrilo maldito se convirtió para mí en objeto de más horror que casi todos los demás. Estaba forzado a vivir con él, ¡ay! (siempre era así en mis sueños) durante siglos. Escapábame algunas veces, y me encontraba en casas chinas, amuebladas con mesas de caña. Todas las pa-

tas de las mesas y de los canapés parecían dotadas de vida; la abominable cabeza del cocodrilo, con sus ojillos oblicuos, me miraba por todas partes, por todos lados, multiplicada por repeticiones innumerables; y yo permanecía allí, lleno de horror y fascinado. Y este hediondo reptil rondaba tan a menudo mi sueño que, muchas veces, el mismo sueño ha sido interrumpido de la misma ma

UN COMEDOR DE OPIO 223

nera; oía dulces voces que me hablaban (yo lo oigo todo, incluso cuando estoy adormecido), e inmediatamente me despertaba. Era pleno día, pleno mediodía, y mis hijos estaban de pie, cogidos de la mano, junto a mi lecho; venían a mostrarme sus zapatos de color, sus vestidos nuevos, a hacerme admirar su atavío antes de ir al paseo. Afirmo que la transición del maldito cocodrilo y de los otros monstruos e inexpresables abortos de mis sueños a aquellas inocentes criaturas, a aquella simple infancia humana, era tan terrible que, en la poderosa y súbita revulsión de mi espíritu, lloraba sin poder evitarlo, besando sus rostros.»

El lector espera quizá, en esta galería de impresiones antiguas repercutidas sobre el sueño, la figura melancólica de la pobre Ann. A su vez, hela aquí. El autor ha observado que la muerte de aquellos que nos son queridos, y generalmente la contemplación de

la muerte, afecta mucho más nuestra alma durante el verano que en las otras estaciones del año. El cielo parece allí más elevado, más lejano, más infinito. Las nubes, por las cuales el ojo aprecia la distancia del pabellón celeste, son allí más voluminosas y acumuladas en masas más vastas y más sólidas; la luz y los espectáculos del sol en su declive están más en armonía con el carácter de lo infinito. Pero la razón principal es que la prodigalidad exuberante de la vida estival hace un contraste más violento con la esterilidad helada del sepulcro. Por lo demás, dos ideas que están en relación de antagonismo se llaman recíprocamente, y la una sugiere la otra. Así el autor nos confiesa que, en las interminables jornadas de verano, le es difícil no pensar en la muerte; y la idea de la muerte de una persona conocida o querida asedia su espíritu con más obstinación durante la estación espléndida. Parecióle un día que estaba de pie a la puerta de su cottage; era (en su sueño) un

domingo por la mañana del mes de mayo, un domingo de Pascua, lo que en nada contradice el almanaque de los sueños. Ante él se extendía el paisaje conocido, pero agrandado, pero solemnizado por la magia del sueño. Las montañas eran más elevadas que los Alpes, y las praderas y los bosques, situados a sus pies, infinitamente más extensos; los setos, adornados de rosas blancas. Como era muy de mañana, ninguna criatura viviente se dejaba ver, excepto algunos ganados que reposaban en el cementerio sobre tumbas verdosas, y particularmente alrededor de la sepultura de un niño que había tiernamente amado (aquel niño había sido realmente enterrado aquel mismo verano; y una mañana, antes de la salida del sol, el autor había visto realmente a aquellos animales reposar junto a aquella tumba). Díjose entonces: «Aún hay bastante tiempo que esperar antes de la salida del sol; hoy es domingo de Pascua; es el día en que se celebran los primeros frutos de la resurrección.

Iré a pasear fuera; olvidaré hoy mis viejas penas; el aire es fresco y calmo; las montañas son altas y se extienden a lo lejos hacia el cielo; los claros del bosque son tan apacibles como el cementerio; el rocío lavará la fiebre de mi frente, y así cesaré por fin de ser desdichado.» Y iba a abrir la puerta del jardín, cuando el paisaje, a la izquierda, se transformó. Era bien siempre un domingo de Pascua, de muy de mañana; pero el decorado se había vuelto oriental. Las cúpulas y los domos de una gran ciudad dentelleaban vagamente el horizonte (quizá era el recuerdo de alguna imagen de una Biblia contemplada en la infancia). No lejos de él, sobre una piedra, y a la sombra de palmeras de Judea, una mujer estaba sentada. ¡Era Ann!

«Ella tenía los ojos fijos en mí con una mirada intensa, y le dije, al cabo: «¡Os he, pues, por fin vuelto a encontrar!» Esperaba; pero ella no me respondió una palabra.

Su rostro era el mismo que cuando lo vi por última vez, y sin embargo, ¡cuán diferente era! Diecisiete años antes, cuando la luz del reverbero caía sobre su rostro, cuando por última vez besé sus labios (tus labios, Ann, que para mí no llevaban ninguna mancha), sus ojos se humedecían de lágrimas; pero sus lágrimas estaban ahora secas; parecía más bella de lo que era en aquella época, pero por lo demás en todo punto la misma, y no había envejecido. Sus miradas eran tranquilas, pero dotadas de una

singular solemnidad de expresión, y yo la contemplaba entonces con una especie de miedo. De repente, su fisonomía se oscureció; volviéndome del lado de las montañas, divisé vapores que rodaban entre nosotros dos; en un instante todo se había desvanecido; llegaron espesas tinieblas; y en un abrir y cerrar de ojos me encontré lejos, muy lejos de las montañas, paseando con Ann a la luz de los reverberos de Oxford-street, justamente como paseábamos diecisiete años antes, cuando éramos, ella y yo, dos niños.»

El autor cita aún un espécimen de sus concepciones mórbidas, y este último sueño (que data de 1820) es tanto más terrible cuanto más vago, de una naturaleza más inasible, y que, todo penetrado como está de un sentimiento punzante, se presenta en el decorado movedizo, elástico, de lo indefinido. Desespero de rendir convenientemente la magia del estilo inglés:

«El sueño comenzaba por una música que oigo a menudo en mis sueños, una música preparatoria, propia para despertar el espíritu y tenerlo en suspenso; una música semejante a la obertura del servicio de la coronación, y que, como esta, daba la impresión de una vasta marcha, de un desfile infinito de caballerías y de un pisoteo de ejércitos innumerables. La mañana de un día solemne había llegado, — de un día de

crisis y de esperanza final para la naturaleza humana, que sufría entonces algún misterioso eclipse y era trabajada por alguna angustia temible. En algún lugar, no sé dónde, — de una manera o de otra, no sabía cómo, — por cualesquiera seres, no los conocía, — una batalla, una lucha era librada, — una agonía era sufrida, — que se desarrollaba como un gran drama o un trozo de música; — y la simpatía que de ello sentía se me volvía un suplicio a causa de mi incertidumbre del lugar, de la causa, de la naturaleza y del resultado posible del asunto. Así como acontece de ordinario en los sueños, en que necesariamente hacemos de nosotros mismos el centro de todo movimiento, tenía el poder, y sin embargo no tenía el poder de decidirla; tenía la potencia, con tal que pudiese elevarme hasta querer, y no obstante, no tenía aquella potencia, porque estaba abrumado bajo el peso de veinte Atlánticos, o bajo la opresión

de un crimen inexpiable. Más profundamente que jamás ha descendido la plomada de la sonda, yacía inmóvil, inerte. Entonces, como un coro, la pasión tomaba un sonido más profundo. Un muy grande interés estaba en juego, una causa más importante que jamás ninguna pleiteara réplica o proclamara la trompeta. Luego llegaban súbitas alarmas; acá y allá pasos precipitados; espantos de fugitivos innumerables. No sabía si venían de la buena causa o de la mala: — tinieblas y luces; — tempestad y rostros humanos; — y al fin, con el sentimiento de que todo estaba perdido, aparecían formas de mujeres, rostros que habría querido reconocer al precio del mundo entero, y que no podía entrever sino un solo instante; — y luego manos crispadas, separaciones que desgarran el corazón; — y luego ¡adiós eternos! y con un suspiro como el que suspiraron las cavernas del infierno, cuando la madre incestuosa profirió el nombre aborrecido de la Muerte,

el sonido era repercutido: ¡Adiós eternos! y luego, y luego aún, de eco en eco, repercutido: — ¡Adiós eternos!

» Y me despertaba con convulsiones, y gritaba en alta voz: ¡No! ¡no quiero dormir más!»

UN FALSO DESENLACE

De Quincey ha abreviado singularmente el fin de su libro, tal, al menos, como apareció primitivamente. Recuerdo que la primera vez que lo leí, hace ya muchos años (y no conocía la segunda parte, *Suspiria de profundis*, que por lo demás no había aparecido), me decía de tiempo en tiempo: ¿Cuál puede ser el desenlace de semejante libro? ¿La muerte? ¿la locura? Pero el autor, hablando sin cesar en su nombre personal, ha quedado evidentemente en un estado de salud que, si no es del todo normal y excelente, le permite

no obstante entregarse a un trabajo literario. Lo que me parecía más probable era el statu quo; era que se acostumbrara a sus dolores, que tomara su partido sobre los efectos terribles de su extraña higiene; y en fin me decía: Robinson puede al fin salir de su isla; un navío puede abordar a una ribera, por desconocida que sea, y traer de ella al exiliado solitario; pero ¿qué hombre puede salir del imperio del opio? Así, conti-

nuaba yo para mí, este libro singular, confesión verídica o pura concepción del espíritu (siendo esta última hipótesis del todo improbable a causa de la atmósfera de verdad que planea sobre todo el conjunto y del acento inimitable de sinceridad que acompaña a cada detalle), es un libro sin desenlace. Hay evidentemente libros, como aventuras, sin desenlace. Hay situaciones eternas; y todo lo que tiene relación con lo irremediable, con lo irreparable, entra en esta categoEl comedor de opio había anunciado en algún lugar, al comienzo, que había logrado finalmente desatar, anillo por anillo, la cadena maldita que ligaba todo su ser. Así pues, el desenlace fue para mí por completo inesperado, y confesaré francamente que, cuando lo conocí, a pesar de todo su aparato de minuciosa verosimilitud, desconfié de él instintivamente. Ignoro si el lector compartirá mi impresión a este respecto; pero diré que la manera sutil, ingeniosa, por la cual el desdichado sale del laberinto encantado en que se ha perdido por su culpa, me pareció una invención en favor de cierto cant británico, un sacrificio en que la verdad era inmolada en honor del pudor y de los prejuicios públicos. Recuerde el lector cuántas precauciones tomó antes de comenzar el relato de su *Iliada* de males, y con qué cuidado estableció el derecho de hacer confesiones, incluso provechosas. Tal pueblo quiere desenlaces morales, y tal otro desenlaces consoladores. Así las mujeres, por ejemplo, no quieren que los malvados sean recompensados. ¿Qué diría el público de nuestros teatros, si no encontrara, al final del quinto acto, la catástrofe querida por la justicia, que restablece el equilibrio normal, o más bien utópico, entre todas las partes, — esa catástrofe equitativa esperada impacientemente durante cuatro largos actos? En suma, creo que al público no le gustan los impenitentes, y que los considera de buen grado como unos insolentes. De Quincey ha pensado quizá lo mismo, y se ha puesto en regla. Si estas páginas, escritas antes, hubieran caído por casualidad bajo sus ojos, imagino que se habría dignado sonreír complacientemente de mi desconfianza precoz y motivada; en todo caso, me apoyo en su texto, tan sincero en toda otra ocasión y tan penetrante, y podría ya anunciar aquí cierta tercera postración ante el negro ídolo (lo que implica una segunda) de la que tendremos que hablar más tarde.

Sea como fuere, he aquí ese desenlace.

Desde hacía mucho tiempo, el opio ya no hacía sentir su imperio por medio de encantamientos, sino por medio de torturas, y estas torturas (lo que es perfectamente creíble y concuerda con todas las experiencias relativas a la dificultad de romper viejos hábitos, sea cual fuere su naturaleza) habían comenzado con los primeros esfuerzos por desembarazarse de ese tirano cotidiano. Entre dos agonías, una proveniente del uso continuado, la otra de la higiene interrumpida, el autor prefirió, nos dice, la que implicaba una posibilidad de liberación. «Cuánto opio tomaba en esa época, no sabría decirlo; pues el opio de que usaba había sido comprado por un amigo mío, que más tarde no quiso ser reembolsado; de modo que no puedo determinar qué cantidad absorbí en el espacio de un año. Creo, sin embargo, que lo tomaba muy irregularmente, y que variaba la dosis de cincuenta o sesenta granos a ciento cincuenta por día. Mi primer cuidado fue reducirlo a cuarenta, a treinta, y por último, tan a menudo como podía, a doce granos.» Añade que entre diferentes específicos que probó, el único del que sacó provecho fue la tintura amoniaca de valeriana. Pero ¿a qué (es él quien habla) continuar este relato de la convalecencia y de la curación? El objetivo del libro era mostrar el maravilloso poder del opio, ya para el placer, ya para el dolor; el libro está, pues, terminado. La moraleja del opio. Que aprendan a temblar, y que sepan, por este ejemplo extraordinario, que se puede, después de diecisiete años de uso y ocho años de abuso del opio, renunciar a esta sustancia. ¡Ojalá puedan, añade, desarrollar más energía en sus esfuerzos, y alcanzar finalmente el mismo éxito!

«Jeremías Taylor conjetura que es quizá tan doloroso nacer como morir. Creo esto muy probable; y durante el largo período consagrado a la disminución del opio, experimenté todas las torturas de un hombre que pasa de un modo de existencia a otro. El resultado no fue la muerte, sino una especie de renacimiento físico. Me queda todavía como un recuerdo de mi primer estado; mis sueños no son perfectamente tranquilos; la terrible turgencia y la agitación de la tempestad no están del todo apaciguadas; las legiones de que estaban poblados mis sueños se retiran, pero no se han ido todas; mi sueño es tumultuoso, y, semejante a las puertas del Paraíso cuando nuestros primeros padres se volvieron para contemplarlas, está siempre, como dice el espantoso verso de Milton:

El apéndice (que data de 1822) está destinado a corroborar más minuciosamente la verosimilitud de ese desenlace, a darle, por así decirlo, una rigurosa fisonomía médica.

cale* Haber descendido de una dosis de ocho mil gotas a una dosis moderada que variaba de trescientas a ciento sesenta era ciertamente un triunfo bastante magnífico. Pero el esfuerzo que quedaba por hacer exigía aún más energía de la que el autor esperaba, y la necesidad de ese esfuerzo se hizo cada vez más manifiesta. Advirtió particularmente cierto endurecimiento, cierta falta de sensibilidad en el estómago, que parecía presagiar alguna afección escirrosa. El médico afirmó que la continuación del uso del opio, aunque en dosis reducidas, podía acarrear semejante resultado. Desde entonces, juramento de abjurar el opio, de abjurarlo absolutamente. El relato de sus esfuerzos, de sus vacilaciones, de los dolores físicos resultantes de las primeras victorias de la voluntad, es verdaderamente interesante. Hay disminuciones progresivas; dos veces llega a cero; luego vienen las recaídas, recaídas en que compensa ampliamente las abstinencias anteriores. En suma, la experiencia de las seis priEL COMEDOR DE OPIO 241

meras semanas dio por resultado una espantosa irritabilidad en todo el sistema, particularmente en el estómago, que a veces volvía a un estado de vitalidad normal, y otras sufría extrañamente; una agitación que no cesaba ni de día ni de noche; un sueño (¡iqué sueño!) de tres horas a lo sumo sobre veinticuatro, y tan ligero que oía los más pequeños ruidos a su alrededor; la mandíbula inferior constantemente hinchada; ulceram

ciones de la boca y, entre otros síntomas más o menos deplorables, violentos estornudos, que, por lo demás, siempre han acompañado sus tentativas de rebelión contra el opio (esta especie nueva de dolencia duraba a veces dos horas y reaparecía dos o tres veces al día); además, una sensación de frío, y por último un catarro espantoso, lo que nunca se había producido bajo el imperio del opio. Mediante el uso de los amargos, lo-

gró devolver el estómago al estado normal, es decir, a perder, como los demás hombres, la

conciencia de las operaciones de la digestión. El cuadragésimo segundo día, todos estos síntomas alarmantes desaparecieron por fin para dejar sitio a otros; pero no sabe si estos dos son consecuencias del antiguo abuso o de la supresión del opio. Así, la transpiración abundante que, incluso hacia la Navidad, acompañaba toda reducción diaria de la dosis, había cesado por completo en la estación más calurosa del año. Pero otros sufrimientos físicos pueden atribuirse a la temperatura lluviosa de julio en la parte de Inglaterra donde estaba situada su habitación.

El autor lleva el cuidado (siempre para ayudar a los infortunados que pudieran encontrarse en el mismo caso que él) hasta darnos un cuadro sinóptico, con fechas y cantidades enfrentadas, de las cinco primeras semanas durante las cuales comenzó a llevar a buen término su gloriosa tentativa. En él se ven terribles recaídas, como de cero a 200, 300, 350. Pero quizá el descenso fue demasiado rápido, mal graduado, dando así origen a sufrimientos superfluos, los cuales le obligaban a veces a buscar un socorro en la misma fuente del mal.

Lo que siempre me ha confirmado en la idea de que ese desenlace era artificial, al menos en parte, es cierto tono de burla, de chanza e incluso de escarnio que reina en varios lugares de este apéndice. En fin, para mostrar bien que no concede a su miserable cuerpo esa fanática atención de los valetudinarios, que pasan su tiempo observándose a sí mismos, el autor llama sobre ese cuerpo, sobre ese despreciable «harapo», aunque no sea más que para castigarlo por haberlo atormentado tanto, los tratamientos deshonorosos que la ley inflige a los peores malhechores; y si los médicos de Londres creen que la ciencia puede sacar algún beneficio del análisis del cuerpo, les lega muy gustoso el suyo. Ciertas personas ricas de Roma cometían la imprudencia, después de haber hecho un legado al príncipe, de obstinarse en vivir, como dice graciosamente Suetonio, y el César, que había tenido a bien aceptar el legado, se hallaba gravemente ofendido por esas existencias indiscretas. [No] teme de parte de los médicos chocantes muestras de impaciencia. Sabe que no puede esperarse de ellos sino sentimientos análogos a los signos, es decir, que respondan a ese puro amor a la ciencia que le impulsa a él

mismo a hacerles ese don fúnebre de sus preciosos despojos. ¡Ojalá ese legado no sea entregado sino en un tiempo infinitamente remoto; ojalá ese penetrante escritor, ese enfermo encantador hasta en sus burlas, nos sea conservado por más tiempo aún que el frágil Voltaire, que tardó, como se ha dicho, ochenta y cuatro años en morir (1)!

(1) Mientras escribíamos estas líneas, la noticia de la muerte de

UN COMEDOR DE OPIO 245

Thomas De Quincey ha llegado a París. Formulábamos así votos por la continuación de ese glorioso destino, que se veía bruscamente cortado. El digno émulo y amigo de Wordsworth, de Coleridge, de Southey, de Charles Lamb, de Hazlitt y de Wilson, deja numerosas obras, cuyas principales son: *Confesiones de un comedor de opio inglés*; *Suspiria de profundis*; *The Cavern*; *Literary Reminiscences*; *Essays on the poets*; *Autobiographic Sketches*; *Memorials*; *The Note Book*; *Theological Essays*; *Letters to a young man*; *Classic Records reviewed or deciphered*; *Speculations, literary and philosophic, with german tales and other narrative papers*; *Klosterheim, or the masque*; *Logic of political economy* (1844); *Essays sceptical and antisceptical on problems neglected or misconceived*, etc. Deja no sólo la reputación de uno de los espíritus más originales, más verdaderamente humorísticos de la vieja Inglaterra, sino también la de uno de los caracteres más afables, más caritativos que hayan honrado la historia de las letras, tal, en fin, como él mismo se pintó ingenuamente en las *Suspiria de profundis*, cuyo análisis vamos a emprender, y cuyo título toma de esa circunstancia dolorosa un acento doblemente melancólico. El señor de Quincey ha muerto en Edimburgo, a la edad de setenta y cinco años.

Tengo a la vista un artículo necrológico, fechado el 17 de diciembre de 1859, que puede proporcionar materia para algunas tristes reflexiones. De un extremo al otro del mundo la gran locura de la moral usurpa en todas las discusiones literarias el lugar de la pura literatura. Los Pontmartin y otros sermoneros de salón llenan los periódicos americanos e ingleses lo mismo que los nuestros. Ya, a propósito de las extrañas oraciones fúnebres que siguieron a la muerte de Edgar Poe, he tenido ocasión de observar que el campo mortuario de la literatura es menos res-

petado que el cementerio común, donde un reglamento de policía protege las tumbas contra las ofensas inocentes de los animales.

Quiero que el lector imparcial sea juez. Que el comedor de opio no haya prestado nunca a la humanidad servicios positivos, ¿qué nos importa? Si su libro es bello, le debemos gratitud. Buffon, que en semejante cuestión no es sospechoso, ¿no pensaba que un giro de frase afortunado, una nueva manera de decir bien, tenían para el hombre verdaderamente espiritual una utilidad mayor que los descubrimientos de la ciencia; en otros términos, que lo Bello es más noble que lo Verdadero?

Que De Quincey se haya mostrado a veces singularmente severo con sus amigos, ¿qué autor, conociendo el ardor de la pasión literaria, tendría derecho a asombrarse de ello? Se maltrataba cruelmente a sí mismo; y

además, como lo dijo en algún lugar, y como antes que él lo había dicho Coleridge, la malicia no viene siempre del corazón; hay una malicia de la inteligencia y de la imaginación.

Pero he aquí la obra maestra de la crítica. De Quincey había hecho en su juventud don a Coleridge de una parte considerable de su patrimonio: «Sin duda esto es noble y loable, aunque imprudente, dice el biógrafo inglés; pero debe recordarse que llegó un tiempo en que, víctima de su opio, hallándose su salud quebrantada y sus asuntos muy desordenados, consintió perfectamente en aceptar la caridad de sus amigos.» Si traducimos bien, esto quiere decir que no se le debe saber ningún grado de su generosidad, puesto que más tarde usó de la de los demás. El Genio no encuentra semejantes rasgos. Para elevarse hasta ahí, hay que estar dotado del espíritu envidioso y quisquilloso del crítico moral. — C. B.

EL GENIO NIÑO

Las *Confesiones* datan de 1822, y las *Suspiria*, que les siguen y las completan, fueron escritas en 1845. Por eso el tono es, si no del todo diferente, al menos más grave, más triste, más resignado. Al recorrer una y otra vez estas páginas singulares, no podía yo dejar de soñar en las diferentes metáforas de que se sirven los poetas para pintar al hombre de vuelta de las batallas de la vida; es el viejo marinero de espalda encorvada, de ros-

tro surcado por una red inextricable de arrugas, que calienta junto a su hogar una

heroica osamenta escapada de mil aventuras; es el Viajero que se vuelve por la tarde hacia las campiñas recorridas por la mañana, y que se acuerda, con ternura y tristeza, de las mil fantasías de que estaba poseído su cerebro mientras atravesaba esas comarcas, ahora vaporizadas en horizontes. Es lo que, de una manera general, llamaría yo de buen grado el tono del aparecido; acento, no sobrenatural, sino casi extraño a la humanidad, mitad terrestre y mitad extraterrestre, que encontramos a veces en las *Memorias de ultratumba*, cuando, callándose la cólera o el orgullo herido, el desprecio del gran René por las cosas de la tierra se vuelve del todo desinteresado.

La introducción de las *Suspiria* nos da a conocer todo el heroísmo desplegado en su paciente curación, una segunda y una tercera recaída. Es lo que él llama *a third prostration before the dark idol*. Aun omitiendo las razones fisiológicas que alega para su excusa, como la de no haber gobernado con suficiente prudencia su abstinencia, creo que esa desgracia era fácil de prever. Pero esta vez ya no se trata de lucha ni de rebelión. La lucha y la rebelión implican siempre cierta cantidad de esperanza, mientras que la desesperación es muda. Donde no hay remedio, los mayores sufrimientos se resignan. Las puertas, antaño abiertas para el retorno, se han cerrado, y el hombre marcha con docilidad en su destino. *Suspiria de profundis*! Bien nombrado está este libro.

El autor no insiste ya para persuadirnos de que las *Confesiones* habían sido escritas, al menos en parte, con un fin de salud pública. Se daban por objeto, nos dice más francamente, mostrar qué poder tiene el opio para aumentar la facultad natural de ensoñación. Soñar magníficamente no es un don concedido a todos los hombres,

y aun en aquellos que lo poseen, corre gran riesgo

de verse cada vez más disminuido por la disipación moderna siempre creciente y por la turbulencia del progreso material. La facultad de ensoñación es una facultad divina y misteriosa; pues es por el sueño por lo que el hombre común se comunica₉₅ con el mundo tenebroso que lo ro-

dea. Pero esta facultad necesita soledad para desarrollarse libremente; cuanto más se concentra el hombre, más apto es para soñar ampliamente, profundamente. Ahora bien, ¿qué soledad es más grande, más calma, más separada del mundo de los intereses terrestres, que la creada por el opio?

Las *Confesiones* nos han contado los accidentes de juventud que habían podido legitimar el uso del opio. Pero existen aquí hasta el presente dos lagunas importantes, una que comprende las ensoñaciones engendradas por el opio durante la estancia del autor en la Universidad (es lo que él llama sus *Visiones de Oxford*), la otra, el relato de sus impresiones de infancia. Así, en la segunda parte como en

La primera, la biografía servirá para explicar y verificar, por así decirlo, las misteriosas aventuras del cerebro. En las notas relativas a la infancia encontraremos el germen de las extrañas ensoñaciones del hombre adulto y, digámoslo mejor, de su genio. Todos los biógrafos han comprendido, de una manera más o menos completa, la importancia de las anécdotas que se enlazan con la infancia de un escritor o de un artista. Pero encuentro que esa importancia nunca ha sido suficientemente afirmada. A menudo, contemplando obras de arte, no en su materialidad fácilmente aprehensible, en los jeroglíficos demasiado claros de sus contornos, o en el sentido evidente de sus asuntos, sino en el alma de que están dotadas, en la impresión atmosférica que comportan, en la luz o en las tinieblas espirituales que derraman sobre nuestras almas, he sentido entrar en mí como una visión de la infancia de sus autores. Tal pequeña pena, tal pequeño goce del niño,

desmesuradamente agrandados por una exquisita sensibilidad, se convierten más tarde, en el hombre adulto, incluso sin que él lo sepa, en el principio de una obra de arte. En fin, para expresarme de una manera más concisa, ¿no sería fácil probar, mediante una comparación filosófica entre las obras de un artista maduro y el estado de su alma cuando era niño, que el genio no es sino la infancia netamente formulada, dotada ahora, para expresarse, de órganos viriles y poderosos? Sin embargo, no tengo la pretensión de entregar esta idea a la fisiología como algo mejor que una pura conjetura.

Vamos, pues, a analizar rápidamente los de opio, a fin de hacer más inteligibles las ensoñaciones que, en Oxford, constituían el pasto ordinario de su cerebro. El lector no debe olvidar que es un anciano quien cuenta su infancia, un anciano que, volviendo a su infancia, la razona sin embargo con sutii

UN COMEDOR DE OPIO 253

leza, y que en fin esa infancia, principio de las ensoñaciones posteriores, es vista y considerada a través del medio mágico de esa ensoñación, es decir, las espesuras transparentes del opio.

PENAS DE INFANCIA

Él y sus tres hermanas eran muy jóvenes cuando murió su padre, dejando a su madre una abundante fortuna, una verdadera fortuna de negociante inglés. El lujo, el bienestar, la vida amplia y magnífica son condiciones muy favorables al desarrollo de la sensibilidad natural del niño. «No teniendo otros camaradas que tres inocentes hermanitas, durmiendo incluso siempre con ellas, encerrado en un bello y silencioso jardín, lejos de todos los espectáculos de la pobreza,

de la opresión y de la injusticia, no podía, dice él, sospechar la verdadera complexión de este mundo.» Más de una vez ha agradecido a la Providencia ese privilegio incomparable, no solo de haber sido educado en el campo y en la soledad, «sino también de haber tenido sus primeros sentimientos modelados por las más dulces de las hermanas, y no por horribles hermanos siempre dispuestos a los puñetazos, horrid pugilistic brothers.» En efecto, los hombres que han sido educados por las mujeres y entre las mujeres no se parecen del todo a los demás hombres, aun suponiendo la igualdad en el temperamento o en las facultades espirituales. El mecimiento de las nodrizas, las caricias maternas, las charlas de las hermanas, sobre todo de las hermanas mayores, especie de madres diminutas, transforman, por así decirlo, amasándola, la pasta masculina. El hombre que, desde el comienzo, ha sido largamente bañado en la muelle atmósfera de la mujer, en el olor de sus manos,

de su seno, de sus rodillas, de su cabellera, de sus vestidos flexibles y flotantes,

ha contraído allí una delicadeza de epidermis y una distinción de acento, una especie de androginidad, sin las cuales el genio más áspero y más viril queda, relativamente a la perfección en el arte, un ser incompleto. En fin, quiero decir que el gusto precoz por el mundo femenino, mundi muliebris, por todo ese aparato ondulante, centelleante y perfumado, hace los genios superiores; y estoy convencido de que mi muy inteligente lectora absuelve la forma casi sensual de mis expresiones, como aprueba y comprende la pureza de mi pensamiento.

Jane murió la primera. Pero para su hermanito la muerte no era todavía una cosa inteligible. Jane no estaba sino ausente; sin duda volvería. Una criada, encargada

de asistirla durante su enfermedad, la había tratado un poco duramente dos días antes de su muerte. El rumor se difundió en la familia, y, a partir de ese momento, el niño no pudo nunca mirar a esa muchacha de frente. Tan pronto como aparecía, él clavaba sus ojos en el suelo. No era cólera, no era el espíritu de venganza que disimula, era simplemente espanto; la sensibilidad que se retira ante un contacto brutal; terror y presentimiento mezclados, era el efecto producido por esa espantosa verdad, por primera vez revelada, de que este mundo es un mundo de desgracia, de lucha y de proscripción.

Pero la segunda herida de su corazón de niño no fue tan fácil de cicatrizar. A su vez murió, tras un intervalo de algunos años felices, la querida, la noble Elisabeth, inteligencia tan noble y tan precoz, que siempre le parece, cuando evoca su dulce fantasma en las tinieblas, ver en torno a su vasta frente una aureola o una tiara de luz.

UN COMEDOR DE OPIO — 259

El anuncio del próximo fin de esta criatura querida, dos años mayor que él y que había adquirido ya sobre su espíritu tanta autoridad, le llenó de una desesperación indescriptible. El día que siguió a esta muerte, como la curiosidad de la ciencia no había⁸ violado aún aquel despojo tan pre-

cioso, resolvió volver a ver a su hermana. «En los niños, el dolor tiene horror a la luz y huye de las miradas humanas.» Así pues, aquella visita suprema debía ser secreta y sin testigos. Era mediodía, y cuando entró en la habitación, sus ojos no encontraron al principio más que una vasta ventana, abierta de par en par, por la cual un ardiente sol de verano precipitaba todos sus esplendores. «La temperatura era seca, el cielo sin nubes; las profundidades azuladas aparecían como un tipo perfecto de lo infinito, y no era posible para el ojo contemplar, ni para el corazón concebir un símbolo más patético de la vida y de la gloria en la vida.»

Una gran desgracia, una desgracia irreparable que nos hiere en la bella estación del año, lleva, diríase, un carácter más funesto, más siniestro. La muerte, ya lo hemos observado, creo, en el análisis de las Confesiones, nos afecta más profundamente bajo el pomposo reinado del verano. «Se produce entonces una antítesis terrible entre la profusión tropical de la vida exterior y la negra esterilidad del sepulcro. Nuestros ojos ven el verano, y nuestro pensamiento ronda la tumba; la gloriosa claridad está en torno a nosotros, y en nosotros están las tinieblas. Y esas dos imágenes, al entrar en colisión, se prestan recíprocamente una fuerza exagerada.» Pero para el niño, que será más tarde un erudito lleno de ingenio y de imaginación, para el autor de las Confesiones y de los Suspiria, otra razón que este antagonismo había ya ligado fuertemente la imagen del verano a la idea de la muerte, — razón sacada de las relaciones íntimas entre los paisajes y los acontecimientos descritos en las Sagradas Escrituras. «Allí la mayor parte de los pensamientos y de los sentimientos profundos nos vienen, no directamente y en sus formas desnudas y abstractas, sino a través de combinaciones complicadas de objetos concretos.» Así, la Biblia, cuya lectura hacía una joven sirvienta a los niños en las largas y solemnes veladas de invierno, había contribuido poderosamente a unir esas dos ideas en su imaginación. Esta joven, que conocía el Oriente, les explicaba sus climas, así como los numerosos matices de los veranos que los componen. Era bajo un clima oriental, en uno de esos países que parecen favorecidos con un verano eterno, donde un justo, que era más que un hombre, había sufrido su pasión. Era evidentemente en verano cuando los discípulos arrancaban las espigas de trigo. El domingo de Ramos, Palm Sunday, ¿no proporcionaba también un alimento a esta ensoñación? Sunday, ese día del reposo, imagen de

un reposo más profundo, inaccesible al corazón del hombre; palm, palma, ipalabra que implica a la vez las pompas de la vida y las de la naturaleza estival! El mayor acontecimiento de Jerusalén estaba próximo cuando llegó el domingo de Ramos; y el lugar de la acción, que esta fiesta recuerda, era vecino de Jerusalén. Jerusalén, que ha pasado, como Delfos, por el ombligo o centro de la tierra, puede al menos pasar por el centro de la mortalidad. Pues si allí fue la Muerte hollada a los pies, allí también abrió su más siniestro cráter.

Fue, pues, frente a un magnífico verano desbordándose cruelmente en la cámara mortuoria, cuando vino, por última vez, a contemplar los rasgos de la difunta querida. Había oído decir en la casa que sus rasgos no habían sido alterados por la muerte. La frente era bien la misma, pero los párpados helados, los labios pálidos, las manos entumecidas le hirieron horriblemente; y mientras, inmóvil, la miraba, un viento solemne se levantó y se puso a soplar violentamente, «el viento más melancólico, dice, que jamás haya oído». Muchas veces, desde entonces, durante los días de verano, en el momento en que el sol es más ardiente, ha oído levantarse el mismo viento, «hinchando su misma voz profunda, solemne, memnoniana, religiosa». Es, añade, el único símbolo de la eternidad que le sea dado percibir al oído humano. Y tres veces en su vida ha oído el mismo sonido, en las mismas circunstancias, entre una ventana abierta y el cadáver de una persona muerta un día de verano.

«De pronto, sus ojos, deslumbrados por el resplandor de la vida exterior y comparando la pompa y la gloria de los cielos con el hielo que cubría el rostro de la muerta, tuvieron una extraña visión. Una galería, una bóveda pareció abrirse a través del azul, — un camino prolongado hasta el infinito. Y sobre las olas azules se elevó su espíritu; y esas olas y su espíritu se pusieron a correr hacia el trono de Dios; pero el trono huía sin cesar ante su ardiente persecución. En este singular éxtasis, se durmió; y cuando recobró el dominio de sí mismo, se encontró sentado junto al lecho de su hermana. Así el niño solitario, agobiado por su primer dolor, había volado hacia Dios, el solitario por excelencia. Así el instinto, superior a toda filosofía, le había hecho encontrar en un sueño celeste un alivio momentáneo. Creyó entonces oír un paso en la escalera, y temiendo, si le sorprendían en aquella habitación, que quisieran impedirle volver a

ella, besó a la carrera los labios de su hermana y se retiró con precaución. Al día siguiente, los médicos vinieron para examinar el cerebro; ignoraba el objeto de su visita, y, algunas horas después de que se hubieron retirado, intentó deslizarse de nuevo en la habitación; pero la puerta estaba cerrada y la llave había sido retirada. Le fue, pues, ahorrado ver, deshonrados por los estragos de la ciencia, los restos de aquella de quien pudo así conservar intacta una imagen apacible, inUN COMEDOR DE OPIO 265

móvil y pura como el mármol o el hielo. Y luego vinieron los funerales, nueva agonía; el sufrimiento del trayecto en coche con los indiferentes que conversaban de materias del todo ajenas a su dolor; las terribles armonías del órgano, y toda aquella solemnidad cristiana, demasiado abrumadora para un niño, a quien las promesas de una religión que elevaba a su hermana al cielo no consolaban de haberla perdido en la tierra. En la iglesia le recomendaron que se llevara un pañuelo a los ojos. ¿Tenía, pues, necesidad de fingir un continente fúnebre y de hacer el papel de plañidero, él que apenas podía tenerse sobre sus piernas? La luz inflamaba las vidrieras de colores donde los apóstoles y los santos desplegaban su gloria; y, en los días que siguieron, cuando le llevaban a los oficios, sus ojos, fijos en la parte no coloreada de las vidrieras, veían sin cesar las nubes algodonosas del cielo transformarse en cortinas y en almohadas blancas, sobre las cuales reposaban cabezas de niños, su266 UN COMEDOR DE OPIO

frientes, llorosos, moribundos. Esos lechos poco a poco se elevaban al cielo, y remontaban hacia el Dios que tanto ha amado a los niños. Más tarde, mucho tiempo después, tres pasajes del servicio fúnebre, que había oído ciertamente, pero que quizá no había escuchado, o que habían sublevado su dolor con sus demasiado ásperas consolaciones, se representaron a su memoria, con su sentido misterioso y profundo, hablando de liberación, de resurrección y de eternidad, y se convirtieron para él en un tema frecuente de meditación. Pero, mucho antes de esta época, se prendó por la soledad de ese gusto violento que muestran todas las pasiones profundas, sobre todo las que no quieren ser consoladas. Los vastos silencios del campo, los veranos cribados de una luz agobiante, las tardes brumosas, le llenaban de una peligrosa voluptuosidad. Su ojo

se extraviaba en el cielo y en la niebla en pos de algo que no se podía encontrar, y escrutaba con obstinación las

UN COMEDOR DE OPIO 267

profundidades azules para descubrir en ellas una imagen querida, a la que quizá, por un privilegio especial, le había sido permitido manifestarse una vez más. Es con mi muy gran pesar que abrevio la parte, excesivamente larga, que contiene el relato de este dolor profundo, sinuoso, sin salida, como un laberinto. La naturaleza entera es invocada en ella, y cada objeto se vuelve a su vez representativo de la idea única. Este dolor, de tiempo en tiempo, hace brotar flores lúgubres y coquetas, a la vez tristes y ricas; sus acentos fúnebremente amorosos se transforman a menudo en concetti. El duelo mismo, ¿no tiene acaso sus adornos? Y no es solo la sinceridad de este enternecimiento lo que conmueve el espíritu; hay también para el crítico un goce singular y nuevo en ver florecer

aquí esa misticidad ardiente y delicada que no florece generalmente más que en el jardín de la Iglesia romana. — En fin, llegó una época en que esta sensibilidad morbosa, alimentándose

de las cosas de la infancia, para servirme de una metáfora que pertenece al autor, se convirtió en el coeficiente natural del opio. Esta facultad prematura, que le permitía idealizarlo todo y darles proporciones sobrenaturales, cultivada, ejercida largo tiempo en la soledad, debió a Oxford, activada desmesuradamente por el opio, producir resultados grandiosos e insólitos incluso en la mayoría de los jóvenes de su edad.

El lector recuerda las aventuras de nuestro héroe en las Galles, sus sufrimientos en Londres y su reconciliación con sus tutores. Helo aquí ahora en la Universidad, fortaleciéndose en el estudio, más inclinado que nunca a la ensoñación, y sacando de la sustancia cuyo conocimiento había hecho, como hemos dicho, en Londres a propósito de dolores neurálgicos, un adjuvante peligroso y poderoso para sus facultades precozmente soñadoras. Desde entonces, su primera existencia entró en la segunda, y se confundió con ella para no formar más que un

todo tan íntimo como anormal. Ocupó su nueva vida en revivir su primera. ¡Cuántas veces revivió, en los¹⁰² ocios de la escuela, la cámara mor-

tuoria donde reposaba el cadáver de su hermana, la luz del verano y el hielo de la muerte, el camino abierto al éxtasis a través de la bóveda de los cielos azulados; y luego, el sacerdote con sobrepelliz blanco junto a una tumba abierta, el féretro descendiendo a la tierra, y el polvo devuelto al polvo; en fin, los santos, los apóstoles y los mártires de la vidriera, iluminados por el sol y formando un marco magnífico a esos lechos blancos, a esas lindas cunas de niños que operaban, con los graves sonidos del órgano, su ascensión hacia el cielo! Revivió todo aquello, pero lo revivió con variaciones, florituras, colores más intensos o más vaporosos; revivió todo el universo de su infancia, pero con la riqueza poética que le añadía ahora un espíritu cultivado, ya sutil, y habituado a sacar sus mayores goces de la soledad y del recuerdo.»

VISIONES DE OXFORD

EL PALIMPSESTO

« ¿Qué es el cerebro humano, sino un palimpsesto inmenso y natural? Mi cerebro es un palimpsesto y el vuestro también, lector. Capas innumerables de ideas, de imágenes, de sentimientos han caído sucesivamente sobre vuestro cerebro, tan dulcemente como la luz. Pareció que cada una sepultaba a la precedente. Pero ninguna, en realidad, ha perecido.» Sin embargo, entre el palimpsesto que porta, superpuestas una sobre otra, una tragedia griega, una leyenda monacal y una historia de caballería, y el palimpsesto divino creado por Dios, que es nuestra incommensurable memoria, se presenta esta diferencia: que en el primero hay como un caos fantástico, grotesco, una colisión entre elementos heterogéneos; mientras que en el segundo la fatalidad del temperamento pone forzosamente una armonía entre los elementos más dispares. Por incoherente que sea una existencia, la unidad humana no queda por ello perturbada. Todos los ecos de la memoria, si se pudiera despertarlos simultáneamente, formarían un concierto, agradable o doloroso, pero lógico y sin disonancias.

A menudo seres sorprendidos por un accidente súbito, sofocados bruscamente por el agua, y en peligro de muerte, han visto encenderse en su cerebro todo el teatro de su vida pasada. El tiempo ha sido aniquilado, y

algunos segundos han bastado para contener una cantidad de sentimientos e imágenes equivalente a años.

Y lo que hay de más singular en esta experiencia, que el azar ha provocado más de una vez, no es la simultaneidad de tantos elementos que fueron sucesivos, es la reaparición de todo aquello que el ser mismo ya no conocía, pero que está forzado a reconocer como propio. El olvido no es, pues, sino momentáneo; y en tales circunstancias solemnes, en la muerte quizá, y generalmente en las excitaciones intensas creadas por el opio, todo el inmenso y complicado palimpsesto de la memoria se despliega de un solo golpe, con todas sus capas superpuestas de sentimientos difuntos, misteriosamente embalsamados en lo que llamamos el olvido.

Un hombre de genio, melancólico, misántropo, y que quería vengarse de la injusticia de su siglo, arroja un día al fuego todas sus obras, aún manuscritas. Y como se le reprochaba este espantoso holocausto hecho al odio, que, por lo demás, era el sacrificio de todas sus propias esperanzas, respondió: «¿Qué importa? lo importante era que esas cosas fuesen creadas; han sido creadas, luego son.» Atribuía a toda cosa creada un carácter indestructible. ¡Cuánto más evidentemente se aplica esta idea aún a todos nuestros pensamientos, a todas nuestras acciones, buenas o malas! Y si en esta creencia hay algo infinitamente consolador, en el caso de que nuestro espíritu se vuelva hacia esa parte de nosotros mismos que podemos considerar con complacencia, ¿no hay también algo infinitamente terrible, en el caso futuro, inevitable, en que nuestro espíritu se vuelva hacia esa parte de nosotros mismos que no podemos afrontar sino con horror? Ni en lo espiritual más que en lo material, nada se pierde. Así como toda acción, lanzada en el torbellino de la acción universal, es en sí irrevocable e irreparable, abstracción hecha de sus resultados posibles, así también todo pensamiento es indeleble. El palimpsesto de la memoria es indestructible.

«Sí, lector, innumerables son los poemas de alegría o de pena que se han grabado sucesivamente sobre el palimpsesto de vuestro cerebro, y como las hojas de las selvas vírgenes, como las nieves indisolubles del Himalaya, como la luz que cae sobre la luz, sus capas incesantes se han acumulado y se han, cada una a su vez, recubierto de olvido. Pero a la hora de la muerte, o bien en la fiebre, o por las investigaciones del opio,

todos esos poemas pueden recobrar vida y fuerza. No han muerto, duermen. Se cree que la tragedia griega ha sido expulsada y reemplazada por la leyenda del monje, la leyenda del monje por el roman de caballería; pero eso no es así. A medida que el ser humano avanza en la vida, el roman que, joven, lo deslumbraba, la leyenda fabulosa que, niño, lo seducía, se marchitan y se oscurecen por sí mismos. Pero las profundas tragedias de la infancia, —brazos de niños arrancados para siempre del cuello de sus madres, labios de niños separados para siempre de los besos de sus hermanas—, viven siempre ocultas, bajo las otras leyendas del palimpsesto. La pasión y la enfermedad no tienen química bastante poderosa para quemar esas inmortales improntas.»

Lemna y nuestra Señora de las Tristezas.

«A menudo, en Oxford, he visto a Levana en mis sueños. La conocía por sus símbolos romanos.» Pero ¿qué es Levana? Era la diosa romana que presidía las primeras horas del niño, que le confería, por así decirlo, la dignidad humana. «En el momento del nacimiento, cuando el niño gustaba por primera vez la atmósfera turbada de nuestro planeta, se le posaba en tierra. Pero casi al instante, por temor de que una criatura tan grande se arrastrara por el suelo más de un instante, el padre, como mandatario de la diosa Levana, o algún pariente próximo, como mandatario del padre, lo levantaba en el aire, le mandaba mirar hacia lo alto, como siendo el rey de este mundo; y presentaba la frente del niño a las estrellas, diciendo quizá a estas en su corazón: «¡Contemplad lo que es más grande que vosotras!» Este acto simbólico representaba la función de Levana. Y esta diosa misteriosa, que nunca ha desvelado sus rasgos (excepto a mí, en mis sueños), y que siempre ha obrado por delegación, toma su nombre del verbo latino *_levare_*, levantar en el aire, tener en alto.»

Naturalmente, varias personas han entendido por Levana el poder tutelar que vigila y rige la educación de los niños. Pero no creáis que se trate aquí de esa pedagogía que no reina sino por los alfabetos y las gramáticas; hay que pensar sobre todo «en ese vasto sistema de fuerzas centrales que está oculto en el seno profundo de la vida humana y que trabaja

incesantemente a los niños, enseñándoles por turno la pasión, la lucha, la tentación, la energía de la resistencia.» Levana ennoblece al ser humano que vigila, pero por crueles medios. Es dura y severa, esta buena nodriza, y entre los procedimientos de que más gusta para perfeccionar a la criatura humana, aquel que prefiere por encima de todos es el dolor. Tres diosas le están sometidas, que emplea para sus designios misteriosos. Como hay tres Gracias, tres Parcas, tres Furias, como primitivamente había tres Musas, hay tres diosas de la tristeza. Son nuestras Nuestra Señora de las Tristezas.

«Las he visto a menudo conversando con Levana, y algunas veces incluso tratando de mí. ¿Hablan, pues? ¡Oh! No. Estos poderosos fantasmas desdeñan las insuficiencias del lenguaje. Pueden proferir palabras por los órganos del hombre, cuando habitan en un corazón humano; pero, entre ellas, no se sirven de la voz; no emiten sonidos; un eterno silencio reina en sus reinos. La mayor de las tres hermanas se llama _Mater Lachrymarum_, o Nuestra Señora de las Lágrimas. Es ella quien, noche y día, divaga y gime, invocando rostros desvanecidos. Es ella quien estaba en Rama, cuando se oyó una voz lamentarse, la de Raquel llorando a sus hijos y no queriendo ser consolada. Estaba también en Belén, la noche en que la espada de Herodes barrió a todos los inocentes fuera de sus asilos. Sus ojos son por turno dulces y penetrantes, despavoridos y adormecidos, alzándose a menudo hacia las nubes, a menudo acusando a los cielos. Lleva un diadema sobre su cabeza. Y sé por recuerdos de infancia que puede viajar sobre los vientos cuando oye el sollozo de las letanías o el trueno del órgano, o cuando contempla los desprendimientos de las nubes de verano. Esta hermana mayor lleva en su cintura llaves más poderosas que las llaves papales, con las cuales abre todas las chozas y todos los palacios. Es ella, lo sé, quien, todo el verano pasado, permaneció al cabecero del mendigo ciego, aquel con quien tanto me gustaba conversar, y cuya piadosa hija, de ocho años, de fisonomía luminosa, resistía la tentación de mezclarse al júbilo del burgo, para errar todo el día por los caminos polvorientos con su padre afligido. Por ello, Dios le ha enviado una gran recompensa. En la primavera del año, y cuando ella misma comenzaba a florecer, la ha llamado a sí. Su padre ciego la llora siempre, y siempre a medianoche sueña que tiene aún en su mano la pe-

queña mano que lo guiaba, y siempre se despierta en tinieblas que son ahora nuevas y más profundas tinieblas.

Es con ayuda de estas llaves como Nuestra Señora de las Lágrimas se desliza, fantasma tenebroso, en las cámaras de los hombres que no duermen, de las mujeres que no duermen, de los niños que no duermen, desde el Ganges hasta el Nilo, desde el Nilo hasta el Misisipi. Y como ha nacido la primera y posee el imperio más vasto, la honraremos con el título de Madona.

»La segunda hermana se llama *_Mater Suspiriorum_*, Nuestra Señora de los Suspiros. Jamás escala las nubes y no se pasea por los vientos. Sobre su frente, ningún diadema. Sus ojos, si pudieran verse, no parecerían ni dulces ni penetrantes; no se podría descifrar en ellos ninguna historia; no se encontraría en ellos sino una masa confusa de sueños a medio morir y los despojos de un delirio olvidado. Jamás alza los ojos; su cabeza, tocada con un turbante en jirones, cae siempre, y siempre mira la tierra. No llora, no gime. De tiempo en tiempo suspira ininteligiblemente. Su hermana, la Madona, es a veces tempestuosa y frenética, delira contra el cielo y reclama a sus bienamados. Pero Nuestra Señora de los Suspiros nunca grita, nunca acusa, nunca sueña con la rebelión. Es humilde hasta la abyección. Su dulzura es la de los seres sin esperanza. Si murmura alguna vez, no es sino en lugares solitarios, desolados como ella, en ciudades en ruinas, y cuando el sol ha descendido a su reposo. Esta hermana es la visitante del paria, del judío, del esclavo que rema en las galeras; de la mujer sentada en las tinieblas, sin amor que cobije su cabeza, sin esperanza que ilumine su soledad; de todo cautivo en su prisión; de todos los que son traicionados y de todos los que son rechazados; de los que son proscritos por la ley de la tradición, y de los hijos de la desgracia hereditaria. Todos son acompañados por Nuestra Señora de los Suspiros. Ella también lleva una llave, pero apenas la necesita. Pues su reino está sobre todo entre las tiendas de Sem y los vagabundos de todos los climas. Sin embargo, en los más altos rangos de la humanidad encuentra algunos altares, e incluso en la gloriosa Inglaterra hay hombres que, ante el mundo, llevan su cabeza tan orgullosamente como un rey y que, secretamente, han recibido su marca sobre la frente.

»Pero la tercera hermana, ¡que es también la más joven!... ¡Chitón! No hablemos de ella sino en voz baja. Su dominio no es grande; de otro modo ninguna carne podría vivir; pero en ese dominio su poder es absoluto.

A pesar del triple velo de crespón con que envuelve su cabeza, por alto que lo lleve, se puede ver desde abajo la luz salvaje que escapa de sus ojos, luz de desesperación siempre flameante, las mañanas y las tardes, a mediodía como a medianoche, a la hora del flujo como a la hora del reflujo. Aquella desafía a Dios. Es también la madre de las demencias y la consejera de los suicidios. La Madona marcha con paso irregular, rápido o lento, pero siempre con una gracia trágica. Nuestra Señora de los Suspiros se desliza tímidamente y con precaución. Pero la hermana más joven se mueve con movimientos imposibles de prever; salta; tiene los saltos del tigre. No lleva llave; pues, aunque rara vez visita a los hombres, cuando le es permitido acercarse a una puerta, se apodera de ella por asalto y la derriba. Y su nombre es Mater Tenebrarum, Nuestra Señora de las Tinieblas.

»Tales eran las Euménides o Venerandas Diosas (como decía la antigua adulación inspirada por el temor) que frecuentaban mis sueños en Oxford. La Madona hablaba con su mano misteriosa. Me tocaba la cabeza; llamaba con el dedo a Nuestra Señora de los Suspiros, y sus signos, que ningún hombre puede leer, excepto en sueños, podían traducirse así: «¡Mira! Helo aquí, aquel que en su infancia consagré a mis altares. Es a él a quien he hecho mi favorito. Lo he extraviado, lo he seducido, y desde lo alto del cielo he atraído su corazón hacia el mío. Por mí se ha vuelto idólatra; por mí, lleno de deseos y de languideces, ha adorado al gusano de tierra, y ha dirigido sus plegarias al sepulcro vermiculoso. Sagrado le era el sepulcro; amables eran sus tinieblas; santa su corrupción. A este joven idólatra, lo he preparado para ti, ¡querida y dulce Hermana de los Suspiros! Tómallo ahora sobre tu corazón, y prepáralo para nuestra terrible Hermana. Y tú —volviéndose hacia la Mater Tenebrarum—, recíbelo de ella a tu vez. Haz que tu cetro sea pesado sobre su cabeza. No sufras que una mujer, con su ternura, venga a sentarse junto a él en su noche. Ahuyenta todas las flaquezas de la esperanza, seca los bálsamos del amor, quema la fuente de las lágrimas; maldícelo como tú sola

sabes maldecir. Así será vuelto perfecto en la hornaza; así verá las cosas que no deberían ser vistas, los espectáculos que son abominables, y los secretos que son indecibles. Así leerá las antiguas verdades, las tristes verdades, las grandes, las terribles verdades. Así resucitará antes de estar muerto. Y nuestra misión quedará cumplida, la que tenemos de Dios, que es atormentar su corazón hasta que hayamos desarrollado las facultades de su espíritu.»

El Espectro del Brocken.

Por un hermoso domingo de Pentecostés, subamos al Brocken. ¡Deslumbrante alba sin nubes! Sin embargo, abril a veces lanza sus últimas incursiones en la estación renovada, y la riega con sus caprichosos chubascos. Alcancemos la cima de la montaña; una mañana semejante nos promete más probabilidades de ver el famoso Espectro del Brocken. Este espectro ha vivido tanto tiempo con los brujos paganos, ha asistido a tantas negras idolatrías, que su corazón quizá haya sido corrompido, y su fe quebrantada. Haced primero la señal de la cruz, a modo de prueba, y mirad atentamente si consiente en repetirla. En efecto, la repite; pero la red de los aguaceros que avanza turba la forma de los objetos, y le da el aire de un hombre que no cumple su deber sino con repugnancia o de una manera evasiva. Recomenzad, pues, la prueba, «coged una de esas anémonas que antaño se llamaban flores de brujo, y que quizá desempeñaban su papel en esos ritos horribles del miedo. Llevadla sobre esta piedra que imita la forma de un altar pagano; arrodillaos, y, alzando vuestra mano derecha, decid: ¡Padre nuestro, que estás en los cielos!... yo, vuestro servidor, y este negro fantasma del que he hecho, en este día de Pentecostés, mi servidor por una hora, os presentamos nuestros homenajes reunidos sobre este altar devuelto al verdadero culto. —¡Ved! La aparición coge una anémona y la posa sobre un altar; se arrodilla, alza su mano derecha hacia Dios. Es muda, es verdad; pero los mudos pueden servir a Dios de una manera muy aceptable.»

Sin embargo, pensaréis quizá que este espectro, acostumbrado desde antiguo a una devoción ciega, está inclinado a obedecer a todos los

cultos, y que su servilidad natural hace su homenaje insignificante. Busquemos, pues, otro medio para verificar la naturaleza de este ser singu-

lar. Supongo que, en vuestra infancia, habéis sufrido algún dolor inefable, atravesado una desesperación incurable, una de esas desolaciones mudas que lloran tras un velo, como la Judea de las medallas romanas, tristemente sentada bajo su palmera. Velad vuestra cabeza en conmemoración de este gran dolor. El fantasma del Brocken, también él, ha velado ya su cabeza, como si tuviera un corazón de hombre y como si quisiera expresar por un símbolo silencioso el recuerdo de un dolor demasiado grande para expresarse con palabras. «Esta prueba es decisiva. Sabéis ahora que la aparición no es más que vuestro propio reflejo, y que al dirigir al fantasma la expresión de vuestros secretos sentimientos, hacéis de él el espejo simbólico donde se refleja a la claridad del día lo que de otro modo habría quedado oculto para siempre.»

Sombrío Intérprete, que está, relativamente a su espíritu, en la misma relación que el fantasma del Brocken respecto del viajero. Aquel es a veces turbado por tempestades, nieblas y lluvias; de igual modo el Misterioso Intérprete mezcla a veces a su naturaleza de reflejo elementos extraños. «Lo que dice generalmente no es más que lo que yo me he dicho despierto, en meditaciones bastante profundas para dejar su huella en mi corazón. Pero a veces sus palabras se alteran como su rostro, y no parecen aquellas de las que yo me habría servido más voluntariamente. Ningún hombre puede dar cuenta de todo lo que ocurre en los sueños. Creo que este fantasma es generalmente una fiel representación de mí mismo; pero también, de tiempo en tiempo, está sujeto a la acción del buen Phantasus, que reina sobre los sueños.» Se podría decir que tiene algunas relaciones con el coro de la tragedia griega, que a menudo expresa los pensamientos secretos del principal personaje, secretos para él mismo o imperfectamente desarrollados, y le presenta comentarios, proféticos o relativos al pasado, propios para justificar la Providencia o para calmar la energía de su angustia, tales en fin que el desdichado los habría encontrado él mismo si su corazón le hubiera dejado el tiempo de la meditación.

Savannah-la-Mar.

A esta galería melancólica de pinturas, vastas y movedizas alegorías de la tristeza, donde encuentro (ignoro si el lector que no las ve más que en resumen puede experimentar la misma sensación) un encanto musical

tanto como pintoresco, viene a añadirse un fragmento, que puede ser considerado como el finale de una amplia sinfonía.

«Dios ha herido a Savannah-la-Mar, y en una noche la ha hecho descender, con todos sus monumentos aún erguidos y su población dormida, desde los sólidos fundamentos de la ribera hasta el lecho de coral del Océano. Dios dijo: He sepultado a Pompeya, y la he ocultado a los hombres durante diecisiete siglos; sepultaré esta ciudad, pero no la ocultaré. Será

UN comedor de opio 295

para los hombres un monumento de mi misteriosa cólera, fijado durante las generaciones venideras en una luz azulada; pues la encerraré en la cúpula cristalina de mis mares tropicales.» Y a menudo, en las calmas límpidas, a través del medio transparente de las aguas, los marineros que pasan perciben esta ciudad silenciosa, que se diría conservada bajo una campana, y pueden recorrer con la mirada sus plazas, sus terrazas, contar sus puertas y los campanarios de sus iglesias: «Vasto cementerio que fascina el ojo como una revelación feérica de la vida humana, persistente en las retiradas submarinas, al abrigo de las tempestades que atormentan nuestra atmósfera.» Muchas veces, con su Negro Intérprete, muchas veces en sueños ha visitado la soledad inviolada de Savannah-la-Mar. Miraban juntos en los campanarios, donde las campanas inmóviles esperaban en vano bodas que proclamar; se acercaban a los órganos que ya no celebraban las alegrías del cielo ni las tristezas

del hombre; juntos visitaban los silenciosos dormitorios donde todos los niños dormían desde cinco generaciones.

«Esperan el alba celeste —se decía muy bajo a sí mismo el Negro Intérprete—, y cuando esta alba aparezca, las campanas y los órganos lanzarán un canto de júbilo repetido por los ecos del Paraíso. —Y luego, volviéndose hacia mí, decía: He aquí lo que es melancólico y deplorable; pero una menor calamidad no habría bastado para los designios de Dios. Comprende bien esto: el tiempo presente se reduce a un punto matemático, e incluso este punto matemático parece mil veces antes de que hayamos podido afirmar su nacimiento. En el presente, todo es fini-

to, y también este finito es infinito en la velocidad de su huida hacia la muerte. Pero en Dios no hay nada finito; en Dios no hay nada transitorio; en Dios no hay nada que tienda hacia la muerte. De ello se sigue que para Dios el presente no existe. Para Dios, el presente, es el futuro, y por el futuro sacrifica el presente del hombre. Por eso opera por el terremoto. Por eso trabaja por el dolor. ¡Oh! ¡profunda es la labranza del terremoto! ¡Oh! profunda (y aquí su voz se henchía como un sanctus que se eleva del coro de una catedral), profunda es la labranza del dolor! pero no se necesita menos que eso para la agricultura de Dios. Sobre una noche de terremoto, edifica para el hombre agradables moradas por mil años. Del dolor de un niño, saca gloriosas vendimias espirituales que, de otro modo, no habrían podido ser cosechadas. Con arados menos crueles, el yo refractario no habría sido removido. A la tierra, nuestro planeta, a la morada del hombre, le es menester la sacudida; y el dolor es aún más a menudo necesario por ser el más poderoso instrumento de Dios; — sí (y me miraba con un aire solemne), ¡es indispensable para los hijos misteriosos de la tierra!»

43.

CONCLUSIÓN

Estas largas ensoñaciones, estos cuadros poéticos, a pesar de su carácter simbólico general, ilustran mejor, para un lector inteligente, el carácter moral de nuestro autor, que lo harían en adelante anécdotas o notas biográficas. En la última parte de los Suspiria, hace todavía como con placer un retorno hacia los años ya tan lejanos, y lo que es verdaderamente precioso, allí como en otras partes, no es el hecho, sino el comentario, comentario a menudo negro, amargo, desolado; pensamiento solitario, que aspira a volar

lejos de este suelo y lejos del teatro de las luchas humanas; grandes golpes de ala hacia el cielo; monólogo de un alma que fue siempre demasiado fácil de herir. Aquí como en las partes ya analizadas, este pensamiento es el tirso del que habló con tanta gracia, con la candidez de un vagabundo que se conoce bien. El asunto no tiene otro valor que el de un bastón seco y desnudo; pero las cintas, los pámpanos y las flores pueden ser, por sus entrelazamientos juguetones, una riqueza preciosa para los

ojos. El pensamiento de De Quincey no es solamente sinuoso; la palabra no es bastante fuerte: es naturalmente espiral. Por lo demás, estos comentarios y estas reflexiones serían muy largos de analizar, y debo acordarme de que el fin de este trabajo era mostrar, por un ejemplo, los efectos del opio sobre un espíritu meditativo e inclinado a la ensoñación. Creo este fin cumplido.

Me bastará decir que el pensador solitario vuelve con complacencia sobre esta sensibilidad

precoz que fue para él la fuente de tantos horrores y de tantos goces; sobre su inmenso amor a la libertad, y sobre el estremecimiento que le inspiraba la responsabilidad. «El horror de la vida se mezclaba ya, en mi primera juventud, con la dulzura celeste de la vida.» Hay en estas últimas páginas de los *Suspiria* algo fúnebre, corroído y que aspira a otra parte que a las cosas de la tierra. Acá y allá, a propósito de aventuras de juventud, la jovialidad y el buen humor, la buena gracia para burlarse de sí mismo de la que tan a menudo ha hecho prueba, se deslizan a veces todavía; pero lo que es más visible y lo que salta a la vista, son las explosiones líricas de una melancolía incurable. Por ejemplo, a propósito de los seres que estorban nuestra libertad, contristan nuestros sentimientos y violan los derechos más legítimos de la juventud, exclama: «¡Oh! ¿cómo se hace que aquellos se intitulen a sí mismos los amigos de este hombre o de esta mujer, que son justamente los

que, más que todos los otros, este hombre o esta mujer, en la hora suprema de la muerte, saludará con este adiós: ¡Pluguiera al cielo que yo no hubiese visto jamás vuestro rostro!» O bien deja cínicamente volar esta confesión, que tiene para mí, lo confieso con la misma candidez, un encanto casi fraternal: «Generalmente, los raros individuos que excitaban mi disgusto en este mundo eran gentes florecientes y de buena reputación. En cuanto a los bribones que he conocido, y no son en pequeño número, pienso en ellos, en todos sin excepción, con placer y benevolencia.» Notemos, de paso, que esta bella reflexión viene todavía a propósito del atomismo en los asuntos equívocos. O bien en otra parte afirma que, si la vida pudiera mágicamente abrirse ante nosotros, si nuestro ojo, joven aún, pudiera recorrer los ¹¹³corredores, escrutar las salas y las habitaciones de esta hostería, teatros de las futuras tragedias y de los

castigos que nos esperan, a nosotros y a nuestros amigos, todos, retrocederíamos estremeciéndonos

de horror. Después de haber pintado, con una gracia y un lujo de colores inimitables, un cuadro de bienestar, de esplendor y de pureza domésticos, la belleza y la bondad enmarcadas en la riqueza, nos muestra sucesivamente a las graciosas heroínas de la familia, todas, de madre en hija, atravesando, cada una a su turno, pesadas nubes de infortunio; y concluye diciendo: «Podemos mirar la muerte cara a cara; pero sabiendo, como algunos de entre nosotros lo saben hoy, lo que es la vida humana, ¿quién podría sin estremecerse (suponiendo que de ello fuese advertido) mirar cara a cara la hora de su nacimiento?»

Encuentro al pie de una página una nota que, aproximada a la muerte reciente de De Quincey, toma una significación lúgubre. Los Suspiria de profundis debían, en el pensamiento del autor, extenderse y agrandarse singularmente. La nota anuncia que la leyenda sobre las Hermanas de las Tristezas proporcionará una división natural para publicaciones posteriores. Así, de

igual modo que la primera parte (la muerte de Elisabeth y los pesares de su hermano) se refiere lógicamente a la Madona o Nuestra Señora de las Lágrimas, igualmente una parte nueva, los Mundos de los Parias, debía ordenarse bajo la invocación de Nuestra Señora de los Suspiros; en fin, Nuestra Señora de las Tinieblas debía patrocinar el Reino de las Tinieblas. Pero la Muerte, a la que no consultamos sobre nuestros proyectos y a la que no podemos pedir su asentimiento, la Muerte, que nos deja soñar con la felicidad y la gloria y que no dice ni sí ni no, sale bruscamente de su emboscada, y barre de un golpe de ala nuestros planes, nuestros sueños y las arquitecturas ideales donde cobijábamos en pensamiento la gloria de nuestros últimos días.

TABLA

A. J. G. F. I

I. — EL GUSTO DE LO INFINITO. 3

III. — El teatro de Séraphin. 23

IV. — El Hombre-Dios. 69 V. — Moral. 97

I. — Precauciones oratorias. 411

II. — Confesiones preliminares. 455

III. — Voluptuosidades del opio. 467

IV. — Torturas del opio. 487 V. — Un falso desenlace. 233

VI. — El genio niño. 347

VII. — Pesares de infancia. 255 VIII. — Visiones de Oxford. 273

IX. — Conclusión. 299

r OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN CASA DE POULET-MALASSIS Y DE BROISE

Théophile Gautier, noticia literaria, precedida de una carta de Victor Hugo, con un retrato grabado por E. Thérond; 1 vol. en 8.^o 4 fr.

EN PRENSA

Las Flores del Mal, 2.^a edición considerablemente aumentada; 1 vol. Curiosidades estéticas; 1 vol.

REFLEXIONES SOBRE ALGUNOS DE NUESTROS
CONTEMPORÁNEOS;

1 vol.

Edgar Poe, Théophile Gautier, Pierre Dupont, Richard Wagner, Auguste Barbier, Leconte de Lisle, Hégésippe Moreau, Petrus Borel, Marceline Desbordes-Valmore, Gustave Le Vavas seur, Gustave Flaubert, Philibert Rouvière; la familia de los Dandies, o Chateaubriand, de Custine, Paul de Molènes y Barbey d'Aurevilly.

EN CASA DE MICHEL LEVY

Traducción de las Obras de Edgar Poe

Historias extraordinarias; 1 vol. Nuevas Historias extraordinarias; 1 vol.

Aventuras de Arthur Gordon Pym; ¹¹⁵1 vol.

EN PRENSA

Eureka, poema en prosa, o ensayo sobre el universo material y espiritual; 1 vol.

■ \ < 4 / c: , < f :. r, y

'^ r^^f^-M

Colofón

Edición digital preparada por Pevgrow para su Biblioteca de cannabis.

Texto original: Charles Baudelaire, *Les Paradis artificiels*, 1860. Obra en dominio público.

Fuente del original: Gallica / Wikisource.

Esta traducción se distribuye bajo licencia CC BY 4.0. Puedes copiarla, adaptarla y redistribuirla citando «Biblioteca Pevgrow».

Generado el 2026-10-25.